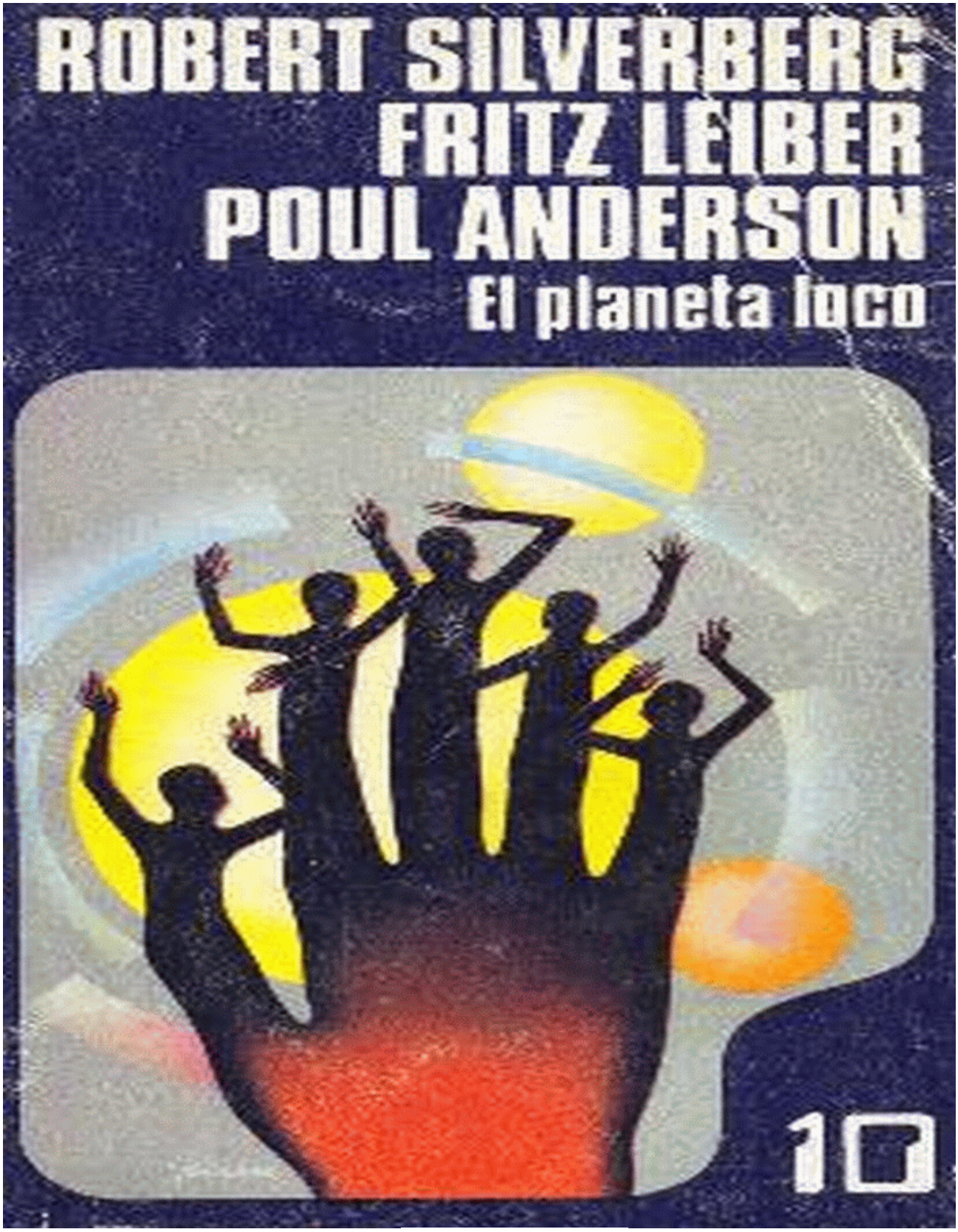
EL PLANETA LOCO

Varios Autores



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EL PLANETA LOCO
Robert Silverberg

La colonia terrícola de Quirón se estaba convirtiendo justamente en lo que Dane Chandler deseaba. Lo sintió así en el mismo instante de abandonar la nave interestelar y poner el pie en el cuarto planeta de Procyon.

Advirtió con sorpresa que la colonia no era el primitivo puesto fronterizo que temiera; era más bien un pequeño globo activo hasta reventar. Esta circunstancia le complació. Chandler había llegado a Quirón esperando encontrarse con un reducido grupo de colonos, entre los que crear su madriguera y donde poder sentirse realmente propietario.

Se detuvo desconcertado a la entrada de la ciudad, contemplando la labor de los trabajadores, los activos granjeros y constructores. Sintió una repentina y juvenil exaltación, como una inspiración procedente de toda la actividad que contemplaba, un sentimiento de crecimiento y expansión de los que él podía ser una parte. Una especie de alegría le brotó cálidamente.

Era una alegría que había experimentado en otro tiempo. Saltar al espacio no fue una solución entonces, ni tampoco dejar el espacio para regresar a la Tierra.

Cuando la nave despegó Quirón era meramente una insignificante parada en una ruta que cubría una docena de astros), Chandler se puso a estudiar a los otros tres colonos que habían viajado con él desde la Tierra. Una linda chica, impaciente por reunirse con su marido granjero en el nuevo planeta; un bajo y fornido granjero, y un indescriptible pasajero, de los muchos que vagaban sin rumbo por los vacíos entre mundo y mundo. Los tres se habían aproximado a Chandler cuando estuvieran a bordo al declarar que también él se dirigía a Quirón, aunque sin trabar amistad con ninguno.

Hornaday, el granjero, se dirigió a Chandler diciendo orgullosamente:

-Estoy esperando a que venga mi hermano a la estación. Lleva viviendo en Quirón lo menos cinco años.

-¿De veras? -dijo Chandler, contemplando el cielo auriverde.

-Solía escribirme contándome lo admirable y novedoso de este lugar. Siempre me lo describía, así que me decidí a venir. Durante dos años hemos estado ahorrando para mi pasaje... ni siquiera nos hemos escrito en ese tiempo, salvo con tarjetas postales.

-Ya -dijo Chandler. Él había invertido un año de su pensión espacial en el precio de su pasaje. Respiró hondamente. El aire olía bien. Chandler advirtió con una sacudida que probablemente era ésta la primera vez, en toda su vida, que un aire realmente fresco penetraba en sus pulmones. Primero, los mefíticos vapores que pasaban por aire en la Tierra, y luego, durante sus largos años en el espacio, el purificado pero sutilmente mohoso aire de las naves espaciales. Más tarde, cuando la soledad lo había arrancado del espacio, nuevamente el aire de la Tierra. En este planeta, no obstante, el aire era fresco y agradable.

Y un hombre bajo, pesado y brusco se aproximó al pequeño grupo de recién llegados. Chandler observó el rostro del hombre y vio que bajo las huellas de los elementos, coexistía el mismo buen natural y sencillo aspecto que era patrimonio del granjero de su derecha.

El hombre tenía que ser el hermano de Hornaday, pensó Chandler. Y no se equivocaba.

Los dos hombres se abrazaron sin reparos. Hornaday cogió su pequeña valija y, hablando excitadamente, siguió a su hermano en dirección a la ciudad.

Chandler los vio desaparecer en el núcleo de la colonia, sus dos espaldas lado a lado. En unas cuantas semanas, Hornaday se confundiría con los demás colonos. Su pasado terrestre se fundiría y se pondría a trabajar con los demás, como otro miembro de la colonia. Chandler lo envidió.

Un colono de pelo blanco, alto y sonriente, zarandeó bruscamente el codo de Chandler.

-Soy Kennedy -dijo-. ¿Es usted Dane Chandler?

-Sí -dijo mirando al otro con sorpresa-. ¿Es usted el hombre con quien tenía que encontrarme?

-Exacto. Me alegro de verlo, Chandler. Necesitamos hombres como usted en Quirón. Vamos... le

enseñaré dónde va a estar.

Kennedy echó a andar en la misma dirección que tomó Hornaday y Chandler lo siguió.

-Entre otras cosas, trabajo de director -explicó Kennedy-. Mi deber es procurar que todos los recién llegados sean convenientemente instalados y orientados. Puesto que usted no conoce a nadie en Quirón todavía, me he tomado la libertad de asignarle un compañero de habitación, Jeff Burkhart, uno de nuestros más antiguos colonos (vino en la segunda expedición, allá por el año 16): creo que le será de gran ayuda en su adaptación a nuestras organizaciones.

Doblaron por una larga y amplia calle con pequeños edificios a cada lado y un bien conservado pavimento. Las calles estaban adornadas con retorcidos árboles en miniatura, dotados de roja foliación.

-Usted es veterano en el espacio, ¿no?

-Eso es lo que dice mi expediente. Aunque me cansé de esa vida después de mucho tiempo. Pensaba que el espacio sería la vida para mí... a veces no soportaba ser yo mismo... pero no puede aguantar el vacío ni la soledad...

-Lo sé -dijo Kennedy-. Yo solía hacer la ruta de Júpiter.

-Sabe entonces lo que es. Hace dos años me jubilé y regresé a la Tierra para instalarme allí.

-Pero no ha estado mucho tiempo en la Tierra -observó Kennedy.

-Nadie me quería, ni tampoco yo quería a nadie. Todo iba a las mil maravillas sin mí. Nadie estaba interesado en un hombre espacial que había permanecido media vida de espaldas a los acontecimientos locales. Mi vida en la Tierra fue como vivir en medio de una colmena. Veinte millones de habitantes en esta ciudad, treinta millones en aquella otra, y yo sin conocer a más de cuatro personas por su nombre. Era peor vivir en una ciudad de extraños que en el espacio. De modo que vine. Una nueva y pequeña colonia. Quiero encontrar un lugar al que pertenecer.

-Entiendo -dijo Kennedy. Chandler deseó que fuera cierto.

-Burkhart será un buen compañero -prosiguió Kennedy-. Un individuo sólido. Uno de nuestros mejores hombres.

-Ya tengo ganas de verlo -dijo Chandler-. Oiga, ¿qué es eso?

Un extraño humanoide, absurdamente alto, blanco como la tiza, con grandes manos en forma de garras y apariencia de gran fragilidad, se aproximaba a ellos por la misma calle, riendo y llorando a la vez. Cuando vio a Chandler batió palmas y lanzó una salvaje carcajada, desapareciendo luego calle abajo.

-Es uno de los nativos, un quironaico.

-¿Estaba borracho o simplemente se burlaba?

-Estaba tan sereno como usted -dijo Kennedy arrugando el entrecejo-. Padece de... insania, eso es todo. Todos son como éste. Éste es un planeta de lunáticos.

Chandler rebuscó en su memoria buscando algún dato que hubiera aprendido sobre los nativos de Quirón. Pero encontró tantos mundos... tantas clases de alienígenas...

-¿Lunáticos? ¿Cómo es eso?

-Nadie lo sabe. Vivían una especie de vida nómada cuando vinimos a este lugar y algunos decidieron vagabundear alrededor de la colonia. El resto se esfumó nada más localizarnos. Nunca hemos sido capaces de dar con ellos.

Llegaron por último a un edificio de tres plantas, frente al que se detuvieron.

-Le he asignado este sitio. Creo que le gustará y espero que Burkhart sea capaz de ayudarle en cuantas cosas necesite usted. En cualquier caso, si tiene dificultades, puede venir a verme. Todo el mundo sabe dónde vivo... no tiene más que preguntar.

Penetraron en la casa. Burkhart estaba repantigado en un sofá de formita de confortable apariencia, leyendo. Apagó el proyector y se levantó para recibir a Chandler.

-Soy Burkhart -dijo cordialmente-. Y usted será Dane Chandler, ¿no?

Chandler asintió. Burkhart era casi tan alto como él (cerca de dos metros) y evidentemente había sido un tipo fuerte en su juventud. Algunos de sus músculos se habían ablandado, pero en conjunto parecía encontrarse todavía en forma. Debía frisar los sesenta, convino Chandler, advirtiendo que el

cabello de Burkhart se agrisaba prematuramente.

-Encantado de verlo, Chandler. Bienvenido a Quirón y todas esas cosas. Para esta ocasión, Kennedy habría acogido al mismo diablo. Se las apaña bien para eso.

-Bueno, no entorpeceré su encuentro por más tiempo -dijo Kennedy y salió sonriendo.

Una vez cruzadas las formalidades de rigor, ambos hombres se observaron casi glacialmente el uno al otro. Chandler determinó no revelar nada hasta que Burkhart lo hiciera. Por último, el más viejo de los dos se dejó caer en el sofá.

-¿No conoce a nadie en la colonia, Dane? Quiero decir amigos.

-Ninguno -dijo Chandler-. No recuerdo que tenga muchos amigos en ninguna parte.

Burkhart sonrió amablemente y Chandler advirtió que, dadas las apariencias, estaba invitando a la piedad.

-No es exactamente eso -se rectificó-. Más bien que no he tenido tiempo de tener amigos. Estaba siempre solo en el espacio, salvo el tiempo que pasé en la Tierra, y ya sabe usted lo que es la Tierra.

-Siete billones de personas en un planeta con cabida para tres tan sólo. Claro que sé lo que es. Por eso somos aquí unos cuantos miles tan sólo.

-¿Qué trabajo hace usted? -preguntó Burkhart luego-. Yo soy uno de los organizadores de arrendamientos.

-Construir edificios, supongo. Quiero tener la satisfacción de haber contribuido a la edificación de Quirón.

Se echó hacia atrás y reunió fuerzas para exhibir una sonrisa de entusiasmo.

Burkhart le encontró trabajo en un proyecto de construcción y Chandler intentó conscientemente trabar amistad con el hombre con quien trabajaba, aunque no le satisfizo. Lo mismo que había lanzado al espacio a Dane Chandler al principio (el sentimiento de que algo se interponía entre él y el resto del mundo), estaba impidiendo ahora que trabara conocimiento con nadie en este nuevo planeta. Incluso Burkhart se dio perfecta cuenta de ello.

-No puedo comprenderlo -le dijo una noche en el Casino-. Llevo viviendo tres semanas con usted y todavía es para mí un extraño.

Chandler sorbió un trago de su vaso y nada replicó.

-Por ejemplo -prosiguió Burkhart-, sé que usted ha estado en el espacio. Pero nunca me ha dicho por qué dejó el trabajo, ni dónde estuvo. Estaba usted solo, dijo, pero eso resulta muy vago. ¿Qué clase de soledad? ¿No tenía tiempo cuando paraba en los puertos para conseguir una mujer que...?

-Olvídelo -dijo Chandler.

-No -dijo Burkhart mientras ordenaba más bebida-. Creo que es importante. ¿Por qué dejó el trabajo realmente?

-Fatiga espacial -dijo Chandler-. Demasiados viajes sin compañía.

-Entiendo -dijo Burkhart-. No le quepa la menor duda de que yo...

-Lo sé.

-Yo... intento serle de alguna ayuda.

-Gracias -dijo Chandler. Apuró su bebida y se echó hacia atrás en su asiento. El Casino, saturado de festivos colonos, entre cuya alegre algarabía se abrían paso unos cuantos zigzagueantes nativos, espantosamente vestidos y de salvaje aspecto.

-¿Por qué nunca frecuenta a los hombres con quienes trabaja, Dane? -insistió Burkhart-. Le apuesto a que no sabe ni sus nombres.

Chandler se encaró bruscamente con Burkhart.

-Exacto. Para mí no son personas, sino caras. Creo que ahí está el problema: he vivido tanto tiempo alejado de las gentes que ya no sé ni cómo son. Si en tanto tiempo no acaba uno medio deslumbrado por su propia imagen, ya puede...

-¡Ten cuidado, so idiota! -interrumpió Burkhart de súbito.

Un nativo se había acercado a ellos y, agitando sus brazos en el aire, había volcado el vaso de Burkhart, derramando la bebida sobre su regazo. Furioso, Burkhart se levantó y de un violento empellón arrojó al alto y delgado alienígena por el suelo. Repentinamente, el sonido de las risas se apagó en todo el Casino y cien pares de ojos se volvieron para contemplar la escena.

-Imbéciles, ya estoy hasta las narices de vosotros -exultó Burkhart con vehemencia-. ¿Cuándo aprenderéis a no acercaros a nosotros? -Se quedó mirando al quironaico, que yacía en el suelo sacando y metiendo la lengua de su boca.

Chandler advirtió que la furia de Burkhart iba en aumento y se levantó, yendo junto a él, en un intento por detener la explosión.

-Siéntese, Jeff. A fin y al cabo, la pobre bestia no era consciente de que volcaba su bebida.

-Cállese -dijo Burkhart-. No es la primera vez que lo hacen. -Alzó al alienígena, sujetándolo por la pechera. La cabeza del quironaico se levantaba casi un pie por encima de la de Burkhart-. Se acabó el molestarme, ¿entendido? -exigió Burkhart.

-Déjelo estar, Jeff -dijo Chandler.

-¡Claro que lo dejaré estar! -dijo, y lanzó al alienígena a través de la sala, yendo a tropezar contra una mesa, provocando un estrépito de vasos que cayeron al suelo, rompiéndose y desmenuzándose.

Gracias, dijo alguien.

-No hay de qué -replicó Chandler automáticamente.

Entonces advirtió que ninguna voz había roto el absoluto silencio en que estaba sumido el Casino.

Gracias. *Por una vez alguien nos ha defendido de él*.

Chandler se volvió lentamente, entendiendo por fin quién había hablado, y contempló inquisitivamente al grotesco alienígena. El alienígena le sostuvo la mirada y asintió con calma.

-*Era* telepatía, ¿no? -preguntó Chandler, tras arrastrar al inerte alienígena hasta su habitación e instalarlo sobre su catre. Burkhart había contemplado fríamente cómo Chandler se ocupaba del quironaico y se lo llevaba, sin hacer, empero, el menor movimiento.

El nombre del extraño era Oran y estaba medio borracho y medio loco. Babeó, rió, gritó y maldijo hasta que, gradualmente, comenzó a recuperar la calma.

Sí, *era telepatía,* formuló una tranquila voz en la mente de Chandler.

-Tenía yo razón -dijo Chandler.

El alienígena se rió. Chandler lo observó atentamente: una absurda y grotesca figura, de casi siete pies de estatura, que se desperezaba al máximo para contraer luego, lentamente, primero un miembro y luego el otro.

-Su gente nos considera locos -dijo el alienígena en voz alta-. Pero los locos son *ustedes*. Su gente nos ha destruido -añadió sin la menor entonación.

-¿Que qué?

-Sus mentes siempre están ocupadas por subcorrientes de odio. Nuestra única culpa es que podemos penetrar en ellas.

El alienígena cerró los ojos y se encogió hasta formar una pelota fetal. Chandler esperó pacientemente hasta que se distendió.

-Hace años que no practico esta forma de hablar -puntualizó el quironaico-. Mi gente... ¿por qué irradia usted tanta curiosidad? ...mi mente vivía aquí antes de que la suya viniera a colonizar este lugar. Nunca necesitamos hablar en voz alta, siempre lo hicimos mentalmente, tal como hice para darle las gracias. Pues bien, vinieron ustedes y nos destruyeron. Leíamos sus mentes... nada podíamos hacer... y las nuestras quedaron malditas por el horror y el odio que vimos en las de ustedes. Así enloquecimos.

Chandler se sentó con calma. El quironaico se puso trémulamente en pie, se tambaleó e intentó salir, pero Chandler se concentró en controlar la mentalidad del extraño, obteniendo rotundo éxito. Prosiguió.

-Es usted el primero en saber que poseemos un sentido *gorrón.* Vivíamos en las más estrechas relaciones mentales, compartiendo cada pensamiento y cada emoción. Cuando los primeros terrícolas aterrizaron y vinieron a saludarnos, extendimos nuestra mente hacia la suya, como era nuestra costumbre, y penetramos en ellas: el pozo de inmundicia que yacía en su fondo nos reprimió violentamente. Pero estoy hablando demasiado. Déjeme ir, por favor.

El alienígena se incorporó quedando sentado en el lecho.

Aguarda, Oran, ordenó Chandler.

-Es usted demasiado fuerte para mí -dijo el extraño-. Siento la presión de su mente contra la mía, y estoy demasiado débil para resistir. Ustedes los terrícolas son todos iguales.

-¿Es cierto eso... lo que ocurrió con su gente?

-Yo no soy un terrícola, Chandler. Sólo puedo decir la verdad.

-¿Fueron todos... todos totalmente destruidos?

Oran vaciló.

-¿Lo fueron? -insistió Chandler.

-No -dijo Oran-. Algunos huyeron al desierto y se refugiaron allí. Ningún terrícola los encontrará nunca.

Repentinamente el alienígena palideció hasta quedar casi completamente blanco. Chandler advirtió que el quironaico había captado su pensamiento incluso antes que éste aflorara de su subconsciencia.

No. No quiero llevarlo allí. ¡No puedo!

Oran se volvió y comenzó a sollozar convulsivamente Chandler paseó de un extremo a otro de la habitación, mientras una idea comenzaba lentamente a formarse en su mente: la idea que él sabía debía haber construido el alienígena mucho antes que se introdujera en la inculta mente del terrícola.

Primer punto: la telepatía existía.

Segundo punto: los alienígenas eran incapaces de soportar la proximidad de las mentes terrícolas, presumiblemente portadores de escoria.

Tercer punto: el telépata Dane Chandler sería el único que, al menos, ya nunca más permanecería incomunicado entre sus semejantes.

Cuarto punto: si...

Ojalá me hubieras dejado tendido en el Casino. Sí, tu conjetura es acertada. La telepatía puede ser producida en los humanos.

Chandler se detuvo y permaneció silencioso, en tanto la mente del alienígena le susurraba el pensamiento. La última figura del rompecabezas encajaba perfectamente, así que se volvió y se encaró con el lloriqueante y miserable quironaico.

Llévame hasta los quironaicos escondidos, Oran, formuló la mente de Chandler. Se trataba de la necesidad más poderosa de Chandler, la necesidad de asociarse y mezclarse con otros hombres, único factor que había sido siempre omitido en su ecuación personal. Ahora tenía la solución a su alcance. Sin pensarlo dos veces, dejó caer su mente contra la desvalida y ya debilitada mente del alienígena. *Llévame allí, Oran.* Era una orden más que una petición. Tras un largo silencio, Oran respondió en voz alta:

-Los terrícolas nunca estáis satisfechos. Habéis destruido una asombrosa civilización y vais ahora en busca de lo que queda. De acuerdo. No puedo defenderme de tu mente. Te conduciré hasta mi gente. Me obligas a la extinción completa de mi raza. De acuerdo, Chandler; coge tus bártulos y andando... *¡Terrícola!*

La última palabra fue un explosivo escupitajo mental que tronó en el cerebro de Chandler. Miró ceñudamente a Oran e intentó forzar su mente para que olvidara.

El desierto quironaico era amplio y plano, con macizos de gruesa vegetación en la base de las arenosas dunas. Oran mantenía un paso inmisericorde y Chandler lo seguía sin hablar e intentando no formular ningún pensamiento. La alta figura del alienígena oscilaba frente a él constantemente. Chandler se sobresaltó al advertir que estaba pulverizando los últimos residuos de ética personal del quironaico, pero también se vio a sí mismo aproximándose al final de una ya hastiante búsqueda.

Todo estaba desierto, según podía ver. Por todas partes parecía haber lo mismo, excepción hecha de la oscura mancha que a sus espaldas señalaba el fin del desierto y el comienzo de la tierra verde, en que estaba situada la colonia terrícola.

Mientras oscurecía y el extraño y purpúreo crepúsculo quironaico cubría la tierra, Chandler advirtió que el alienígena podía muy fácilmente inducirlo a describir círculos, en espera de

cualquier ocasión para escapar.

-¿Vamos en la dirección correcta, Oran? -preguntó, rompiendo así un silencio que había durado ya casi doce horas.

Una breve respuesta fue formulada: *¿Soy acaso un terrícola?*

Zaherido por el sarcasmo, Chandler se puso a otear el terreno y comenzó silenciosamente a buscar un lugar para pasar la noche.

Chandler permaneció en vela algunas horas, fantaseando con la ciudad oculta en algún lugar y haciendo planes al respecto. Oran, próximo a él, parecía sumido en un profundo sopor.

Por último acabó durmiéndose. Tras lo que le pareció un breve tiempo, despertó bruscamente al sonido de una salvaje carcajada.

Necesitó un momento para reunir sus facultades. Luego taladró las tinieblas y vio la figura de Oran internarse en la noche quironaica.

Oran, ordenó telepáticamente con desesperación. *¡Vuelve!*

Pero el alienígena siguió corriendo. Chandler lo vio ir, desvalidamente. Era absurdo intentar la persecución del pernilargo alienígena.

No puedo traicionar a mi gente. El repentino pensamiento alcanzó a Chandler como un alarido lanzado al viento. Oran continuó corriendo hasta desaparecer de su vista y quedando como oculto tras una cortina de negrura. Chandler permaneció contemplando la noche durante un rato y luego se sentó sobre la arena y esperó la llegada de la aurora.

Cuando Procyon se izó trayendo la mañana, Chandler consideró la situación. En algún lugar ante él se encontraba la oculta ciudad de los quironaicos. A sus espaldas se encontraba la colonia terrícola. Decidió arriesgarse en el desierto.

Echó a andar sobre la arena virgen, el pensamiento fijo en el ignoto destino que tenía ante sí. El sol ascendía más y más y a medida que el calor aumentaba más y más maldecía a Oran. Con frecuencia se volvía para asegurarse de que la colonia terrícola seguía a sus espaldas. Sería absurdo regresar a la colonia sin haber encontrado nada.

Un enorme pájaro verde saltó de unos matorrales cuando Chandler pasó sobre ellos; lanzó airados graznidos y echó a volar. Siguió caminando durante toda la tarde, deteniéndose tan sólo para vaciarse las botas de arena.

Por centésima vez se volvió en busca de la colonia, que ahora apenas era una mancha en el horizonte. Luego siguió adelante. El sol apretaba de lleno ahora y el sudor le resbalaba por la espalda. Nada se ofrecía a la vista excepto movedizas dunas y menudos arbustos. El silencio rugía en sus oídos.

Chandler comenzó a pensar que, al fin y al cabo. Oran se había burlado de él con el sólo propósito de dejarlo morir en el desierto. Pero no podía regresar ahora. Siguió adelante.

No sigas. Detente y regresa.

El pensamiento se le clavó en la frente, manteniéndose allí por unos momentos, mientras que su aparición repentina hacía que el pánico se apoderase de él, debilitando sus piernas.

-¿Quién ha dicho eso? -preguntó en voz alta.

Se pasó una mano por los ojos para secarse el sudor y la respuesta le vino en el silencio.

No sigas, Dane Chandler. No podemos soportar tu presencia.

-¿Quién eres? -dijo Chandler.

No necesitas fingir, Chandler. Sabes muy bien quiénes somos. Te hemos observado muy de cerca desde tu primer encuentro con Oran.

-¿Sabéis entonces lo que quiero?

El sentido intruso no es para los terrícolas, Chandler. Regresa y déjanos solos con nuestros lamentos.

-Soy yo quien tiene que decidir eso -dijo Chandler. Adelantó unos pasos de prueba. No hubo resistencia alguna. El fantasma de una sospecha rondaba su mente.

No, vino la voz confirmante. *No podemos impedir que te acerques. Pero como seres civilizados que se dirigen a otro ser civilizado, te pedimos que regreses y no nos expongas a tu pensamiento.*

Chandler siguió moviéndose, poniendo cuidadosamente un pie delante del otro. Mentalmente pudo sentir la voz de los alienígenas suplicar desesperadamente.

-Sabéis muy bien lo que quiero -dijo.

¿Realmente quieres la telepatía, Chandler? ¿Realmente quieres llegar a leer la mente de tus hermanos? Nosotros la hemos leído ya. Sabemos perfectamente lo que yace bajo la superficie.

-Sí -Chandler contemplaba absorto el reverbero del sol sobre la arena-, la quiero. Y os dejaré en paz si me la concedéis.

Dio otro paso adelante.

No tenemos elección, dijo la silenciosa voz con una nota de dolor. *No podemos soportar por más tiempo la proximidad de tu mente. Te enseñaremos cómo adquirir conocimiento de tus poderes extrasensoriales y luego te marcharás.*

-Estoy listo -dijo Chandler.

Ábrenos tu mente.

Chandler se relajó, cerró los ojos y dejó que su mente flotara en torno a él, sintiéndola inundarse y anegarse en una celestial sinfonía de armonía perfecta. Las otras mentes se aproximaron, exploraron la suya y la golpearon. Chandler cayó de rodillas sobre la arena.

De súbito experimentó la sensación de que una explosión apartaba los velos que cubrieran sus ojos. Las mentes de los otros estaban abiertas ante él.

Se trataba de una gran mente compuesta de miembros individuales, mezclándose y fusionándose hasta formar una unidad. La sensación de encontrarse en presencia de una divinidad le sobrevino dejándolo sin aliento.

Entonces pasó todo. Tan bruscamente como comenzara, así finalizó. Las mentes de los otros se le cerraron. El peso de la inculcación hizo que se inclinara contra el suelo.

Vete. Hemos cumplido nuestra palabra. Vete y mira a tus hermanos.

-¿No puedo permanecer con vosotros? -preguntó Chandler por último.

Nos destruirías. Ya tienes lo que ambicionabas. Vete.

Asintió hacia los invisibles alienígenas, situados en alguna parte del desierto que quedaba frente a él. El pensamiento de la colonia y sus moradores lo asaltó.

-De acuerdo, me iré.

Su cabeza latió fuertemente mientras se erguía. La mancha que fuera la colonia terrícola estaba ahora oculta por las sombras del atardecer, pero él sentía la presencia de mentes terrícolas en la distancia y se lanzó a través del desierto para ir en su busca, para reunirse con ellas y ofrecerles el don que había obtenido.

Mientras se aproximaba a la colonia, un vago sentimiento de intranquilidad comenzó a rondar su cabeza, creciendo lentamente hasta convertirse en una definida sensación de miedo. Por último la colonia quedó ante sus ojos y se dirigió hacia ella, preguntándose a quién encontraría primero.

Fue a Kennedy. El cano director sonrió saludándole con la mano nada más verlo. Chandler mantuvo sus poderes en guardia lo mejor que pudo, esperando el momento de dejarlos en libertad.

-Lo he estado buscando, Dane -dijo Kennedy-. Jeff Burkhart me contó que tuvo usted una especie de reyerta con él y me gustaría solucionarlo si puedo. No queremos cosas como ésa en este mundo... no queremos que haya peleas aquí, Dane.

Chandler mantuvo su mente bloqueada.

-He estado fuera -dijo, ignorando las palabras de Kennedy-. No sé qué me pasó.

Apartó las ligaduras y abrió su mente, abarcando a Kennedy y cuantas otras mentes pudiera alcanzar. Hubo un momento de lucidez y Chandler cayó al suelo retorciéndose de agonía.

-¿Qué le pasa? -Kennedy se le acercó para examinarlo. Chandler enterró su rostro contra el suelo y pasó los brazos sobre su cabeza para acallar los pensamientos que golpeaban su cerebro. Kennedy levantó a Chandler como si de un niño se tratara.

Chandler sondeó el fondo de la mente de Kennedy, dejando que su propia mente viera a través de las ventanas de los ojos del otro hasta su cerebro. Aulló, se soltó del socorro de Kennedy y echó a

correr en dirección al desierto.

Cuando se hubo alejado lo suficiente de la colonia, se dejó caer sobre una duna e intentó concentrarse.

Adentrarse en la mente de Kennedy había sido como reptar a través de un nido de gusanos. En la superficie, Kennedy era un respetable miembro de la comunidad, un dirigente, un hombre honrado y correcto. Pero bajo la tapadera de la virtud yacía un sumidero de odios, miedos, recuerdos dolorosos, retorcidos sueños y proyectos malvados, que se agitaban hasta lo indecible como víboras prisioneras que pugnan por liberarse.

Y Kennedy era considerado un *buen* hombre.

Chandler se daba cuenta ahora de por qué Oran consideraba su vida insoportable, por qué los quironaicos que habían quedado salvos habíanse retirado al desierto. Fuera lo que fuese aquello que se arrastraba bajo la superficie de la mente terrícola, era algo que no podía contemplarse sin merma de la salud mental.

Chandler vio su destino con claridad: tendría que renunciar a todo lo humano.

Escucha, dijo una voz. *El sentido intruso era tu más grande deseo. ¿Era agradable la mente de tu hermano?*

-Dejadme ir con vosotros -rogó Chandler-. Vosotros me causasteis esto.

Tú aceptaste todas las responsabilidades. Afróntalas ahora.

Chandler cogió un puñado de arena y lo arrojó al aire.

-Me encuentro ahora peor que nunca. Ya no soy ni humano ni quironaico. Dejadme ir con vosotros.

Lo haríamos si fuéramos capaces, Chandler, replicaron los quironaicos. *No somos vengativos. Pero nuestra seguridad debe prevalecer ante todo. Y tu mente es mortal para nosotros.*

Chandler, de súbito corriendo, se dirigió hacia la ciudad oculta.

Detente.

-¡No!

Ahora que gozas del sentido intruso, tenemos sobre ti un poder que antes no teníamos. Te instamos a que no te nos acerques. Llevas una plaga en tu mente.

-No podéis pararme -exclamó Chandler con desafío-. No podéis bloquearme.

Podemos.

Un trueno mental lanzado por los quironaicos arrojó a Chandler de rodillas. En vano intentó sacudirse aquella tenaza. Forcejeando, cayó de bruces.

Tu mente permanece ahora abierta ante nosotros. Podemos penetrar en ella y eliminar el peligro de tu existencia.

-No -exclamó Chandler. Derrotado, probó a incorporarse, se frotó la frente y se puso a reptar lentamente sobre la arena. La masiva mente quironaica cedió gradualmente su presión hasta dejar a Chandler completamente solo.

Solo en el desierto, pensando. Los quironaicos se habían desconectado de él, bloqueándolo y dejándolo suelto. Ni podían ni querían tener nada con él.

¿Y los terrícolas?

Dejó que su mente se deslizara a través del desierto hacia la colina y, sintiendo sólo una mediana revulsión, aunque no el horror producido por un contacto más estrecho, examinó los pensamientos de los terrícolas tanto como podría hacerlo con un escorpión drogado. No, no podía regresar.

Vagó por el desierto, explorando la colonia con su mente y, a pesar de todo, forzando su poder para proyectarse a través de los kilómetros dentro de las mentes de cualesquiera otros. El vacío del desierto lo arrulló.

Sintió una voz mental nada familiar. Y otra. Dos más. Se adentró un poco más profundamente y vio que nuevos colonos aterrizaban. Chandler los examinó detenidamente. Granjeros, jóvenes esposas, todos con la enconada crueldad poblando el núcleo de sus mentes.

Chandler poseía el más grande poder que la mente humana conociera. Poder que, sin embargo, lo separaba para siempre del resto de los humanos. Furioso, dio algunas patadas a la arena.

Quizá, pensó, en algún lugar de Quirón haya una mente que él pudiera alcanzar, tocar y conocer

sin experimentar el menor estremecimiento.

Tiene que haber una, pensó.

No. Ni siquiera una, fue replicado.

Pensaba que nunca más ibais a escucharme, dijo Chandler, *que me habíais abandonado.*

Tu pensamiento taladró nuestra barrera.

Una, dijo Chandler, *tiene que haber alguien cuya mente pueda yo conocer.*

Busca, pues, dijeron los quironaicos, desvaneciéndose.

-Viviré en el desierto -dijo Chandler en voz alta. Pensó en la Tierra y sus hormigueantes billones, y también en la soledad del espacio-. Una tras otra sondearé todas las mentes, explorando los pensamientos que hay bajo los pensamientos. Tiene que haber una mente. Si no ahora, más tarde. Pero la encontraré.

Extendió un rayo mental de prueba y penetró en la mente de Jeff Burkhart, contrayéndolo a continuación. Localizó la mente del granjero Hornaday y contrajo de nuevo su mente. No era ninguno de ellos.

Chandler achicó los ojos y vio una figura que se le aproximaba a través de las arenas del desierto. La figura le saludaba con la mano a medida que avanzaba.

Era Kennedy. Se dio la vuelta, ignorándolo, echando a andar hacia las profundidades del desierto para dar comienzo a su solitaria vigilia. Examinaba y desaprobaba, examinaba y se contraía, mirando y buscando a medida que se aproximaba al núcleo del desierto.

Cualquier día en cualquier lugar obtendría la respuesta. Lo sabía, como sabía también que estaba vivo.

Mientras tanto, Chandler permanecería solo... solo con su terrible poder.

Más solo que nunca anteriormente.

EL HOMBRE QUE PODÍA HACER MILAGROS

Mimodrama en prosa

H. G. Wells

Es dudoso que el don fuera innato. Por mi parte, opino que lo adquirió por generación espontánea. Por cierto que hasta arribar a la treintena se mantuvo siempre escéptico e incapaz de creer en el poder de los milagros. Y aquí, puesto que es el lugar más apropiado, debo hacer constar que se trataba de un hombre menudo, pelirrojo, con ojos de oscuro y apagado brillo, pecoso, y dotado de un mostacho cuyas puntas se entretenía en retorcer hacia arriba. Su nombre era George McWhirter Fotheringay (no el nombre que uno espera para un hacedor de milagros, por cierto) y trabajaba como oficinista en la casa Gomshott. Era un gran aficionado al asentamiento de afirmaciones. Y mientras afirmaba la imposibilidad de los milagros tuvo su primer contacto con sus extraordinarios poderes. Esta afirmación en particular estaba siendo sostenida en la barra del Long Dragón, contando con la oposición de Toddy Beamish, que la sobrellevaba con un monótono pero efectivo «eso lo dice *usted*», que transportaba a Mr. Fotheringay a los verdaderos límites de la paciencia.

Aparte los dos mencionados, se encontraban presentes un polvoriento ciclista, el propietario Cox y Miss Maybridge, la perfectamente respetable y camarera de buen ver del Dragón. Se encontraba ésta limpiando vasos y de espaldas a Mr. Fotheringay; los demás lo observaban, más o menos divertidos con la presente ineficacia del método asertivo. Espoleado por la táctica de Torres Vedras [1] asimilada por Mr. Beamish, Mr. Fotheringay se decidió a poner en práctica un esfuerzo retórico

[1] Se refiere a las fortificaciones militares levantadas por Wellington (en 1810) en la ciudad portuguesa de

poco habitual.

-Escuche, Mr. Beamish -dijo Mr. Fotheringay-. Entendamos con claridad lo que es un milagro: algo realizado por el poder de la Voluntad que contradice el curso de la naturaleza, algo que no puede suceder sin ser especialmente deseado.

-Eso dice *usted* -dijo Mr. Beamish, refutándolo. Mr. Fotheringay apeló al parecer del ciclista, que hasta entonces se había mantenido en silencio, y recibió su asentimiento, aunque otorgado con un carraspeo de vacilación y una mirada a Mr. Beamish. El propietario manifestó que no expresaría su opinión y Mr. Fotheringay, encarándose de nuevo con Mr. Beamish, recibió la inesperada concesión de un cualificado asentimiento a la definición del milagro.

-Como ejemplo -dijo Mr. Fotheringay grandemente enardecido-, expongamos lo que sería un milagro: que esa lámpara ardiera puesta boca abajo, lo que no podría ser según el curso natural de la naturaleza.

-*Usted* dice que no podría ser -dijo Beamish.

-¿Y usted? -dijo Fotheringay-. ¿No afirmaría que... eh?

-No -dijo Beamish con insistencia-. No, no podría.

-Muy bien -dijo Mr. Fotheringay-. Supongamos que viene alguien, supongamos que soy yo mismo, que se acerca y se queda justo donde yo estoy, y que dice a la lámpara, como yo puedo hacer, recurriendo a toda mi voluntad... «Ponte boca abajo, sin romperte, y continúa ardiendo... ¡Ya!»

No fue necesario que lanzase su «¡Ya!» Lo imposible, lo increíble habíase hecho visible para todos. La lámpara colgaba invertida en el aire, ardiendo tranquilamente con la llama apuntando hacia abajo. Y tan sólida e indiscutible como siempre había sido aquella lámpara prosaica y común de la barra del Long Dragón.

Mr. Fotheringay permanecía con el índice extendido y el fruncimiento de cejas del que anticipa una destrucción catastrófica. El ciclista, que había estado sentado junto a la lámpara, pegó un salto por encima de la barra. Más o menos, todo el mundo pegó un salto. Miss Maybridge se volvió y lanzó un grito. La lámpara permaneció impertérrita durante tres segundos aproximadamente. Un lamento de cansancio mental provino de Mr. Fotheringay.

-No puedo aguantarla -dijo- por más tiempo.

Tragó aire y la lámpara invertida, repentinamente, sufrió una sacudida, cayó contra la barra, rebotó contra un canto y se desplomó contra el suelo, apagándose.

Afortunadamente poseía un refuerzo metálico, de lo contrario habríase convertido el lugar en un lago de llamas. Mr. Cox fue el primero en hablar y lo que dijo, por ahorrarnos inútiles excrecencias, fue que Fotheringay era un bobo. Pero Fotheringay se encontraba más allá de toda disputa, ¡incluso ante una aseveración como aquélla! Estaba asombrado hasta lo indecible por las cosas que habían ocurrido. Por lo que le respectaba, la conversación subsiguiente no aportaba a la cuestión ninguna luz digna de mérito; la opinión general, sin embargo, no sólo seguía a Mr. Cox muy de cerca sino también muy vehementemente. Todos acusaban a Fotheringay de haber utilizado un cretino truco y lo describían ante él mismo como un destructor irracional del confort y la seguridad. Su cabeza era un tornado de perplejidad; se sintió inducido a darles la razón e hizo una ostentosa e ineficaz oposición a la propuesta de su partida.

Se fue a casa acalorado y con bochorno, el cuello del abrigo alzado, la mirada suspicaz y las orejas encendidas. A medida que los sobrepasaba, miraba nerviosamente cada uno de los diez faroles de la calle. Pero sólo cuando se encontró solo en su pequeña habitación de Church Row fue capaz de afrontar seriamente lo que su memoria conservaba de cuanto había ocurrido y preguntar:

-¿Qué ha ocurrido en el mundo?

Se había quitado abrigo y botas y estaba sentado en la cama con las manos en los bolsillos, repitiendo el texto de su defensa por decimoséptima vez:

-*Yo* no quería volcar aquel maldito trasto -y advirtió que en el preciso momento de enunciar las palabras del conjuro había deseado inadvertidamente lo que decía, y que cuando había visto la

---

Torres Vedras. (*Nota del Traductor.*)

lámpara en el aire había sentido que su mantenimiento en aquella posición dependía exclusivamente de él, aún cuando no se percatara de los motivos por los que tal cosa era posible. No tenía una mente particularmente compleja, de lo contrario habría retenido durante algún tiempo lo que había «deseado inadvertidamente», ocupado como estaba por los abstrusos problemas de las acciones voluntarias; como fuere, la idea le vino con vaguedad bastante aceptable. Y como a partir de ello no se seguía, debo admitirlo, ninguna aclaración lógica, recurrió a las pruebas materiales del experimento.

Resueltamente, señaló hacia su vela, se concentró (aunque esto le parecía la cosa más tonta del mundo), y dijo:

-Levántate.

Al segundo siguiente, la sensación de tontería se desvaneció. La vela se había levantado y se sostuvo en el aire durante unos momentos; cuando Mr. Fotheringay tragó aire, la vela cayó con seco golpe sobre su tocador, dejándolo a oscuras, excepción hecha de la expirante chispa del pabilo.

Mr. Fotheringay permaneció un rato sentado en la oscuridad y completamente inmóvil.

-Después de todo -dijo-, ha ocurrido. Aunque no sé cómo explicármelo. -Suspiró profundamente y se puso a buscar una cerilla en sus bolsillos. No encontró ninguna, se levantó y tanteó sobre el tocador-. Una cerilla, una cerilla -murmuró. Registró en su abrigo sin mayor éxito y entonces se le ocurrió que los milagros podrían ser también efectivos con las cerillas. Extendió una mano y arrugó el entrecejo en la negrura-: Que aparezca una cerilla en esta mano -dijo. Sintió que un objeto menudo rodaba sobre su palma y sus dedos se cerraron en torno a una cerilla.

Tras varios infructuosos intentos por encenderla, descubrió que se trataba de una cerilla de seguridad. La arrojó al suelo y luego se le ocurrió que podía haber deseado encenderla. Así lo hizo y observó un brillo en mitad del tocador. La alcanzó apresuradamente pero se apagó. Su percepción de las posibilidades fue engrandeciéndose, lo advirtió así y restituyó la vela a su palmatoria.

-Hágase la luz -dijo Mr. Fotheringay y la luz fue hecha en el pabilo de la vela, permitiéndole contemplar un agujero en el tapete del tocador y un hilillo de humo elevándose desde él. Durante un rato paseó la mirada desde el agujero hasta la pequeña llama y luego, al alzar la vista, se encontró con su reflejo en el espejo. Semejante circunstancia lo sumió en silenciosas reflexiones consigo mismo.

-¿*Qué* pasa con los milagros ahora? -dijo por último, dirigiéndose a su reflejo.

Las subsiguientes meditaciones de Mr. Fotheringay fueron de una severa aunque confusa descripción. Por lo que veía, se trataba de un caso de voluntad pura. La naturaleza de sus primeras experiencias lo disuadieron de emprender cualquier otro experimento que no conllevara su buena dosis de precaución. Empero, cogió una hoja de papel y la convirtió en un vaso de color rosa y luego de color verde; creó un caracol que luego desintegró milagrosamente, y hasta se procuró un nuevo cepillo de dientes. Después de algunas horas llegó a la conclusión de que su fuerza de voluntad debía ser de una cualidad particularmente rara y estimulante, cosa que le había pasado inadvertida hasta entonces aunque no se atreviera a jurarlo. El susto y la perplejidad iniciales de su descubrimiento daban paso ahora a una orgullosa calificación que evidenciaba su singularidad, amén de vagas intimaciones provechosas. De pronto oyó que el reloj de la iglesia daba la una, y como no se le ocurrió pensar que sus deberes diarios con la casa Gomshott podían ser milagrosamente cancelados, resolvió desnudarse a fin de meterse en la cama sin más dilaciones. Mientras peleaba con la camiseta en torno a la cabeza, se le ocurrió una brillante idea:

-Quiero estar en la cama -dijo.

Y así fue.

-Pero desnudo -concretó; y luego, encontrando las sábanas frías, rectificó-: Y con mi camisa de noche... ¡no!, con una magnífica y cálida camisa de noche de lana... ¡Ah! -exclamó con inmensa complacencia-. Y ahora quiero un sueño confortable...

Despertó a la hora de costumbre y permaneció pensativo todo el tiempo que duró el desayuno, preguntándose si sus experiencias nocturnas no habrían sido un vivido sueno. Al cabo de un momento volvió a pensar en los pequeños experimentos. Por ejemplo, tener tres huevos para desayunar. Dos, buenos aunque no de granja, se los había servido su patrona, pero el tercero

consistió en un delicioso y fresco huevo de oca, obtenido, cocinado y servido por su extraordinaria voluntad. Marchó hacia Gomshott en un estado de profunda, aunque cuidadosamente oculta, excitación y apenas recordaba la cáscara del tercer huevo cuando su patrona se lo mencionó aquella noche. Durante todo el día no había podido dar golpe, atónito como estaba con aquel nuevo conocimiento de sí mismo, circunstancia que no le causó ninguna inconveniencia porque tuvo el cuidado de camuflarla milagrosamente en los últimos diez minutos.

Revestido todo el día de semejante estado de espíritu, se lo pasó yendo del asombro al regocijo, aunque la despedida del Long Dragón fuera todavía una circunstancia desagradable de recordar y algún mutilado informe del suceso proporcionara a sus colegas motivo de eventual chirigota. Era evidente que tenía que ser cauto en su forma de tratar las menudencias, aunque, por otra parte, su don exigía más y más cada vez que retornaba a su mente. Se ocupó de otras cosas que incrementaran su habilidad personal mediante actos de creación nada ostentosos. Invocó la existencia de un par de espléndidos gemelos de diamante, que hizo rápidamente desaparecer pues el joven Gomshott había penetrado en la contaduría y se dirigía a su escritorio. Temía que el joven Gomshott se preguntara cómo los había obtenido. Vio claramente que el don requería precaución y vigilancia en la incidencia de los ejercicios, aunque, a su juicio, las dificultades pertinentes a su magisterio no podían ser mayores que las que ya había encarado al estudiar ciclismo. Quizá fuera esta analogía y no el sentimiento de que sería mal recibido en el Long Dragón lo que lo llevó, después de la cena, hasta el callejón situado fuera del alcance de la luz de gas donde aventurar algunos milagros en privado.

Posiblemente había en estos ensayos un cierto deseo de originalidad, pues, descontada su fuerza de voluntad, no tenía Mr. Fotheringay nada que lo hiciera un hombre excepcional. El milagro de la vara de Moisés le vino a la cabeza, pero la noche era oscura y no se prestaba al control de ninguna milagrosa serpiente. Entonces recordó la historia de *Tannhäuser* que leyera en el dorso del programa de la Filarmónica. Le pareció singularmente atractivo y exento de riesgos. Plantó su bastón en el césped que bordeaba el sendero y ordenó a la seca madera que floreciera. El aire fue inmediatamente saturado de fragancia de rosas y con la ayuda de una cerilla pudo ver que su hermoso milagro habíase llevado a cabo felizmente. Pero su satisfacción finalizó al escuchar ruido de pasos. Temeroso del prematuro descubrimiento de sus poderes, se dirigió con premura al floreciente bastón:

-Retrocede. -Lo que había querido decir era «descámbiate», pero obviamente se encontraba confuso. El bastón reculó a considerable velocidad e irremediablemente se oyó un grito de rabia junto con una mala palabra, procedentes sin duda de la persona que se aproximaba.

-¿Quién es el imbécil que me tira palos? -gritó una voz-. Me ha dado en toda la espinilla.

-Lo siento, señor -dijo Mr. Fotheringay y se adelantó para disculparse al tiempo que se retorcía nerviosamente su mostacho. Vislumbró a Winch, uno de los tres policías de Immering, que avanzaba.

-¿Qué quería darme a entender con esto? -preguntó el policía-. ¡Vaya! Es usted, ¿eh? El caballero que rompió la lámpara en el Long Dragón.

-No quería darle a entender nada -dijo Mr. Fotheringay-. Nada de nada.

-¿Por qué lo ha hecho, entonces?

-Oh, hermano.

-¿Hermano dice? ¿Sabe que me ha hecho daño? Dígame, ¿por qué me lo tiró?

En aquel momento Mr. Fotheringay no era capaz de pensar por qué lo había hecho. Su silencio pareció irritar a Mr, Winch.

-Ha agredido usted a la policía, joven. Eso es lo que ha hecho.

-Escuche, Mr. Winch -dijo Mr. Fotheringay, molesto y confuso-. De veras lo lamento. El hecho es...

-¿Sí?

No pudo pensar otra cosa que la verdad.

-Estaba haciendo un milagro. -Intentó hablar de manera desenvuelta, pero aunque lo intentó no pudo.

-¡Haciendo un...! Oiga, no diga bobadas. ¡Haciendo un milagro, sí, señor! ¡Milagro! Bien, esto sí que es divertido, usted, el tipo que no cree en milagros... El caso es... que éste es otro de sus cretinos trucos de conjuros, eso es lo que es. Pues bien, escuche...

Pero Mr. Fotheringay no oyó nunca lo que Mr. Winch iba a decirle. Se dio cuenta de que acababa de pregonar su valioso secreto y que ahora estaba a merced del viento. Un violento resabio de irritación lo impulsó a actuar. Se volvió hacia el policía con fiereza.

-¡Escuche -dijo-, ya estoy harto! ¡Le enseñaré un cretino truco de conjuros, vaya que sí! ¡Váyase al infierno! ¡Ahora mismo, ya!

¡Y se quedó solo!

Mr. Fotheringay no llevó a cabo más milagros aquella noche, ni se preocupó de ver qué había pasado con su bastón floreciente. Regresó a la ciudad, asustado aunque aparentemente tranquilo, y se metió en su habitación.

-¡Señor! -exclamó-. Es un don poderoso,., extremadamente poderoso. Bueno, no he querido decir tanto. No... me pregunto cómo será el infierno.

Se sentó en la cama y se quitó las botas. Poseído por un feliz pensamiento, sacó al policía del infierno y lo trasladó a San Francisco, y sin ninguna otra interferencia se metió en la cama. Aquella noche soñó con la ira de Winch.

Al día siguiente Mr. Fotheringay se enteró de dos interesantes noticias. Alguien había plantado un hermoso rosal trepador contra el saúco de la casa privada de Mr. Gomshott en Lullaborough Road; y el río, hasta la altura de Rawling's Mili, estaba siendo dragado en busca del policía Winch.

Mr. Fotheringay permaneció abstraído y meditabundo todo el día. No llevó a cabo más milagros, salvo algunos ajustes respecto a Winch, y el milagro de completar su jornada de trabajo con puntual perfección, a pesar, todo ello, del aguijoneante enjambre de pensamientos que zumbaba en su cabeza. Semejante abstracción y docilidad de maneras no pasó desapercibida por algunas personas, que la convirtieron en artículo de broma. Para la mayoría estaba él pensando en Winch.

El domingo por la tarde fue a la iglesia y le extrañó que Mr. Maydig, tomando cierto interés en oscuros asuntos, predicara acerca de «cosas que no son legítimas». Mr. Fotheringay no era un frecuentador regular de la iglesia, pero el sistema del firme escepticismo, al que ya he aludido, estaba siendo ahora muy zarandeado. La tónica del sermón arrojó una nueva luz sobre sus recientes dones y Mr. Fotheringay decidió repentinamente consultar con Mr. Maydig nada más terminase el servicio. Nada más formularse esta determinación, se preguntó por qué no lo había hecho antes.

Mr. Maydig, hombre magro y excitable, dotado de cuello y muñecas exageradamente largos, agradeció que un joven, cuyo descuido en materias religiosas era la comidilla de toda la ciudad, lo requiriese para una conversación privada. Después de despachar algunos asuntos necesarios, lo condujo al despacho que tenía contiguo a la iglesia, lo aposentó confortablemente y, quedando en pie frente a un agradable fuego (sus piernas formaban sobre la pared opuesta un arco rodio de sombras), preguntó a Mr. Fotheringay por el estado general de sus actividades.

Al principio, Mr. Fotheringay se sintió abatido, encontrando muy difícil el entrar en materia.

-Me temo, Mr. Maydig, que usted apenas va a creerme -siguiendo así durante un rato. Finalmente, se decidió a formularle una pregunta concerniente a lo que lo había llevado allí: ¿qué opinión tenía Mr. Maydig de los milagros?

Comenzaba ya a decir Mr. Maydig un «Bien» en tono extremadamente leguleyo cuando Mr. Fotheringay volvió a interrumpirle:

-Supongo que usted no cree que una persona extraída del acervo más común (yo, por ejemplo) pueda permanecer sentada aquí y haber experimentado un giro interior que la haya hecho sensible a realizar propósitos por medio de su voluntad.

-Es posible que sí -dijo Mr. Maydig-. Cosas de ese jaez pueden ser posibles.

-Sí me permitiera usted operar libremente aquí, creo que podría mostrarle una especie de experimento -dijo Mr. Fotheringay-. Tome la caja de tabaco que hay sobre la mesa, por ejemplo. Lo que yo quiero saber es si lo que voy a hacer con eso es un milagro o no. Justo medio minuto, Mr. Maydig, por favor.

Encogió las cejas, señaló la caja de tabaco y dijo:

-Sé un jarro con violetas.

La caja de tabaco lo hizo como se le ordenó.

Mr. Maydig se quedo con los ojos muy abiertos al suceder el cambio y miró alternativamente al taumaturgo y el jarrón de flores. No dijo nada. Al cabo se aventuró a inclinarse sobre la mesa y olisquear las flores; eran verdaderamente frescas y agradables. Entonces se quedó mirando nuevamente a Mr. Fotheringay.

-¿Cómo ha hecho esto? -preguntó.

-Pues diciéndolo... -Mr. Fotheringay se pulió el mostacho- y ya está. ¿Es un milagro, magia negra, o qué? ¿Y qué piensa usted sobre la relación de todo esto conmigo? Eso es lo que quiero preguntarle.

-Es un suceso verdaderamente extraordinario.

-Pues tal día como hoy la última semana, yo no sabía más que usted que fuera capaz de hacer cosas tales. Ocurrió de repente. Hay algo raro en mi voluntad, imagino, y se encuentra más allá de mi comprensión.

-¿Es *eso* sólo? ¿Podría hacer otras cosas además de ésta?

-¡Oh, Señor, sí! -dijo Mr. Fotheringay-. Cualquier cosa. -Lo pensó y repentinamente recordó un conjuro ficticio que había visto-. ¡Tú! -señaló-. Conviértete en una pecera... no, eso no... cámbiate en un jarrón de cristal lleno de agua, con una carpa dorada nadando en ella. ¡Así es mejor! ¿Lo ve, Mr. Maydig?

-Es asombroso. Increíble. Posee usted el más extraordinario... aunque no...

-Podría transformarlo en cualquier cosa -dijo Mr. Fotheringay-. En cualquier cosa. ¡Tú! Sé una paloma.

Al momento siguiente, una paloma azul revoloteaba por la habitación, obligando a Mr. Maydig a ladearse cada vez que se aproximaba a él.

-Detente, te lo ordeno -dijo Mr. Fotheringay; y la paloma quedó inmóvil y suspendida en el aire-. Podría hacer que volviera a ser un jarrón de flores -dijo, y, ubicando la paloma sobre la mesa, operó el milagro-. Aunque supongo que querrá fumarse una pipa -dijo, y restauró la caja de tabaco.

Mr. Maydig había seguido los últimos cambios con una especie de silencio exclamativo. Se quedó contemplando a Mr. Fotheringay y, con gesto vivaz, cogió la caja de tabaco, la examinó y la depositó nuevamente sobre la mesa.

-*¡Bien!* -fue la única manifestación de sus sentimientos.

-Después de esto, creo que me será más fácil explicarle los motivos de mi visita -dijo Mr. Fotheringay; y procedió a exponer una extensa narración de sus extrañas experiencias, comenzando con la de la lámpara del Long Dragón y complicándola con insistentes alusiones a Winch. Mientras lo hacía, desapareció el pasajero orgullo que la consternación de Mr. Maydig le había causado; se convirtió de nuevo en el ordinario Mr. Fotheringay que siempre había sido. Mr. Maydig escuchaba atentamente, la caja de tabaco en su mano, alterándose también su porte a medida que proseguía el curso del relato. En un momento, mientras Mr, Fotheringay estaba preparando el milagro del tercer huevo, el ministro lo interrumpió con una mano extendida.

-Es posible -dijo-. Es creíble. Es asombroso, claro, pero se concilia con un número de dificultades. El poder de hacer milagros es un don... una cualidad peculiar como el genio o la clarividencia... que hasta ahora ha sido concedido muy raramente y sólo a personas excepcionales. Pero en este caso... Siempre me he maravillado ante los milagros de Mahoma, y ante los milagros de los yogi y también ante los milagros de Madame Blavatsky. Aunque, ¡claro! Sí, se trata simplemente de un don. Verifica tan bellamente los argumentos de ese gran pensador -la voz de Mr. Maydig se apagó levemente-, su Gracia el Duque de Argyll. A veces sondeamos algunas profundas leyes... más profundas que las leyes ordinarias de la naturaleza.

-Sí..., sí. Prosiga! ¡Prosiga!

Mr. Fotheringay pasó a contar su desventurado episodio con Winch y Mr. Maydig, ni sobrecogido ni temeroso ya, comenzó a musitar silenciosamente algunas exclamaciones de sorpresa.

-Eso es lo que más me preocupa de todo -prosiguió Mr. Fotheringay-. Es lo que más me ha

obligado a desear consejo; claro, él está en San Francisco (donde quiera que esté San Francisco), pero, como verá, es algo sumamente delicado para ambos. Ignoro si podrá entender lo que le ocurrió, pero apostaría a que está tan exasperado que intentará buscarme. Apostaría incluso a que ya está en camino. Mediante un milagro, lo devolveré a su lugar de origen cada día, cuando me acuerde. Y, obviamente, eso es algo que él nunca llegará a entender y lo pondrá al límite del fastidio; también, si cada vez toma un tren o lo que sea, le costará bastante dinero. Hice lo mejor que se me ocurrió, aunque debe ser difícil para él ponerse en mi lugar. También he pensado que sus ropas deben estar chamuscadas (si el infierno es lo que se supone), en cuyo caso creo que lo habrán detenido. Claro que deseé ropa nueva para él, pensando directamente en ello. Aunque, fíjese, estoy ya en tantos enredos...

-Veo perfectamente que está usted en un enredo -dijo Mr. Maydig severamente-. Sí, es una posición difícil. ¿Cómo va a terminar...? -Su voz se hizo inaudible.

»Sin embargo -prosiguió-, dejaremos por un rato a Winch y afrontaremos la cuestión más importante. Yo no creo que éste sea un caso de magia negra ni nada por el estilo. Tampoco creo que haya el menor rasgo criminal, Mr. Fotheringay, ninguno, a no ser que persiga usted lucros materiales. Sí, son milagros, puros milagros... y milagros, si así puedo decirlo, de verdadera calidad.

Se puso a pasear murmurando y gesticulando, en tanto Mr. Fotheringay seguía sentado con un brazo sobre la mesa y la cabeza sobre el brazo, con aire apenado.

-No sé qué hacer con Winch -dijo éste.

-Un don que capacita para hacer milagros... en apariencia un don muy poderoso -dijo Mr. Maydig-; encontrará la solución respecto de Winch... no tema. Mi querido señor, usted es un hombre muy importante... un hombre con las posibilidades más sorprendentes. Es evidente. Y, por otro lado, las cosas que usted puede hacer...

-Sí, *he* pensado en una o dos cosas -dijo Mr. Fotheringay-. Pero... algunas de esas cosas vienen un poco torcidas. ¿Vio el pez del principio? Ni el recipiente apropiado ni el apropiado pez. Pensé que podía preguntárselo a alguien.

-Un curso propio -dijo Mr. Maydig-, un curso muy propio... paralelo al verdadero curso. -Se detuvo y miró a Mr. Fotheringay-. Es prácticamente un don ilimitado. Probemos sus poderes. Si son realmente... si son realmente lo que parecen ser.

Y así, por increíble que pueda parecer, en el despacho de la pequeña casa levantada detrás de la iglesia congregacional, durante la tarde del sábado 10 de noviembre de 1896, Mr. Fotheringay, instado e inspirado por Mr. Maydig, comenzó a hacer milagros. La atención del lector se habrá fijado especial y definitivamente en la fecha. Objetará, probablemente habrá ya objetado, que algunos puntos de esta historia son improbables y que si cualquier cosa de las descritas hubiera ocurrido realmente, tendría que haber aparecido en los periódicos de hace un año. Le será particularmente difícil aceptar los detalles que seguirán a continuación, porque, entre otras cosas, llevan a la conclusión de que él o ella, el lector en cuestión, pudo haber sido asesinado de manera violenta y sin precedentes hace más de un año. Un milagro se convierte en nada si se puede demostrar su improbabilidad, de manera que, de hecho, el lector *fue* asesinado de manera violenta y sin precedentes el año pasado. En el curso subsiguiente de este relato, que llegará a hacerse perfectamente claro y creíble, todo lector razonable y de sentido común acabará admitiéndolo. Pero éste no es lugar para acabar la historia, puesto que estamos un poco más allá del comienzo de la segunda mitad. Al principio, los milagros de Mr. Fotheringay fueron milagros más bien tímidos, pequeñas artimañas con tazas y voces ocultas, tan débiles como los milagros de los teósofos, pero, débiles como eran, fueron recibidos con reverencia por su colaborador. Él habría preferido solucionar el asunto de Winch, pero Mr. Maydig no se lo permitió. Después de realizar una docena de trivialidades domésticas, el compartido sentido de fuerza creció y la imaginación de ambos comenzó a mostrar señales de estímulo y de creciente ambición. La primera gran empresa se debió al hambre y la negligencia de Mrs. Minchin, el ama de llaves de Mr. Maydig. La comida a la que el ministro invitó a Mr. Fotheringay parecía más bien rancho de hospital, completamente inútil como refrigerio para dos industriosos hacedores de milagros; el caso es que se sentaron y Mr. Maydig se puso a quejarse con tristeza, antes que con ira, por las malas artes de su ama de llaves; entonces y

no antes, se le ocurrió a Mr, Fotheringay que había una posibilidad de solución.

-No crea, Mr. Maydig -dijo-, que me tomo la libertad de...

-Mi querido Mr. Fotheringay, ¡por supuesto que no! No... de veras que no pienso así.

-Entonces, ¿qué podríamos escoger? -Mr. Fotheringay movió las manos y, a una orden de Mr. Maydig, revisó la cena muy cuidadosamente.

-Lo mismo para mí -dijo el otro, tras ojear la selección-. Yo siempre he sido particularmente aficionado al tanque de cerveza con gruesas y exquisitas tostadas de queso y eso ordenaré. No soy muy dado al borgoña -y en el acto, la cerveza y las tostadas aparecieron a su demanda. Se dispusieron a dar cuenta de la cena mientras Mr. Fotheringay percibía, con una mirada de sorpresa y gratificación, todo cuanto los milagros podían lograr-. A propósito, Mr. Maydig -dijo luego Mr. Fotheringay-, creo que quizá pueda serle útil a usted... en sentido doméstico.

-No comprendo muy bien -dijo Mr. Maydig, sirviéndose un vaso de milagroso borgoña añejo.

Para explicarse, Mr. Fotheringay se ayudó con una segunda tostada de queso, de la que tomó un bocado.

-Estaba pensando -dijo- que podría *(ñam, ñam)* hacer *(ñam, ñam)* un milagro con Mrs. Minchin *(ñam, ñam)...* convertirla en una mujer óptima.

Mr. Maydig dejó el vaso sobre la mesa y miró al otro dubitativamente.

-Ella -dijo-, se opondría enérgicamente, Mr. Fotheringay. Y, aparte de eso, son más de las once y se encontrará seguramente durmiendo. ¿Piensa usted que, en general...?

-No veo -dijo Mr. Fotheringay, tras considerar las objeciones-, qué pueda impedir hacerlo mientras duerme.

Durante un rato Mr. Maydig se opuso a la idea, pero finalmente acabó rindiéndose. Mr. Fotheringay emitió las órdenes oportunas y ambos caballeros pasaron, a continuación, a rendir honores a los postres. Mr. Maydig se dedicó a exagerar los cambios que le parecía iba a encontrar al día siguiente en su ama de llaves, y con tal optimismo que, incluso a Mr. Fotheringay, le pareció forzado. Entonces oyeron un confuso ruido en la escalera. Los ojos de ambos formularon mudos interrogantes y Mr. Maydig abandonó la habitación con presteza. Mr. Fotheringay oyó cómo llamaba a su ama de llaves y luego cómo subía los peldaños.

Al cabo de un minuto aproximadamente regresó el ministro con paso decidido y el rostro radiante.

-¡Maravilloso! -dijo-. ¡Y enternecedor! ¡Lo más enternecedor que hay!

Comenzó a pasear por la estancia.

-Qué arrepentimiento -prosiguió-, el arrepentimiento más encantador vino a mí nada más abrir la puerta. ¡Pobre mujer! ¡Qué cambio tan maravilloso! Se había levantado. Debió levantarse de golpe. Se había despertado y levantado para romper una botella de brandy que guardaba. Y para confesarlo también. Lo que nos proporciona... nos da... el más asombroso panorama de posibilidades. Si podemos hacer esta milagrosa transformación en *ella...*

-La cosa tiene una apariencia ilimitada -dijo Mr. Fotheringay-. Y acerca de Mr. Winch...

-Completamente ilimitada. -Desde la chimenea, Mr. Maydig, dejando a un lado la cuestión de Winch, se lanzó a desarrollar una serie de maravillosas propuestas, propuestas que inventaba a medida que las enunciaba.

Lo que aquellas propuestas fueran, no concierne a lo esencial de este relato. Baste con saber que eran fraguadas por un espíritu de infinita benevolencia, esa clase de benevolencia que suele llamarse de sobremesa. Baste saber, también, que el problema de Winch quedó sin resolver. Ni es necesario describir lo poco que la serie de propuestas contribuyó a su solución. La madrugada sorprendió a Mr. Maydig y Mr. Fotheringay cruzando a la carrera la fría plaza del mercado bajo la silenciosa luna y en una especie de éxtasis de taumaturgia; Mr. Maydig todo aleteos y gesticulación, Mr. Fotheringay (bajo y crespo como era) ya sin el menor abatimiento en su grandeza. Habían transformado a todos los borrachines en una división parlamentaria, habían cambiado toda la cerveza y el alcohol en agua (Mr. Maydig había dirigido a Mr. Fotheringay hacia este punto); habían, también, mejorado grandemente la comunicación ferroviaria del lugar, secado la charca de Flinder, adecentado el pavimento de One Three Hill y curado la verruga del vicario. Y marchaban

para ver qué podía hacerse con el lastimoso estado del muelle de South Bridge.

-El lugar -dijo Mr. Maydig- no será el mismo mañana. ¡Cuan agradecidos y sorprendidos se quedarán todos! -Y en aquel momento el reloj de la iglesia dio las tres.

-Oiga -dijo Mr. Fotheringay-, ¡son las tres! Debo regresar. Tengo que entrar a las ocho en el trabajo. Y además, Mrs. Wimms...

-Pero si acabamos de comenzar -dijo Mr. Maydig, pleno de la dulzura del poder sin límites-. Acabamos de comenzar. Piense en todo el bien que estamos haciendo. Cuando la gente despierte...

-Pero... -dijo Mr. Fotheringay.

Mr. Maydig le agarró el brazo repentinamente. Sus ojos brillaban locamente.

-Mi querido compañero -dijo--, no hay ninguna prisa. Mire -señaló la luna en el cenit-. ¡Josué!

-¿Josué? -dijo Mr. Fotheringay.

--Josué -dijo Mr. Maydig-. ¿Por qué no? Deténgala.

Mr. Fotheringay observó la luna.

-Está un poco alta -dijo tras una pausa.

-¿Por qué no? -dijo Mr. Maydig-. Por supuesto que no va a detenerse. Se detendrá, ya lo sabe usted, el movimiento de rotación de la tierra. El tiempo se detendrá. No hará ningún daño.

-Bien -dijo Mr. Fotheringay suspirando-. Lo intentaré.

Se abotonó la chaqueta y se dirigió al planeta con tanta confianza como residía en su poder.

-Para de rotar, ¿quieres? -dijo.

Sin poder remediarlo se encontró volando cabeza abajo a través del aire a una velocidad de docenas de millas por minuto. A pesar de los innumerables círculos que describía por segundo, pudo pensar; pues pensar es maravilloso... a veces tan indolente como un suave declive, a veces tan instantáneo como la luz. Pensó en una ráfaga de segundo y deseó:

-Déjame abajo sano y salvo. Sea cual sea lo que ocurra, bájame sano y salvo.

Lo deseó justo a tiempo, pues sus ropas, calentadas por el rápido vuelo a través del aire, comenzaban ya a chamuscarse. Bajó con forzosa (por no decir dolorida) caída sobre lo que parecía un montón de tierra removida. Una gran masa de metal y albañilería, extraordinariamente parecida a la torre del reloj de la plaza del mercado, se desplomó cerca de él, rebotó por encima y expandió piedras, vigas y ladrillos como metralla de bomba. Una vaca alcanzada por los cascotes quedó reventada como un huevo. Hubo un estrépito que tronó como todos los estrépitos habidos y por haber, seguido a continuación de estrépitos menores. Un viento huracanado se desató entre los cielos y la tierra, de modo que apenas pudo alzar la cabeza para mirar. Por un rato permaneció atónito y sin respiración, lo bastante incluso para no poder ver dónde se encontraba y qué había ocurrido. Y su primer movimiento fue para confirmar que su cabeza seguía sobre sus hombros.

-¡Señor! -gimió Mr. Fotheringay, apenas capaz de hablar debido al ventarrón-. ¡Me he escapado por pelos! ¿Qué habrá ido mal? Tormentas y truenos. Y hace apenas un minuto hacía una noche excelente. Ha sido Maydig quien me ha empujado a hacer esta clase de cosas. ¡Qué viento! Si sigo haciendo estas locuras, acabaré teniendo un accidente...

»¿Dónde está Maydig?

»¡En qué embrollo más embrollado está todo!

Miró a su alrededor en la medida que su ondeante chaqueta se lo permitía. La apariencia de los objetos era realmente extraña.

-De todos modos, el cielo está perfectamente -dijo-. La luna sigue como antes. Brillante como un sol a mediodía. Pero en cuanto al resto... ¿Dónde está el pueblo? ¿Dónde está... dónde está todo? ¿Qué hace sobre la tierra este viento arrollador? *Yo* no he ordenado ningún viento.

Mr. Fotheringay intentó vanamente ponerse en pie. Tras el primer fracaso, quedóse a cuatro patas. Colocado a sotavento, observó la brillante luna, ondeando sobre su cabeza los faldones de su chaqueta.

-Hay algo realmente mal en esto -dijo-. Y lo que ello sea... sólo el cielo lo sabe.

En todo el radio que su vista podía abarcar, bajo el blanco resplandor atravesado por cortinas de polvo levantado por el vendaval, nada podía verse que no fuera ruina y desolación, ni árboles, ni edificios, ni formas familiares: tan sólo un torbellino de desorden desvaneciéndose en la oscuridad

reinante más allá de los tornados y corrientes, relámpagos e incipientes truenos de una incontenible e irremediable tormenta. Junto a él había algo que alguna vez podía haber sido un olmo, una destrozada masa de astillas que se estremecía de las ramas a la base, y más allá una retorcida masa de vigas de hierro (demasiado evidente, el viaducto), que emergía de la confusión.

El lector ya lo sabe: cuando Mr. Fotheringay anuló la rotación de la tierra, no tuvo en cuenta el movimiento de inercia sobre su superficie. Pues la tierra gira tan rápido que la superficie de su ecuador se precipita a una velocidad algo mayor que mil millas por hora, y en las latitudes que implicaban a Mr. Fotheringay a poco más de la mitad. De modo que el pueblo, Mr. Maydig, Mr. Fotheringay, todo el mundo y todas las cosas habían sido impulsadas violentamente a una velocidad aproximadamente de nueve millas por segundo: o sea, mucho más violentamente que si hubieran sido arrojados de la boca de un cañón. Y todo ser humano, toda criatura viviente, todos los edificios, todos los árboles... todo el planeta tal y como lo conocemos, había sido pues catapultado y aplastado y sin duda destruido. Eso había sido todo.

Cosas que, claro, no apreció Mr. Fotheringay plenamente. Pues él se limitó a considerar que su milagro había salido mal, disgustándose con su bagaje milagrero. Permanecía ahora en la oscuridad, ya que las nubes, apelotonadas sobre el cielo, habían ocultado la luz de la luna y llenado el aire de torturantes formas. Un inmenso crujido de viento y agua inundó el cielo y la tierra y, protegiéndose los ojos con la mano, en medio del polvo y el viento, vio a la luz de los relámpagos la sólida muralla de agua que se precipitaba hacia él.

-¡Maydig! -gritó la débil voz de Fotheringay en medio de los rugidos de la naturaleza-. ¡Aquí, Maydig!

-¡Detente! -exclamó luego al agua que avanzaba-. ¡Oh, por el amor del cielo, detente!

-Deteneos un momento -dijo a los relámpagos y truenos-. Deteneos un momento mientras me concentro... ¿Y qué haré ahora? ¿Qué haré? ¡Señor! Desearía que Maydig estuviera por aquí cerca.

-Ya sé -dijo después-. Y por el amor del cielo, que lo haga bien *esta vez.*

Quedó a cuatro patas, inclinado contra el viento, concentrado en hacer las cosas bien.

-¡Ah! -exclamó-. ¡Que nada de cuanto voy a ordenar ocurra antes que diga «Ya»!... ¡Señor! ¡Me parece que he pensado esto antes!

Su diminuta voz luchaba contra el silbante viento, aumentando más y más en el vano deseo de oírse a sí mismo.

-¡Ahora, ahora va! Considérese lo que digo. En primer lugar, cuando todo lo que diga se haga, quiero perder mi poder milagroso; que mi voluntad se convierta ni más ni menos que en la voluntad de cualquier otro, y que todos estos peligrosos milagros se detengan. No me gustan. Prefiero no tenerlos. Nunca más. Esto lo primero. Lo segundo... quiero retornar justo antes de iniciarse los milagros; que todas las cosas sean tal como eran antes de que aquella dichosa lámpara se invirtió. Es un gran esfuerzo, pero es el último. ¿Apuntado? No más milagros, todo como estaba... y yo otra vez en el Long Dragón justo antes de ponerme a beber mi media pinta. ¡Eso es!...

Cerró el puño, cerró los ojos y dijo:

-¡Ya!

Todo sucedió a pedir de boca. Advirtió que se encontraba ahora en pie.

-Eso dice *usted* -dijo una voz.

Abrió los ojos. Se encontraba en la barra del Long Dragón, discutiendo de milagros con Toddy Beamish. Tuvo la vaga sensación de un gran fenómeno olvidado, pero se le pasó al instante. El lector puede ver que, excepto la pérdida del milagroso poder, todo había vuelto a ser como había sido; su espíritu y memoria se encontraban ahora en el estado en que se encontraban justo al comenzar este relato. De modo que no sabía absolutamente nada de cuanto aquí se ha narrado, no lo sabía al menos hasta hoy. Y, entre otras cosas, seguía obviamente sin creer en los milagros.

-Le digo que los milagros, propiamente hablando, no pueden ocurrir -dijo-, sea cual sea la forma en que usted los presente. Y estoy preparado para probar lo que digo.

-Eso es lo que *usted* piensa -dijo Toddy Beamish-. Pruébelo si puede.

-Muy bien -dijo Mr. Fotheringay-. Convengamos primero en lo que es un milagro. Es algo que contradice el curso de la naturaleza por el poder de la Voluntad...

EL HOMBRE QUE ATRAVESABA EL CRISTAL

Nelson Bond

Fue la cosa más insólita. Habíamos estado charlando más o menos casualmente sobre el tiempo, las oportunidades de los yanquis y la situación política, cuando de súbito Guimple se inclinó hacia delante y me dijo precipitadamente:

-Escuche, quiero enseñarle algo.

-¿Algo? -repetí. Un poco estúpidamente, imagino. Guthrie Guimple no parecía ser la clase de persona de la que uno esperaría un truco de salón. Ahora que lo pienso no distaba mucho de ser el «varón norteamericano medio» del que tanto ha leído uno. Estatura y peso medianos. Cabellos y ojos oscuros. Maneras suaves. La clase de tipo que suele uno encontrarse en un cine o en el asiento de al lado de un autobús. Nuestro encuentro en aquel club privado de Nueva York había sido puramente accidental. Había llegado yo con una tarjeta de invitación, me había sentido aburrido y cansado y aproveché aquella oportunidad de compartir unos tragos.

-Algo extraño -dijo-. Observe.

Apuró los pocos sorbos de cerveza que restaban en el fondo de su vaso y se despojó cuidadosamente de la dorada sortija que adornaba el dedo corazón de su mano derecha. Entonces, sin el menor esfuerzo, casi casualmente, pasó su mano directamente *a través* del vaso vacío.

Lo contemplé absorto.

-Espere ahora un minuto -dije-. Tres cervezas no hacen ver de ordinario cosas como ésta, pero...

-Usted no ha visto alucinaciones -aseguró solemnemente-. Yo *puedo* hacerlo realmente. ¿Lo ve?

De nuevo pasó la mano desnuda a través del vaso de cerveza. Pero en esta ocasión había detenido el movimiento, dejando la mano en mitad del vidrio. Podía verse el afilado arco donde por dos veces cortaba el cristal la carne, contemplarse el insólito escorzo de su mano dentro de las fronteras del cristal. Doble refracción, creo que se llama. Extendí mi mano para tocar la suya; también toqué el cristal. Mis dedos recorrieron su fría y de algún modo húmeda carne en la medida en que el cristal... se detuvieron bruscamente al tropezar contra el recipiente. Retiré la mano con precipitación.

-No lo entiendo -dije-. ¿Qué es esto? ¿Cómo lo ha hecho?

Con parsimonia volvió a ponerse la sortija.

-Lo ignoro -confesó con un tono de suspicacia en la voz-. Comenzó a ocurrirme el otro día. Ni por un momento me había creído capaz de hacerlo.

-Pero, Guimple -declaré-, ¡eso es imposible! Un hombre no puede *hacer* cosas así.

-Pues *yo* puedo -dijo con sencillez. Cogió nuevamente el vaso. Esta vez su mano se detuvo normalmente al encontrarse con la materia vítrea. Me sonrió un tanto tristemente-. ¿Lo ve? Me he puesto el anillo y ya no funciona. Alguna sustancia extraña debe actuar como protección.

-¿Qué siente? -pregunté.

Dudó por unos momentos.

-Bien... no mucho. No hay ninguna sensación, excepto... no creo que pueda describirse. Es como si introdujera uno la mano en el agua. Agua helada, quizá.

-¿No hace daño?

-Nada en absoluto. Al contrario... -Se detuvo y me miró con extrañeza-. No... no se trata sólo de mi mano. Es todo mi cuerpo.

-¿Su cuerpo entero?

-Sí -dijo sonrojándose-. Claro, tengo que desnudarme.

-Oh, claro -dije. Mi sorpresa inicial había desaparecido ahora y comenzaba a darme cuenta que de alguna manera me había estado tomando el pelo. Estaba un tanto irritado con el tal Guimple. Por supuesto, no hago mucho caso de las bromas y creí que se trataba de una invitación al juego,

disfrazada por su parte de encuentro casual. Me levanté de la mesa.

-Si no le importa -dije-- me marcharé ahora. Un espectáculo por noche es suficiente para mí.

Se sobresaltó con una expresión suspicaz en los ojos.

-No se habrá enfadado, ¿verdad?

-¿Enfadado? ¿Por qué tendría que enfadarme?

-¡Pero lo *está*! -exclamó-. Todo el mundo se enfada. Nadie quiere creer que no es un truco. Hasta el médico que consulté me ordenó salir de su despacho. Pero tengo que enseñárselo a alguien. Es algo que me entristece. No es natural... e ignoro lo que pueda ser. Escuche... déme una oportunidad para convencerlo de que es algo real, ¿eh? ¿Vendría mañana a mi casa para que se lo mostrara? Quizá pueda usted ayudarme a conjeturar por qué... por qué...

Había un sincero empeño en el tono de su voz. Mi curiosidad era, a fin de cuentas, más intensa que mi enfado. Asentí.

-Perfecto, pues -dije-. ¿Le parece bien mañana por la tarde?

-Oh, se lo agradecería tanto. -Apuntó una dirección en una de sus tarjetas y me la colocó en la mano-. ¿A las tres aproximadamente?

-A las tres -le prometí-. Buenas noches. Nos estrechamos la mano y me alejé. Mientras buscaba la puerta me volví para mirar. Guimple se había quitado de nuevo su sortija y con gesto impaciente introducía y sacaba la mano del vacío vaso de cerveza. En sus ojos había una mirada extraña y fantasmal, mitad insultante, mitad complacida...

El hotel era, como el huésped mismo, nada pretencioso... Encontré el timbre correspondiente a Guthrie G. Guimple y entré nada más abrirse el cierre con un zumbido. Guimple me esperaba a la entrada de sus habitaciones. Vestía una bata vieja y desteñida y babuchas turcas.

-!Aloh¡ -exclamó-. !Ertne¡

-¿Qué dice? -dije-. Lo siento, amigo. Sólo hablo inglés.

-¡Emesúcxe, ho¡ -replicó crípticamente. Se volvió y penetró en una habitación adyacente mientras yo entraba en el apartamento. Volvió al cabo de escasos segundos, anudándose el cinturón de su bata. Su tono era de arrepentimiento.

-Realmente lo siento muchísimo -dijo abyectamente-. Debo haber perdido la cuenta. A veces lo olvido. Antes de venir usted estaba yo atravesando el espejo y...

-¿Qué usted estaba haciendo *qué*?

-¡Oh, no tiene importancia! -exclamó-. Bien... déme su abrigo y su sombrero. No quisiera hacer nada que lo asustara. Eso es... a menos que usted quiera *verme*, quiero decir. Sí, yo estaba atravesando el espejo de mi dormitorio. Me es fácil cuando estoy desvestido, ya sabe.

Esta vez lo había pescado... o así lo pensaba al menos. Sonreí con sorna.

-Muy astuto lo de hablar al revés, Guimple -dije-, pero no le resultaron las jerigonzas. Si usted ha *penetrado* en el espejo, ha tenido que *salir* otra vez; eso es de sentido común. Y si su habla se ha desternillado, ha tenido que regresar a su forma normal. Aclarémoslo pues. Aunque fue una gran idea, ¿eh?

-Usted cree todavía que es una broma -dijo apenadamente-, pero no es así. Mire... ahí está el espejo.

Me cogió la mano y me condujo hasta su dormitorio. Su espejo era uno de esos pasados de moda, de cuerpo entero, enmarcado en amplia forma oval. Lo bastante grande como para permitir a un hombre atravesarlo... si ese hombre *pudiera* atravesarlo. En el suelo se veían un montón de ropas desordenadas. Miré el espejo, luego a Guimple.

-¿Quiere usted decir -pregunté despacio- que realmente ha *podido* atravesar eso?

-¡Mírelo! -exclamó. Se quitó la bata, que se deslizó hasta el suelo. Con rápido movimiento se dirigió hacia el espejo, los brazos erguidos ante él. Su cuerpo pareció fundirse pulgada a pulgada con el cristal. Allí por donde la carne tocaba la fría y brillante superficie parecía producirse una leve ondulación; aquello era todo. Guimple se desvaneció en el espejo frente a mis ojos. Un rosado talón fue la última parte suya en desaparecer... luego, advertí que lo único que veía era mi boquiabierta imagen reflejada en el espejo. Guimple apareció por *detrás* del espejo mirándome triunfalmente.

-?Ev ol¿ -dijo.

Experimenté el impulso de recoger mis prendas y salir de estampida de aquel apartamento maldito... rápidamente. Pero más fuerte era el deseo de saber qué mierda estaba haciendo Guimple y cómo lo estaba haciendo. Lo observé cuidadosamente. Había algo indefiniblemente *distinto.* De un vistazo advertí de qué se trataba. El cabello de Guimple. ¡Estaba peinado al revés!

-¡Por Dios, oiga -exclamé-, usted está al revés!

-?Séver la¿ -repitió como un eco curioso.

-Su cabello -le dije-, y su *corazón*. Está a su derecha.

Pues podía ver que las pulsaciones del órgano se advertían sobre el costado en que no deberían advertirse.

Guimple se estudió a sí mismo asombrado.

-Oditrevid yum se otse -dijo-. Is...

-Si usted *pudiera* hablar -dije-. Por el amor del cielo, pase de nuevo a través del espejo. No puedo entender su jerga reflejada.

Con cansancio, inició nuevamente el paso del espejo. Esta vez estaba mirando de canto el doble espejo. Podía ver cómo una parte de Guimple desaparecía en uno mientras que el resto emergía del otro. Vi también cómo su carne parecía *abrazar* la fría planicie del cristal, saltando hacia ella con una suerte de celo insensato, abriéndosele con la fingida resistencia de un beso de despedida. Había algo distantemente obsceno en la profana afinidad establecida entre su cuerpo y la fría superficie. Algo que yo podía sentir aunque no explicar. Un enervado escalofrío me recorrió el espinazo.

-¿Bien? -dijo Guimple una vez fuera-. ¿Qué piensa?

-No sé lo que pensar -dije dubitativamente-, como no sea que todo esto es algo enteramente retorcido. Escuche... si un anillo puede impedir que su mano atraviese el cristal, ¿por qué no ocurre lo mismo con la chapa que hay tras el espejo?

-Lo ignoro. Yo mismo no entiendo una palabra de todo esto -confesó Guimple-. Y me gustaría entenderlo. Es todo tan confuso.

-¡Confuso, rediós! -exclamé-. ¡Es prepóstero!

Se retorció las manos. Un tópico, pero la única forma de describir su gesto.

-Ya lo tengo -dijo susurrante-. Soy anormal. Nadie en este mundo ha atravesado un espejo antes. Pero *yo* puedo hacerlo... aunque no quiero. Pero, ¿qué puedo hacer? ¿Qué *puedo* hacer?

-Si yo fuera usted -le aconsejé-, consultaría con un médico. Consultaría a toda una plantilla de médicos. Iría a alguna puñetera Junta Médica, Guimple.

-Me husmearían -dijo Guimple con voz de queja-. Me husmearían, me auscultarían y me interrogarían. Me pondrían bajo rayos X y fluoroscopios. Me someterían a dietas especiales y me tomarían muestras de sangre. Se pelearían conmigo, me harían carantoñas y pretenderían rebatir mis argumentos... y acabarían exhibiéndome por ahí, en algún circo. Me conducirían a una institución o me meterían en una urna y me colocarían en un museo. ¡No! No quiero ver más médicos. Con uno hubo bastante. No quiero ser una anomalía. *¡No quiero!*

-Entonces lo mejor que puede hacer -le sugerí- es que intente olvidar su extraño don. No haga nada que le recuerde que usted puede atravesar el cristal. ¿Dijo que le sobrevino de repente?

-De la noche a la mañana.

-Entonces tal vez le desaparezca también de la noche a la mañana. Pues *debe* desaparecerle, usted lo sabe bien. De lo contrario tendrá que exponerse ante los médicos. Sí, es lo que yo haría. Yo intentaría olvidarlo todo. Ignorarlo por completo.

Guimple alzó unos ojos trágicos hacia mí. -Es algo más que una habilidad tan sólo -dijo-. Es una obsesión. Me despierto en mitad de la noche y pienso: ¿Es verdad? ¿Es cierto que puedo atravesar el cristal? ¿O es tan sólo un sueño? Entonces salgo de la cama y camino, camino, camino... entro y salgo de espejos, ventanas, paneles de puerta... ¡cualquier cosa hecha con cristal! No soy capaz de resistir la tentación.

Se estremeció y apartó la mirada de mí.

-Le mentí -prosiguió-. Le dije que no había ninguna sensación. Pero sí la hay. Una maravillosa sensación *explosiva.* Un sentimiento de paz infinita... alborozo infinito. Es como si el cristal fuera mi amada y yo su amante. Pero nunca puedo poseer a mi amada por completo. Los paneles que

penetro son tan delgados y tan fríos y, oh, todo ocurre tan brevemente...

»A veces pienso que si pudiera encontrar un gran vidrio lo bastante ancho y grande para contener todas mis dimensiones y no esas menudas cáscaras que apenas me rozan, entonces yo podría moverme en su interior. Me sumergiría allí y allí moraría eterna y eterna y eternamente...

Lo contemplé, fascinado aunque también avergonzado por el extraño deseo que anidaban sus ojos.

-¿Cree usted que el cristal no contiene nada? -balbució febrilmente-. ¿Cree que sólo el vacío puebla el fondo del cristal? Si así piensa está equivocado. Hay todo un mundo en el interior de las frías sombras. Un mundo que ningún hombre sino yo ha visto. He podido vislumbrarlo... vislumbres fragmentarios, deseables como el alimento de Tántalo en el interior de los paneles que he atravesado. Un hermoso mundo con esplendorosas ciudades, imponentes villas, ríos centelleantes, gente...

-*¡Guimple!* -salté cortante. La atropellada luz que relampagueara en sus ojos desapareció. Ahora me contemplaba con torpeza.

-Lo siento. Olvide lo que le he dicho. Realmente no tiene importancia. Supongo que acabaré descifrándolo. ¿Se va ya?

-Sí -dije-, ya me voy.

Me acompañó hasta la puerta. Nos dimos la mano con final y silencioso, aunque tácito, conocimiento. Sabía que nunca regresaría y así se lo dije. Pero me sentía impelido a decir algo más antes de irme.

-Llévelo siempre, Guimple -lo apremié-. Mantenga el anillo en su dedo... siempre.

Sonrió débilmente.

-Adiós -dijo-. Y... gracias por creerme.

A continuación, la puerta se cerró entre ambos.

Nunca volví a ver a Guthrie Guimple. En cambio, he visto su nombre una vez más. Varios mises después, mientras hacía mi media guardia cierta noche, Chet Browne, el redactor telegráfico, me pasó una de sus necedades.

-Muerde esto -dijo-. Este tipo tenía que haber sido un meterruido.

El informe procedía de ese gran observatorio que hay en California. Ese que... el único en que se ha montado un nuevo y enorme telescopio con un espejo de doce pies.

«Impecable servicio de los guardias del observatorio -decía-, al frustrar un presunto atentado para destruir el gigantesco telescopio, ya a punto de completarse. Los agentes especiales Kely y Monoghan, descubriendo que un miembro de un grupo turístico se había quedado rezagado en la sala observatorio, acudieron a tiempo de prevenir cualquier daño que pudiera haberse perpetrado contra el delicado espejo.

«Aunque el inculpado no fue atrapado, un montón de ropas desordenadas a nombre de un tal G. Guimple de Nueva York fue encontrado al pie del telescopio. La policía anda ahora tras la pista de un hombre desnudo por los alrededores del observatorio y se espera que su detención sea cosa de horas...»

-¿Qué te parece? -dijo Browne-. ¿Por qué mierda quería ningún gili cepillarse el telescopio? Con la de cosas que aprenderán los astrónomos una vez se haya terminado. Encontrarán nuevas estrellas, nuevos soles, incluso nuevos mundos...

-Nuevos mundos -dije con una curiosa especie de horror que me acometía-. Quizá un hermoso mundo nuevo con esplendorosas ciudades, imponentes villas, ríos centelleantes...

-¿Eh? -graznó Browne-. ¿Qué coño.?

-Nada -dije-. Nada...

EL TALENTO

Robert Bloch

Quizá sea una lástima que no se supiera nada de los padres de Andrew Benson.

Las mismas razones que los condujeron a abandonarlo en la escalera de entrada del Orfelinato de San Andrews, constituyeron asimismo la causa de su discreto anonimato. El hecho ocurrió en la mañana del 3 de marzo de 1943 -en plena guerra, como cualquiera puede recordar-, de modo que el niño podía ser muy bien tomado como un producto de los avatares bélicos. Sucesos similares ocultaban la singularidad de cualquier caso, incluso en Pasadena, que era donde el Orfelinato estaba ubicado.

Tras las usuales tentativas y las infructuosas pesquisas, las buenas hermanas lo tomaron. Allí adquirió su primer nombre, del patrón y patronímico santificado que bautizaba el establecimiento. El «Benson» le fue añadido unos años más tarde, por una pareja que lo adoptó ocasionalmente.

Es difícil, después de tanto tiempo, calibrar la clase de muchacho que fue Andrew; el orfanato posee archivos, pero meramente contienen fichas, y la hermana Rosemarie, que trabajaba como supervisora del dormitorio masculino, hace tiempo que murió. La hermana Albertine, calificadora de los estudios en la Escuela del Orfelinato, se encuentra ahora -por decirlo de la manera más delicada posible- en su senilidad, y su testimonio aparece necesariamente coloreado por el asalto de sucesos secundarios.

Parece empero increíble que Andrew no aprendiera a hablar hasta encontrarse en el umbral de sus siete años; la forzada gregariedad y la conspicua falta de atención a las características individuales, propia de los orfelinatos, la habría acelerado como si la facultad del habla fuera necesaria para la absoluta supervivencia, desde la más remota infancia, dado el entorno. Apenas es más creíble la teoría de la hermana Albertine de que Andrew sabía hablar pero que sencillamente se negó a hacerlo hasta no haber llegado a su séptimo año de vida.

Pero, lo que agrava las cosas, ella lo recuerda ahora como un muchachito desacostumbradamente precoz, que parecía poseer una inteligencia y un entendimiento que iban más allá de sus años. En lugar de valerse del habla, no obstante, adoptaba la pantomima, arte al que era tan brillante adepto (si hemos de creer a la hermana Albertine) que su continuo silencio era apenas notable.

-Podía imitar a cualquiera -declara la hermana-. A los otros niños, a las hermanas, incluso a la Madre Superiora. Claro, yo tenía que reprenderlo por eso. Pero era admirable la facilidad con que asimilaba las mínimas maneras y las expresiones faciales de cualquier otra persona, y de una sola mirada. Pues eso es lo que hacía Andrew: lanzar una sola mirada y captarlo todo.

»E1 día de las visitas era el domingo. Naturalmente, Andrew nunca tenía visitas, pero le gustaba haraganear por el pasillo y ver cómo entraban. Luego, por la noche, ya en los dormitorios, llevaba a cabo una función para los otros chicos. Podía encarnar cada hombre, mujer o niño, que entraba en el Orfelinato ese día, individualmente: la forma de andar, de moverse, todos sus actos y gestos. Incluso a pesar de no decir jamás una palabra, a nadie se le ocurrió pensar que Andrew fuera un deficiente mental. Durante un tiempo el Dr. Clement llegó a pensar que Andrew podía ser mudo.

El Dr. Clement es una de las pocas personas capaces de suministrar datos objetivos sobre los primeros años de la vida de Andrew Benson. Desgraciadamente, falleció en 1954, víctima de un incendio que también destruyó su casa y sus archivos.

Fue el Dr. Clement quien atendió a Andrew la noche en que éste vio la primera película.

El año era 1949, y el día algún sábado por la tarde de finales de la citada fecha. El Orfelinato recibía y exhibía una película a la semana y sólo se permitía su visualización a los niños en edad escolar. La inhabilidad -o negligencia- de Andrew para hablar le causó algunos problemas cuando entró en el grado primario el último septiembre, y aún pasaron algunos meses antes de que le fuera permitido reunirse con sus compañeros de clase en el auditorio para las sesiones cinematográficas del sábado por la noche. Aunque se sabe que ocasionalmente lo hizo.

La película era la última (y probablemente la menor) de las de los Hermanos Marx. Su título era *Love Happy* y si es recordada por el público medio de hoy se debe al hecho de la brevísima aparición de la entonces desconocida rubia, llamada Marilyn Monroe.

Pero la audiencia del Orfelinato tuvo otros motivos para recordarla como memorable. Porque *Love Happy* fue la película que puso en trance a Andrew Benson.

Después de que las luces fueran de nuevo encendidas, el niño se quedó allí sentado, inmóvil, los ojos fijos y sin vida en la blanca y vacía pantalla. Cuando sus compañeros lo advirtieron y le instaron a levantarse, él no respondió; una de las hermanas (probablemente la hermana Rosemarie) lo zarandeó, y él cayó en un colapso con apariencia de muerte. E! Dr. Clement fue llamado y atendió al paciente. Andrew Benson no recobró el conocimiento hasta la mañana siguiente.

Fue entonces cuando habló.

Habló inmediata, perfecta y copiosamente: pero no de la forma que podía hacerlo un niño de seis años. La voz que surgió de sus labios era la de un hombre de mediana edad. Era nasal, crujiente y, aunque sin los guiños y expresiones faciales, fue instantáneamente reconocida e indiscutiblemente identificada como la voz de Groucho Marx.

Andrew Benson imitó el papel de Groucho como *Sam Grunion* a la perfección, palabra por palabra. Luego «hizo» de Chico Marx. Después volvió nuevamente al silencio y se pensó que otra vez había entrado en su fase muda. Pero pronto su silencio se hizo elocuente y en seguida se advirtió que estaba imitando a Harpo. En rápida sucesión, Andrew creó identificables retratos vocales y visuales de Raymond Burr, Melville Cooper, Eric Blore y los demás actores que interpretaban papeles menores en la película. Sus encarnaciones parecieron siniestras a sus compañeros y las hermanas no dejaron de notarlo.

-Pero si hasta se *parece* a Groucho -insistió la hermana Albertine.

Ignorando el problema de cómo un crío de seis años podía parecerse físicamente a Groucho Marx sin el beneficio (o detrimento) del maquillaje, el caso fue que Andrew Benson cobró repentina celebridad como mímico dentro de los reducidos límites del Orfelinato. Y desde aquel momento en adelante, habló con regularidad si no libremente. Es decir, respondió a las preguntas directas, recitó sus lecciones en clase, y contestó con las estereotipadas formas de educación requeridas por la disciplina del Orfelinato. Pero nunca fue locuaz, ni siquiera comunicativo, en el sentido ordinario del término. La única ocasión en que espontáneamente articulaba palabras era la que seguía a la proyección de la película semanal.

No se repitió el ataque primero, pero cada noche sabática la proyección traía al final una completa y dramática recapitulación a cargo del dotado muchacho. Durante la agonía del año 49 y el invierno del 50, Andrew Benson vio muchas películas. *Sorrowful Jones,* con Bob Hope; *Tarzan s Magic Fountain; The Fighting O'Flynn; The Life of Riley; Liltle Wornen,* y muchas más, tanto antiguas como contemporáneas. Naturalmente, las películas eran supervisadas antes por las hermanas, y las películas que incidían en la violencia, descrita o superlativizada, no eran aceptadas. No obstante, llegaron algunos westerns a la pantalla del Orfelinato y es significativo que Andrew Benson reaccionara como lo que llegó a ser una forma característica.

-Divertido y curioso -declara Albert Domínguez, que estaba en el Orfelinato durante el mismo período que Andrew Benson y que es una de las pocas personas localizadas que lo admite y rehuye toda discusión sobre el hecho-. Al principio Andy imitaba a todo el mundo: a todos los hombres, claro. Nunca imitó a ninguna mujer. Pero después de empezar a ver westerns pareció querer escoger. Imitaba sólo a los malos. No me refiero a lo que hacemos cuando de crios jugamos a vaqueros, ya sabe, cuando uno es sheriff y el otro pistolero. Quiero decir que él imitaba a los malos todo el tiempo. Podía hablar como ellos, hasta parecerse a ellos. Solíamos chotearnos de él, ¿sabe?

Probablemente como resultado de este «choteo», Andrew Benson, durante la tarde del 17 de mayo de 1950, intentó cortarle la garganta a Frank Phillips con un cuchillo de mesa. Probablemente... a pesar de que Albert Domínguez asegura que el otro no le provocó y que Andrew Benson estaba duplicando con exactitud el papel de un asesino desesperado del lejano oeste en una vieja película de Charles Starrett.

El incidente fue aparentemente silenciado y no se tomó ninguna medida; poseemos poca información sobre el crecimiento y desarrollo de Andrew Benson entre el verano de 1950 y el otoño de 1955. Domínguez abandonó el Orfelinato, nadie más se presta a declarar y la hermana Albertine se retiró a una casa de reposo. Como resultado, no hay nada digno de crédito en torno a lo que muy bien pudo haber sido el período crucial de Andrew, sus años de formación. Los escasos restos de trabajos escolares parecen bastante satisfactorios y nada hay que indique que fuera un problema de

disciplina para con sus instructores. En junio de 1955, junto con el resto de sus compañeros de clase, fue fotografiado con ocasión de su graduación después del octavo curso. Su rostro es una mera mancha, un tizne casi inexistente en mitad de un mar de semblantes pre-adolescentes. Lo que pudiera parecer a esa edad es difícil de decir.

Los Benson pensaron que se parecía a su hijo David.

El pequeño David Benson había muerto a consecuencia de una infección de poliomielitis en 1953, y dos años después iban sus padres al Orfelinato de St. Andrews con la intención de adoptar un chico. Tenían consigo un retrato de David y confesaron francamente que se sirvieron del parecido físico al realizar la elección.

¿Vio Andrew Benson aquella fotografía? ¿Vio -según han supuesto algunos tremendistas irresponsables- las *películas caseras* que los Benson tomaron de su hijo?

Por nuestra parte, debemos limitarnos a los hechos comprobados, y éstos se resumen en que Mr. y Mrs. Louis Benson, de Pasadena, California, adoptaron legalmente a Andrew Benson, de 12 años de edad, el 9 de diciembre de 1955.

Y Andrew Benson fue a vivir con ellos, en calidad de hijo. Andrew entró en una escuela pública de enseñanza media. Llegó a ser propietario de una bicicleta. Recibió honorarios semanales de un dólar. Y frecuentó el cine.

Andrew Benson frecuentaba los cines sin restricción. Sin ninguna restricción. Así fue durante varios meses, período en el que vio comedias, dramas, westerns, musicales, melodramas. Sin duda vio melodramas. ¿Hubo entre estos films alguno que, exhibido más o menos en 1956, mostrara cómo un gángster defenestraba a su víctima desde un segundo piso?

Por lo que hoy sabemos, no tenemos más remedio que sospechar la existencia de ese film. Por aquellos días, cuando tuvo lugar el incidente, Andrew Benson fue virtualmente exculpado. Él y otro muchacho habían estado «forcejeando» en un aula después de la clase y el otro muchacho había sufrido una «caída accidental». Al menos, ésta fue la versión oficial del suceso. El otro muchacho -hoy coronel de Marines Raymond Schuyler-- mantiene hoy día que Benson pretendió asesinarlo deliberadamente.

-Aquel crío era espeluznante -insiste Schuyler-. Ninguno de nosotros congenió realmente con él. Era como si no hubiera nada con lo que congeniar, ¿sabe usted? Quiero decir que él estaba siempre retraído y sujeto a cambios inexplicables. De un día para otro uno nunca sabía con qué iba a salir. Claro, nosotros sabíamos que él imitaba a los actores de cine (era sólo un novato pero había dado ya el golpe en el club dramático), pero nos daba la sensación que los imitaba en todo momento y lugar. Un minuto se estaba quieto y al siguiente, ¡ahí va! Usted conocerá esa historia, la de Jekyll y Hyde. ¿La conoce? Bueno, pues eso le pasaba a Andrew Benson. La tarde que me echó la zarpa habíamos estado incluso hablando amigablemente. Me condujo hasta la ventana y juro ante Dios que cambió ante mis ojos. Como si repentinamente se hubiera hecho un pie más alto y cincuenta libras más pesado, y su rostro era realmente salvaje. Me lanzó por la ventana sin pronunciar una palabra. Por supuesto, yo los tenía en la garganta y quizá pensara que había sufrido un cambio. Quiero decir que a nadie se le ocurriría hacer una cosa así.

Semejante incógnita, si afloró por aquel tiempo, se ha mantenido hasta ahora sin respuesta. Sabemos que Andrew Benson llamó la atención del Dr. Max Fahringer, psiquiatra infantil y consejero guía del colegio, y que su examen inicial no reveló anormalidades aparentes en la personalidad ni en los modelos de conducta. El doctor Fahringer, sin embargo, sostuvo largas charlas con los Benson y como resultado de las mismas se prohibió a Andrew la asistencia a proyecciones cinematográficas. Al año siguiente, el propio doctor Fahringer se ofreció voluntariamente a examinar al joven Andrew; indudablemente, su interés se había incrementado por las sorprendentes habilidades dramáticas que el muchacho mostraba en sus actividades extraescolares.

No tuvo lugar más que una entrevista y es de lamentar que el doctor Fahringer no trasladara sus descubrimientos al papel ni que los comunicara a los Benson antes de su repentina y violenta muerte a manos de un desconocido asaltante. Se creyó (o se lo creyó la policía, al menos, por entonces) que uno de sus primeros pacientes, internado en una institución en calidad de psicópata,

podía haber sido el causante del crimen.

Todo cuanto sabemos es que ello ocurrió poco después de haber asistido a una reposición local de la película *Man in the Attic,* en la que Jack Palance hace el papel de Jack el Destripador.

Es interesante examinar hoy día algunas de las llamadas «películas de terror» de aquellos años, incluyendo las reposiciones de las primitivamente interpretadas por Boris Karloff, Bela Lugosi, Peter Lorre y tantos otros.

Obviamente, no podemos asegurar con certeza que Andrew Benson estaba violando los deseos de sus padres adoptivos y asistiendo furtivamente a proyecciones cinematográficas. Pero si lo hizo, es bastante probable que frecuentara algunos de los pequeños cines de la vecindad, muchos de los cuales eran de reestreno. Pues sabemos, a tenor de los comentarios de sus compañeros de clase durante aquellos años de enseñanza media, que «Andy» estaba familiarizado -de manera casi omnisciente, podría decirse- con los amaneramientos de tales reposiciones.

La evidencia es a menudo conflictiva. Joan Charters, por ejemplo, está dispuesta a «jurar sobre la Biblia» que Andrew Benson, a la edad de 15 años, era «el vivo retrato de Peter Lorre... los mismos ojos saltones y demás cosas». Mientras que Nick Dossinger, que asistió a las mismas clases que Benson un año más tarde, asegura que «se parecía a Boris Karloff talmente».

Aunque la adolescencia conlleve un considerable incremento de estatura en el corto tiempo de un año, es casi imposible de creer que un «vivo retrato de Peter Lorre» pueda metamorfosearse en un asténico tipo Karloff.

Hay muchos testimonios dignos de crédito durante estos años de la vida de Andrew Benson, pero casi todos ellos inciden en destacar el fenómeno de su talento mímico y su irrebatible habilidad para las encarnaciones *ad libitum* de los actores de cine. Al parecer, habla caracterizado a todos sus compañeros y contemporáneos de cabo a rabo.

-Decía que prefería imitar a los actores de cine porque eran más grandes -afirma Don Brady, que fue compañero suyo en el último año-. Le pregunté qué quería decir con «más grandes» y contestó que los actores de cine eran más grandes en la pantalla, a veces de veinte pies de punta a punta. Y dijo: «¿Por qué molestarse con las personas pequeñas cuando uno puede ser grande?» Oh, muchacho, era un carácter original del todo, un tipo único.

Las frases se repetían. «Extraño», «excéntrico» y «volado» son términos pintorescos pero altamente esclarecedores. Y parecía haber muy pocos recuerdos de Andrew Benson como un compañero de clase como los demás, en el papel ordinario de adolescente, o como un simple amigo. Lo único recordado es el imitador, generalmente con admiración y, con bastante frecuencia, con disgusto rayano en la aprensión.

-Era tan bueno que lo asustaba a uno. Claro, eso era cuando hacía sus caracterizaciones. El resto del tiempo apenas te percatabas de que estaba allí.

-¿Sus clases? Sí, creo que las acabó como todo el mundo. No estuve muy al tanto.

-Andrew era un estudiante normal. Podía responder cuando se le preguntaba, aunque nunca lo hacía voluntariamente. Sus notas fueron las corrientes. Tenía la impresión de que era más bien retraído.

-No, nunca tuvo muchas citas. Ahora que lo pienso, no recuerdo que saliera nunca con chicas. Nunca le presté mucha atención, excepto, claro está, cuando se ponía a actuar.

-No sé lo que quiere usted decir con acercarse a Andy. No sé de nadie que pareciera tener amistad con él. Fuera de sus reproducciones dramáticas estaba siempre tranquilo y quieto. Pero cuando las emprendía, era como si se tratase de una persona diferente... era realmente grande, ¿no cree? Siempre supusimos que acabaría en el *Pasadena Playhouse.*

Los recuerdos de sus contemporáneos son aptos frecuentemente para arribar a sucesos que no envolvieron directamente a Andrew Benson. Los años 1956 y 1957 son todavía recordados por los estudiantes de enseñanza media de la zona que nos ocupa como los años del toque de queda. Era un toque de queda voluntario, naturalmente, pero estrictamente observado, no obstante, por la mayoría de chicas estudiantes al tanto de lo que se llamaron «crímenes del hombre lobo»; una serie de crímenes salvajes y todavía sin resolver que aterrorizaron a la comunidad durante algo más de un año. Algunos aspectos canibalescos en el asesinato de cinco muchachas llevaron a la prensa

sensacionalistas a calificar al asesino como «hombre lobo». La serie del *Wolf Man,* -producida por la Universal- había vuelto a llenar las pantallas por aquellos días y quizá esta circunstancia permitió tamaña asociación.

Pero regresemos a Andrew Benson; creció, fue a la universidad y vivía la vida propia de un hijastro. Si sus padres adoptivos fueron un tanto estrictos, él no hizo queja alguna. Si lo castigaron porque sospechaban que abandonaba su habitación por la noche, tampoco se quejó ni negó el hecho. Si se mostraron aprensivos porque temían que desobedecía la prohibición de ver películas, no manifestó ninguna abierta oposición.

El único choque conocido entre Andrew Benson y su familia se produjo como resultado de la llana negativa de sus padrastros a instalar un aparato de televisión en casa. Si estaban al tanto o no del posible fomento de la habilidad mímica de Andrew o si habían desarrollado una mera alergia hacia Lawrence Welk y su estirpe, es difícil de determinar. Como fuere, se resistieron a la adquisición de un aparato de televisión. Andrew rogó y suplicó, señalando que «necesitaba» la televisión como un complemento en su futura carrera dramática. Su argumento tenía alguna justificación, pues en su último curso Andrew había sido «reconocido» por el famoso *Pasadena Playhouse,* y hasta se había hablado de la posibilidad de una futura carrera profesional sin necesidad del aprendizaje normal.

Pero los Benson fueron inexorables en lo concerniente al televisor; por lo que podemos conjeturar, se mantuvieron inexorables hasta el día de su muerte.

Los infortunados sucesos tuvieron lugar en Balboa, Panamá, donde los Benson poseían una pequeña casa de campo y mantenían un yate de pequeñas proporciones. Los ancianos Benson y Andrew se adentraban por el Canal Catalina cuando el yate volcó en aguas agitadas. Andrew logró aferrarse al casco hasta que fue rescatado, pero sus padres adoptivos perecieron. Accidente bastante común; uno ha visto en el cine docenas de accidentes parecidos.

Andrew, poco después de cumplir los dieciocho, fue internado nuevamente en un orfanato, pero un orfanato con plenas características de agradable hogar y con la expectativa de convertirse en heredero cuando cumpliera los veintiuno. La propiedad de los Benson estaba administrada por el abogado de la familia, Justin L. Fowler, y concedió al joven Andrew unos honorarios semanales de cuarenta dólares, cantidad más que suficiente para cubrir los gastos de un recién graduado de enseñanza media, aunque no para permitirle vivir con derroche.

Es de temer que se sucedieron violentas escenas entre el joven y el abogado de la familia. No hay lugar aquí para traerlas a colación y detalle, ni para condenar a Fowler por lo que parecía ser -al menos superficialmente- el desarrollo de una fijación.

Pero hasta la noche en que fue atropellado por un vehículo que se dio a la fuga, el abogado Fowler se mantuvo casi obsesionado por el deseo de probar que el joven Benson era legalmente incompetente, si no algo peor. Ciertamente, fue su investigación la que permitió el descubrimiento de los escasos hechos concernientes a la vida de Andrew Benson que hoy día pueden ser considerados dignos de crédito.

Hubo algunas hipótesis -uno duda si dignificarlas con el término «conclusiones»-, que extrapoló en apariencia a partir de sus magros descubrimientos o que fabricó sin fundamento alguno. A menos que, naturalmente, tuviera en su poder detalles hoy día fuera de control. Sin la base de tales detalles no hay forma de corroborar lo que no parecía sino una serie de fantásticas conjeturas.

Un ejemplo al azar, como recuerdo de las distintas conversaciones que Fowler sostuvo con las autoridades, será suficiente.

-No creo que el chico sea siquiera humano, al menos en lo que respecta a este asunto. Por el simple hecho de aparecer en las escaleras del orfanato se le llama expósito. Mutante puede ser un término más apropiado. Sí, ya sé que nadie cree en tales cosas. Y si uno habla de las formas vitales de otros planetas, se le ríen en la cara y le dicen a uno que se vaya a freír espárragos.

»¿Mutante? Probablemente sea éste un término más exacto de lo que su estrecho significado implica. Me refiero a la forma en que él se transforma cuando ve las películas. No, no es necesario que me crea a mí, pregunte a cualquiera que lo haya visto actuar desde siempre. Mejor aún, pregunte a aquellos que nunca lo han visto y que sólo lo han contemplado en sus imitaciones

privadas de los actores de cine. Descubrirá usted que hay muchísimo más que una simple imitación. Él *se convierte* en el actor. Sí, quiero decir que sufre una transformación física total. Camaleón. O alguna otra forma de vida. ¿Quién podría decirlo?

»No, yo no pretendo entenderlo. Ya sé que no es "científico", según su forma de entender la ciencia. Pero eso no quiere decir que sea imposible. Hay muchas formas vitales en el universo y nosotros sólo podemos hacer cabalas sobre un reducido número de ellas. ¿Por qué no podría alguno poseer una sensibilidad anormal para la mímica?

»Usted sabe el efecto que el cine puede tener sobre los que llamamos "seres normales", aunque sea bajo ciertas condiciones. El espectador cinematográfico se queda bajo un estado hipnótico, y puede usted comprobarlo preguntando a los psicólogos. Oscuridad, concentración, sugestión... todos los elementos están presentes. Y existe también la sugestión posthipnótica. Nuevamente me respaldarían los psiquiatras en esto. Muchas personas tienden a identificarse con algunos de los personajes que aparecen en la pantalla. Aquí es donde interviene nuestro adorado héroe, y ésta es la razón por la que existen los aficionados a los westerns y a los films policíacos y toda la pesca. Se supone que la gente común sale del cine fantaseando sobre los héroes y heroínas que han visto en la pantalla; imitándolos también.

»Obviamente, esto es lo que Andrew Benson hace. ¿Y si suponemos que lo que hace es ir un poco más allá? ¿Y si suponemos que es capaz de *ser* lo que ve retratado? ¿Y que escoge exclusivamente los personajes malvados? Se lo digo, es necesario investigar los crímenes perpetrados desde hace unos años a esta parte. No sólo el asesinato de aquellas chicas, sino también el de los dos doctores que examinaron a Benson cuando éste era un niño, y es más: la muerte incluso de sus padres adoptivos. No creo que esas cosas fueran accidentes. Creo que algunas personas se acercaron demasiado a su secreto y que Benson las quitó de en medio.

»¿Por qué? ¿Cómo podría yo saber el porqué? Ni siquiera sé lo que busca cuando asiste al cine. Pues está buscando algo, eso se lo garantizo. ¿Quién podría saber lo que tal forma vital se propone hacer o cuáles son sus propósitos respecto de sus poderes? Todo cuanto puedo hacer, es advertirle.

Es fácil desechar que el abogado Fowler fuera un tipo paranoide, aunque no que resultara tal vez injusto, a la hora de evaluar las razones de su arrebato. Que sabía (o creía saber) algo, es evidente de por sí. Como prueba, en la noche de su muerte estaba al parecer a punto de confeccionar un informe con sus descubrimientos.

Deplorablemente, cuanto quedó no fue sino un preámbulo, en forma de cita de Eric Voegelin, relativas a las rígidas y pragmáticas actitudes del «cientifismo», por llamarlo así:

«(1) está supuesto que la ciencia rnatematizada de los fenómenos naturales es un modelo científico al que todas las otras ciencias deben adaptarse; (2) que todos los reinos de los seres son accesibles según los métodos de las ciencias de los fenómenos; y (3) que toda realidad que no tenga acceso a las ciencias de los fenómenos o es irrelevante o, en la forma más radical del dogma, ilusoria.»

Pero el abogado Fowler está muerto y nosotros no podemos tratar sino con la vida, con Max Schick, por ejemplo, el agente de películas de cine y televisión que visitó a Andrew Benson en su casa poco después de la muerte de los ancianos Benson y le ofreció un contrato inmediato.

-Usted es un genio nato -le dijo Schick-. Deje de preocuparse por lo del *Pasadena Playhouse.* A nadie le interesa esto. Puedo demostrárselo ya, créame. Con lo que usted es capaz de hacer, borraremos a Marlon Brando del mapa. Claro, empezaremos por cosas menores, pero yo sé dónde está el chollo. Lo principal es que pueda introducirse entre los grandes por donde sea. Nada de musicales adocenados, ¿me sigue? Los estudios no se reparten de buenas a primeras y aunque usted cayera en uno, acabaría en las filas de los don nadie. No, el trato es conseguir para usted un primer puesto y un cartel más allá de las eventualidades. Y, como le dije, yo sé dónde está el meollo.

»Iremos a un pequeño productor independiente, ¿me capta? Debe haber como una docena operando ahora, y haciendo todos lo mismo. Sólo hay una clase de películas que combine el bajo costo con los grandes beneficios y esa clase es la de la ciencia-ficción.

»Sí, como me oye, una película de ciencia-ficción. ¿Qué me dice, que nunca ha visto una? ¿Está usted majara? ¿Cómo es posible? ¿Quiere decir que jamás vio ninguna película de ciencia-ficción?

»Ah, su familia, ¿eh? ¿Se lo tenían prohibido? ¿Y sólo se exhibían en los cines del centro?

»Bien mirado, muchacho, le digo que ya es hora, eso es lo que le digo. ¡Ya es hora! Mire, para que sepa usted de lo que estamos hablando, lo mejor es que vaya a ver una ahora mismo. Estoy seguro, tienen que estar poniendo alguna en algún cine del centro, ¿Por qué no va esta misma tarde? Tengo un trabajo que terminar en mi oficina: lo llevo en mi coche y se va a ver la película y luego acude a mi oficina, al salir.

»Claro que puedo dejarle mi coche. Es usted mi invitado.

Así fue como Andrew Benson vio su primera película de ciencia-ficción. Fue y volvió en el coche de Max Schick (como excesiva coincidencia hay que señalar que fue, al caer la tarde de aquel día, cuando el abogado Fowler devino víctima del atropello) y Schick tuvo buenas razones para recordar la aparición de Andrew Benson en su oficina justo después del crepúsculo.

-Tenía una expresión en su rostro que no era de este mundo -declara Schick.

»-¿Qué tal la película? -le pregunté.

»-Maravillosa -me dijo-. Justo lo que había estado buscando todos estos años. Y pensar que no conocía esas cosas.

»-¿Qué no conocía qué? -pregunté. Pero dejó de dirigirse a mí. Dése cuenta. Hablaba consigo mismo.

»-Sabía que tenía que haber algo así -decía-. Algo mejor que Drácula, que el monstruo del Dr. Frankenstein y todo eso. Algo más grande, más poderoso. Algo que podía convertirse en realidad. Y ahora lo he conocido. Y ahora voy a hacerlo.

Max Schick es incapaz de mantener la coherencia a partir de este punto. Pero su informe directo no es necesario. Desgraciadamente, todos nosotros sabemos lo que ocurrió a continuación.

Max Schick estaba sentado en su sillón y observó el *cambio* de Andrew Benson.

Lo vio *crecer.* Vio aumentar sus ojos, sus antenas, sus retorcidos tentáculos. Lo vio retorcerse e hincharse, llenando la habitación hasta que, *reventando* las paredes, no hubo sino aquel verde y gigantesco horror, aquella monstruosidad de sesenta pies de altura que quizá nacido del cerebro de un guionista de cine, tal vez engendrado más allá de las estrellas, pero con certeza existente y sin duda alimentado en los lejanos reinos, allende el mundo tridimensional y allende los tridimensionales conceptos de la salud mental.

Max Schick nunca olvidará aquella noche, como tampoco, claro está, la olvidará ningún otro.

Aquella fue la noche en que el monstruo destruyó Los Ángeles...

TERCER PISO, AL FONDO

Jerome K. Jerome

Los alrededores de la plaza Bloomsbury no se encuentran tan abarrotados de gente, a las cuatro de la tarde de un día cualquiera de noviembre, como para asegurar la inmunidad de la observación al extraño que, en apariencia, nada posee fuera de lo común. El mozo del Tibb, gritando hasta el límite de su voz que *ella* estaba jamón, se detuvo de repente, se separó de los talones de una voluble damisela que empujaba un carrito de niño, y quedó mudo, en apariencia, ante las personales observaciones de la voluble damisela. Hasta que no hubo alcanzado la siguiente esquina -y entonces más como soliloquio que como información callejera-, no recuperó el mozo del Tibb el suficiente interés en sus propios asuntos para asegurar que él era el veterinario destinado a curarla. La propia voluble damisela, que iba media docena de yardas detrás, olvidó sus agravios al contemplar la espalda del extraño. Había algo que resultaba peculiar en la espalda del extraño: en lugar de ser plana, exhibía una decidida curva.

-No es una giba, ni parece una protuberancia de la columna vertebral -observó la voluble damisela para sí-. Que me quede ciega si no parece que se le está escapando la espalda.

El policía de la esquina, intentando parecer atareado sin hacer nada, observó la aproximación del

extraño con creciente interés.

«Una forma muy extraña de caminar la tuya, joven -pensó-. Como si temieras desplomarte sobre tu propio culo.»

-Creí que era un hombre joven -murmuró el policía cuando el extraño le sobrepasó-. Pero tiene una cara de crío que convence.

La claridad del día estaba desapareciendo. El extraño, encontrando imposible leer el rótulo de la calle sobre la casa de la esquina, se dio la vuelta y caminó hacia el policía.

«Vaya, otra vez el hombrecito -se dijo el policía-. Un vulgar muchacho.»

-Le suplico me perdone -dijo el extraño-, ¿le importaría indicarme el camino para la plaza Bloomsbury?

-Ésta es la plaza de Bloomsbury -explicó el policía-. ¿Qué número busca?

El extraño sacó un pedazo de papel del bolsillo de su bien abrochado abrigo, lo desenvolvió y leyó:

-Mrs. Pennycherry. Número cuarenta y ocho.

-Vaya hacia la izquierda -instruyó el policía-, cuarta casa. ¿Quién lo ha enviado ahí?

-Un... un amigo --replicó el extraño-. Muchas gracias.

-Ah -murmuró para sí el policía-; te aseguro que no querrás agradecérselo hasta que haya terminado la semana, chico...

«Curioso -añadió el policía, siguiendo con la mirada la figura del extraño-. Ves hembras a manta que parecen jóvenes de espaldas y viejas de cara. Y este parroquiano parece joven de cara y viejo de espaldas. Pero creo que parecerá viejo por todas partes como pare mucho en casa de mamá Pennycherry: ¡vieja tacaña!

Los policías que patrullaban por la zona que incluía la plaza Bloomsbury tenían sus razones para no congeniar con Mis. Pennycherry. Ciertamente, llegado el caso, podía resultar dificultoso encontrar un ser humano con razones para congeniar con la arisca dama. O tal vez el vigilante de segunda, al cargo de las casas del vecindario de Bloomsbury, no tendía a desarrollar las virtudes de la generosidad y la amabilidad.

Mientras tanto, el extraño, prosiguiendo su camino, había hecho sonar el timbre del número cuarenta y ocho. Mrs. Pennycherry, mirando a hurtadillas desde la baranda y cazando un vislumbre de una guapa, si no afeminada cara masculina, se apresuró en arreglarse su velo de viuda ante el espejo, mientras enviaba a Mary Jane para que condujera al extraño, que debería resultar un problemático pensionista, al comedor y también a que encendiera el gas.

-Y no te detengas chismorreando, ni te tomes el cuidado de responder preguntas. Dile que estaré con él en un minuto -fueron las principales instrucciones de Mrs. Pennycherry-, y mantén escondidas tus manos tanto como puedas.

-¿De qué te ríes por debajo de la nariz? -preguntó Mrs. Pennycherry a la opaca Mary Jane un par de minutos después.

-No estoy haciendo eso -explicó la mansa Mary Jane-, simplemente sonreía para mí.

-¿De qué?

-Pero si no lo hago -sostuvo Mary Jane. Aunque aún se mantenía su sonrisa.

-Bueno. ¿Qué tal es él? -demandó Mrs. Pennycherry.

-No es nada vulgar -fue la opinión de Mary Jane.

-Gracias le sean dadas al Señor -oró Mrs. Pennycherry píamente.

-Dice que ha sido enviado por un amigo.

-¿Por quién?

-Por un amigo. No ha dicho su nombre.

-Eso no es digno de jolgorio -calibró Mrs. Pennycherry.

No lo era en verdad. Mary Jane estaba segura de ello.

Mrs. Pennycherry subió las escaleras todavía meditando. Cuando entró en la sala, el extraño se levantó e hizo una reverencia. Nada podía haber sido más simple que la reverencia del extraño, y sin embargo tuvo la virtud de inundar a Mrs. Pennycherry de viejas sensaciones tiempo ha

olvidadas. Por breves momentos Mrs. Pennycherry se vio a sí misma como una elegante dama bien nacida, viuda de un procurador: un visitante había pedido verla. Fue, sin embargo, una fantasía momentánea. Al instante siguiente la Realidad cobró sus fueros. Mrs. Pennycherry, patrona de una casa de huéspedes, vegetando precariamente en torno a insignificantes menudencias diarias, se preparaba para atender a un posible pensionista nuevo, que afortunadamente parecía un joven caballero sin experiencia.

-Alguien lo envió aquí -comenzó Mrs. Pennycherry- ¿Puedo preguntarle quién?

Pero el extraño vadeó la pregunta como algo sin importancia.

-No debe usted recordar... lo -sonrió-. Él pensó que yo haría bien pasando aquí los pocos meses que me he tomado... que tengo que permanecer en Londres. ¿Puede usted admitirme?

Mrs. Pennycherry pensó que no habría inconveniente aceptando al forastero.

-Una habitación para dormir -explicó el extraño-, servirá cualquier habitación... con comida y bebida suficiente para un hombre, eso es cuanto requiero.

-Para el desayuno -comenzó Mrs. Pennycherry-, siempre doy...

--Lo que es justo y apropiado, estoy convencido de ello -interrumpió el extraño-. Le ruego que no se preocupe en entrar en detalles, Mrs. Pennycherry. Me contentaré con lo que sea.

Mrs. Pennycherry, intrigada, lanzó una rápida mirada al extraño, pero su rostro, a pesar de que sus amables ojos sonreían, manteníase austera y seria.

-Será mejor que vea la habitación -sugirió Mrs. Pennycherry- antes de discutir las condiciones.

-Perfecto -asintió el extraño-. Estoy un poco cansado y me gustaría descansar.

Mrs. Pennycherry emprendió el camino; en el pasillo del piso tercero se detuvo un momento, indecisa, pero en seguida abrió la puerta de la habitación del fondo.

-Es muy confortable -comentó el extraño.

-Por esta habitación -anunció Mrs. Pennycherry-, junto con la pensión completa, que consiste en...

-En todo cuanto es necesario. No hace falta que lo diga -interrumpió de nuevo el extraño con su serena y grave sonrisa.

-Por lo general -continuó Mrs. Pennycherry-, pido cuatro libras a la semana. Para usted -la voz de Mrs. Pennycherry, sorprendiéndola, tomó ante sus propios oídos una nota de agresiva generosidad-, teniendo en cuenta que ha sido recomendado, lo dejaremos en tres libras con diez.

--Querida señora -dijo el extraño-, eso es muy amable por su parte. Como ha adivinado, no soy un hombre rico. Y si no le es una carga, acepto su descuento con gratitud.

Mrs. Pennycherry, familiarizada con los métodos irónicos, lanzó de nuevo una sospechosa mirada sobre el forastero, aunque sin ver en la suave y hermosa cara el menor rastro de aquéllos. Sin duda era tan sencillo como parecía.

-El gas, obviamente, es aparte.

-Obviamente -asintió el extraño.

--El carbón...

-No nos pelearemos -interrumpió por tercera vez el extraño-. Ha sido usted muy considerada para conmigo. Tengo la sensación, Mrs. Pennycherry, de que puedo abandonarme enteramente a sus manos.

El forastero parecía ansioso por quedarse solo. Mrs. Pennycherry, tras encender la calefacción, se dispuso a salir. Fue entonces cuando Mrs. Pennycherry, mantenedora pertinaz de una inquebrantable tradición salutífera, se comportó de una manera que, ante su propio reflejo y cinco minutos antes, habría juzgado imposible: no había alma viviente sobre la tierra que se lo hubiera creído, así la misma Mrs. Pennycherry, de rodillas, lo hubiera jurado.

-¿Le dije tres libras con diez? -preguntó Mrs. Pennycherry, la mano ya en la puerta. Lo dijo malhumoradamente. Se sentía malhumorada con el forastero, consigo misma: particularmente consigo misma.

-Tuvo usted la amabilidad de hacerme una reducción -replicó el extraño-, pero si tras una reflexión considera usted improcedente...

--Debí sufrir una confusión -dijo Mrs. Pennycherry-, pues quería decir dos libras con diez.

-No puedo... no quiero aceptar semejante sacrificio -exclamó el extraño-; puedo emplear muy bien las tres libras con diez.

-Dos libras con diez son mis condiciones -cortó Mrs. Pennycherry-. Si le gusta pagar más, tendrá que ir a otra parte. Es libre de hacer lo que quiera.

Su vehemencia tenía que haber impresionado al extraño.

-No seguiremos peleando -sonrió-. Temía simplemente que la bondad de su corazón...

-Oh, nada hay de bueno en todo esto -refunfuñó Mrs. Pennycherry.

-Estoy seguro de lo contrario -devolvió el extraño-. Y sospecho que tengo razón. Pero toda mujer voluntariosa debe, supongo, seguir sus propios dictados.

El forastero le ofreció su mano y a Mrs. Pennycherry, en aquel momento, le pareció la cosa más natural del mundo el estrechársela como si se tratase de la mano de un viejo amigo, a fin de clausurar la conversación con unas risitas complacidas... aunque reír no era un ejercicio con el que Mrs. Pennycherry fuera demasiado indulgente.

Mary Jane estaba junto a la ventana, los brazos cruzados sobre su pecho, cuando Mrs. Pennycherry penetró en la cocina. Desde las proximidades de la ventana podía verse un retazo de los árboles de la plaza Bloomsbury y, a través de sus ramas peladas, un fragmento de cielo más allá.

-No hay nada más que hacer en la próxima media hora, hasta que Cook regrese. Acudiré a la puerta si te apetece dar un paseo -se ofreció Mrs. Pennycherry.

-Sería maravilloso -admitió la chica nada más recuperar la facultad del habla-; hace justamente la clase de día que más me gusta.

-Pero que no sea más de media hora -añadió Mrs. Pennycherry.

El cuarenta y ocho de la plaza Bloomsbury, reunido en la salita después de la cena, discutía en torno al forastero con esa libertad y franqueza características del cuarenta y ocho de la plaza Bloomsbury respecto de los ausentes.

-No lo que yo califico de joven listo -fue la opinión de Augustus Loncord, empleado en algo en el centro.

-Si hablo por mí mismo[2] -comentó su socio lsidore-, no posee nada que se parezca a lo que debe ser un joven listo. Lo encuentro excesivo.

-Debe ser sutilmente listo si lo encuentras excesivo -rió su socio. Hay algo que debe decirse por mor de la agudeza del cuarenta y ocho de la plaza Bloomsbury: era de construcción sencilla y de fácil entendimiento.

-Bueno, a mí me hace bien sólo el mirarlo -declaró Miss Kate, la hipermaquillada-. Deben ser sus ropas, supongo... me hacen pensar en Noé y el arca y todo eso.

-Deben ser las ropas lo que la obligan a usted a pensar... si es que alguna otra cosa puede hacerlo -habló lentamente la lánguida Miss Devine. Era una chica alta y guapa, preocupada en aquel instante por los inútiles esfuerzos que desplegaba en reclinarse con elegancia y confort sobre un sofá de cerdas. Miss Kite, por razones de haberse asegurado la poltrona, era impopular esa tarde; de modo que la observación de Miss Devine recibió del resto de la compañía mucha más aprobación de lo que quizá merecía.

-¿Pretende eso ser ingenioso, querida, o simplemente despechado? -inquirió Miss Kite.

-Ambas cosas -aseguró Miss Devine.

-Yo tengo que confesar -dijo el alto padre de la damisela, comúnmente llamado el Coronel- que lo encuentro un botarate.

-Ya me di cuenta de que podíais hacer buenas migas juntos -ronroneó su esposa, una regordeta y sonriente dama, más bien retaco.

-Posiblemente las hagamos -remachó el Coronel-. E! hado me ha acostumbrado a frecuentar la compañía de botarates.

-No es muy gentil que comencéis a pelearos nada más terminar de cenar -observó su pensativa

---

[2] El autor pretende caracterizar sus personajes por su habla: el policía se expresaba en continuo *slang*, de imposible paralelo; Mary Jane abarrota sinalefas de cacofónica versión, y el presente lsidore incide en el ceceo, que tampoco vertemos por falta de equivalencia. El ceceo en castellano se atribuye al donaire popular mientras que en inglés revela cursilería y afectación. *(N. del T.)*

hija desde el sofá-; si seguís así, no nos dejaréis nada que nos divierta más tarde.

-No se mostró conmigo muy conversador -dijo la dama que era prima de un baronet-; pero no se precipitó en servirse la verdura. Un pequeño detalle de ese jaez demuestra educación.

-O que como no la conocía a usted, pensaba que iba a dejarle un par de cucharadas -rió Augustus su propia gracia.

-Lo que yo no puedo entender de él... -comenzó el Coronel.

El extraño entró en la sala.

El Coronel, siguiendo con su periódico vespertino, se retiró a un-rincón. La hipermaquillada Kite, alcanzando de la repisa de la chimenea una revista, la sostuvo protectoramente ante su rostro. Miss Devine se levantó apresuradamente del sofá de cerdas y se arregló la falda.

--¿Sabe una cosa? -dijo Augustus dirigiéndose al forastero y rompiendo el de algún modo destacado silencio.

El extraño, evidentemente, no entendió. Se hizo, pues, necesario para Augustus, el guasón, proseguir en vez de mantener el molesto silencio.

-¿Qué hace Lincoln para sacar tanta ventaja? Dígamelo y le juro que me quitaré la camisa ahora mismo.

-Creo que actuaría usted poco sabiamente -sonrió el extraño-; no soy ninguna autoridad en la materia.

-¡No me diga! ¿Por qué me dijeron entonces que era usted el Capitán Spy, de la *Sporting Life*... de incógnito?

Habría sido difícil que una broma cayera más de plano. Nadie se rió, aunque Mr. Augustus Loncord no pudo entender el porqué; y quizá ninguno de los presentes podría habérselo dicho, pues en el cuarenta y ocho de la plaza Bloomsbury Mr. Augustus Loncord pasaba por ser un humorista. El extraño, por su parte, pareció no darse cuenta de que estaba siendo objeto de diversión.

-Sin duda lo han informado mal -le aseguró el extraño.

-Le pido mil perdones -dijo Mr. Augustus Loncord.

-No hay por qué -replicó el extraño con su dulce voz baja y siguió con lo suyo.

-Bueno, a ver qué pasa con eso del teatro -demandó Mr. Loncord a su amigo y socio-, ¿quieres ir o no quieres ir? -Mr. Loncord se sentía irritable.

-Hay que sacar la entrada... tal vez vaya -opinó Isidore.

-Es una obra condenadamente estúpida, te lo digo yo.

-La mayoría son estúpidas, más o menos. No llores por tanto derroche -arguyó Isidore, dando fin a la conversación de la pareja.

-¿Va a estar mucho tiempo en Londres? -preguntó Miss Kite, alzando sus pintarrajeados ojos hasta el extraño.

-No mucho -contestó el forastero-. Por lo menos no lo sé. Depende.

Una quietud inhabitual invadió la sala de estar del cuarenta y ocho de la plaza Bloomsbury, justamente a las horas en que por lo general estaba repleto de ruidos y voces estridentes. El Coronel seguía absorto en su periódico. Mrs. Devine seguía sentada con sus regordetas manos sobre su regazo, y si estaba despierta o dormida, nadie habría podido decirlo. La dama que era prima de un baronet, había corrido su silla junto a la estufa, los ojos fijos en su sempiterno ganchillo. La lánguida Miss Devine se había acercado al piano y allí se sentó pulsando débilmente las desafinadas teclas, dando la espalda a la apenas amueblada habitación.

-Siéntese -ofreció con gracejo Miss Kite al extraño, señalándole con el abanico un asiento vacío que había junto a ella-. Háble me de usted. Usted me interesa. -Miss Kite adoptaba un aire sofisticadamente autoritario con todos los miembros del sexo opuesto que parecían más jóvenes que ella, detalle que armonizaba con su complexión, su dorado cabello y con toda ella en conjunto.

-Me alegra que sea así -dijo el forastero, aceptando el lugar ofrecido-. También me gustaría interesarme por usted.

-Es usted un muchacho muy atrevido -dijo Miss Kite, bajando el abanico con la intención de lanzar una mirada por encima de él, encontrándose sus ojos por vez primera con los del extraño, que la estaban sondeando. Lo que entonces experimentó Miss Kite fue precisamente la misma curiosa

sensación que aproximadamente una hora atrás había turbado a Mrs. Pennycherry, al ver al forastero inclinarse ante ella. Le pareció que ya no era la Miss Kite de siempre, la Miss Kite que, de haberse levantado y mirado en el espejo que había sobre la marmórea cornisa de la chimenea, sabía tenía que contemplar; sino otra Miss Kite distinta: una dama gentil, despierta y frisando la mediana edad, todavía de buen ver pese a la ya comenzada desaparición de su solidez y el ajuste continuo de sus cremalleras. Miss Kite sintió un ramalazo de envidia recorrer su cuerpo. Esta madura Miss Kite era sin duda una dama mucho más atractiva. Tenía una frescura y una elegancia que instintivamente atraían a cualquiera. No preocupada, como la auténtica Miss Kite, por la necesidad de aparentar entre los dieciocho y los veintidós, esta otra Miss Kite podía desenvolverse con sensibilidad, hasta con brillantez: así tenía que sentirlo cualquiera. Esto es lo que esta otra Miss Kite era: una mujer «refinada» de pies a cabeza; la Miss Kite real, aunque envidiosa, estaba dispuesta a admitirlo. Miss Kite deseó la gentileza que jamás había visto en las mujeres. Y el vislumbre que de ella propia le quedó, la dejó particularmente insatisfecha consigo misma.

-No soy un muchacho -explicó el extraño- ni he tenido la intención de ser atrevido.

-Lo sé -replicó Miss Kite-, ha sido una observación tonta. No podría decir qué es lo que me ha impulsado a formularla. Sin duda me estoy volviendo vieja.

-Le aseguro que no es usted vieja -rió el forastero.

-Tengo treinta y nueve años -soltó Miss Kite-: ¿me llamaría usted joven con esa edad?

-Creo que es una edad hermosa -insistió el extraño-: lo bastante joven para no haber perdido las gracias juveniles y lo bastante madura para haber aprendido las elegancias mundanas.

-Oh, tal vez encuentre usted hermosa cualquier edad -replicó Miss Kite-. Me voy a la cama. - Miss Kite se levantó. El abanico de papel estaba ahora roto. Miss Kite reunió los fragmentos y los arrojó al fuego.

-Todavía es temprano -rogó el forastero-, y yo, anticipaba el placer de hablar con usted.

-Bueno, no dudo que podrá seguir anticipándolo -remachó Miss Kite-. Buenas noches.

La verdad era que Miss Kite estaba impaciente por contemplarse a sí misma ante el espejo de su habitación, la puerta firmemente cerrada. La visión de la otra Miss Kite, esa dama de nítida apariencia, rostro purísimo y cabello oscuro, había sido tan vivido que Miss Kite se preguntaba si temporalmente el olvido no habría caído sobre ella mientras se vestía para la cena.

El extraño, abandonado a su aire, buscó sobre la mesa algo para leer.

-Parece que ha espantado usted a Miss Kite -observó la dama que era prima de un baronet.

-Así parece -admitió el forastero [3].

-Mi primo, Sir William Bosster -observó la dama-, que se casó con la sobrina del anciano Lord Egham... ¿no ha coincidido nunca con los Egham?

-Hasta el presente -replicó el extraño- no he tenido tal placer.

-Una familia encantadora. No puede entender... mi primo, Sir William, me refiero a él, no puede entender cómo me encuentro aquí. Mi querida Emily (siempre me dice lo mismo cada vez que me ve), mi querida Emily, ¿cómo puedes convivir con la clase de gente que uno suele encontrarse en los hostales? Pese a ello es muy divertido.

Poseer sentido del humor, convino el extraño, es siempre una ventaja.

-Nuestra familia por parte de madre -continuó la prima de Sir William en su complacida monotonía- estaba conectada con los Tatton-Jones, quienes, en tiempos del rey Jorge IV... -La prima de Sir William, necesitando otro ovillo de algodón, alzó la mirada y se encontró con la del forastero.

-Le aseguro que no sé por qué le estoy hablando de todo esto -dijo la prima de Sir William con tono irritado-. Es dudoso que le interese.

-Todo cuanto se relacione con usted me interesa -le aseguró gravemente el extraño.

-Es muy amable por su parte decir una cosa así -suspiró la prima de Sir William, sin convicción-. Me temo que a veces aburro a la gente.

El educado forastero se cuidó mucho de contradecirla.

---

[3] El término uniforme aplicado a este personaje es *stranger*, que vale igualmente como «extraño» que como «forastero». Semejante ambigüedad también se da en castellano, aunque no es usual. *(Nota del Traductor.)*

-Pero ya ve -continuó la desdichada dama-, desciendo realmente de una buena familia.

-Mi querida señora -dijo el extraño-, su amable rostro, su amable voz y sus amables modales lo proclaman así.

Ella miró sin cobardía los ojos del extraño y, gradualmente, una sonrisa fue desterrando la deslustrada dictadura de sus facciones.

-Cuánta locura -dijo, aunque hablando más para sí misma que para el extraño-. Porque, claro, la gente cuya opinión vale la pena considerar, la juzga a una por lo que es y no por lo que una dice que es.

El extraño se mantuvo en silencio.

-Soy la viuda de un médico de provincias, con una renta de doscientas treinta libras al año -dijo-, Lo único importante que tengo que hacer es administrarlas lo mejor posible y preocuparme por esos altos y encopetados parientes míos, con tan poca intensidad como ellos se han preocupado por mi.

El forastero parecía incapaz de decir cualquier cosa digna de ser dicha.

-Tengo otros parientes -recordó la prima de Sir William-, los de mi pobre marido, para los que en vez de ser «la pariente pobre» sería yo el hada madrina. Ésa es mi gente... o debería serlo -añadió la prima de Sir William ásperamente-, si no fuera yo una vulgar snob.

Se ruborizó en el instante mismo de decir estas últimas palabras y, levantándose, se dispuso a efectuar una rápida salida.

-Ahora parece que la estoy espantando a usted -suspiró el forastero.

-Habiendo sido calificada de «vulgar snob» -remachó la dama con cierto ímpetu-, creo llegada la hora de retirarme.

-Las palabras las dijo usted misma -le recordó el forastero.

-Cualquier cosa que pudiere yo haber pensado -observó la indignada dama-, ninguna señora, y menos todavía en presencia de un absoluto desconocido, se habría calificado a sí misma de... -La pobre dama se detuvo, perpleja-. Hay algo muy curioso que me ocurre esta noche y que no soy capaz de entender -explicó-. Parece que soy bastante incapaz de evitar insultarme a mí misma.

Todavía acosada por la perplejidad, deseó las buenas noches al forastero, esperando que cuando al día siguiente los presentes la vieran de nuevo sería un poco más ella misma. El forastero, esperándolo también así, abrió la puerta y la cerró tras ella.

-Dígame -rió Miss Devine, quien con la escasa fuerza de su ingenio estaba maquinando desquiciar la armonía del asediado piano-, ¿cómo se las ingenió para hacerlo? Me gustaría saberlo.

-¿Cómo me las ingenié para qué? -inquirió el extraño.

-Para desembarazarse tan rápidamente de esas dos viejas desgarbadas.

-¡Qué bien toca usted! -observó el extraño-. Supe que estaba usted hecha para la música desde el momento en que la vi.

-¿Cómo puede decir semejante cosa?

-Porque está escrito claramente en su rostro.

La chica se rió complacida.

-Parece que no ha perdido usted tiempo en observar mi rostro.

-Es un rostro hermoso e interesante -observó el extraño.

La joven giró rápidamente su taburete y sus ojos se encontraron.

-¿Puede usted leer el rostro?

-Sí.

-Dígame, pues, qué más cosas ha leído en el mío.

-Franqueza, decisión...

-Ah, sí, todas las virtudes. Quizás. Las daremos por sentadas. -Fue inquietante advertir lo rápidamente que la chica se había puesto seria-. Háblame de la cara oculta.

-No veo ninguna cara oculta -replicó el extraño-. No veo sino una bonita chica, palpitando de noble feminidad.

-¿Y nada más? ¿No lee ningún rasgo de codicia, de vanidad, de sordidez, de...? -Una carcajada de ira escapó de sus labios-. ¿Y se precia usted de ser un lector de rostros?

-Un lector de rostros -sonrió el extraño-. ¿Sabe lo que está escrito sobre el suyo en este preciso

momento? Un amor a la verdad que raya la virulencia, el desdén hacia la mentira, el repudio de la hipocresía, el deseo de que todas las cosas sean puras, el desprecio de todo aquello que es despreciable... especialmente de todo aquello que es despreciable en una mujer. Dígame, ¿he leído o no correctamente?

-|Me pregunto -se dijo la chica para sí- si no está aquí el porqué de que las otras dos salieran precipitadamente de la sala. Hacer sentir ante una misma la ridiculez de las pequeñeces que ocupan nuestras vidas.»

-Papá parecía tener algo que proponerle durante la cena. Dígame, ¿de qué estaba hablando?

-¿Con el caballero de porte militar que estaba a mi izquierda? Hablábamos de su madre de usted, principalmente.

-Lo siento -dijo la joven, contristada por no haber obtenido respuesta-. Creí que había escogido alguno de sus lugares comunes.

-Intentó uno o dos -admitió el extraño-; pero sé tan poco del mundo que con gusto escuchaba cuanto me decía. Sentí que podríamos ser amigos. Habló tan delicadamente también de Mrs. Devine.

-Ciertamente -comentó la joven.

-Me contó que llevaba casado veinte años y que nunca se había arrepentido excepto una vez.

Los negros ojos de la muchacha cayeron sobre los suyos como un relámpago, pero al encontrarlos murió en ellos toda sospecha. Se volvió de lado para ocultar su sonrisa.

-Así que se arrepintió... una vez.

-Sólo una vez -explicó el extraño-, una escena irritable que atravesó. Resultaba tan franco oírlo que había que aceptarlo. Me contó... pienso que se había encariñado en cierto modo conmigo. En verdad se insinuó mucho. Dijo que no siempre había tenido la oportunidad de hablar con un hombre como yo... me contó, dijo, que siempre que él y su madre de usted viajan juntos, son confundidos con una pareja en su luna de miel. Algunas de las experiencias que me relató eran francamente interesantes y hasta divertidas -el forastero se rió señalando a todos los reunidos-, por ejemplo, que incluso aquí, en este lugar, se les llama comúnmente «Darby y Joan».

-Sí -dijo la joven-, eso es cierto. Mr. Loncord les puso ese nombre la segunda noche después de nuestra llegada. Se supuso ingenioso... aunque más bien obvio, según creo para mí.

-Nada, así me lo parece a mí -dijo el extraño-, es más bello que el amor que ha soportado las tormentas de la vida. La dulzura que florece en el corazón de los jóvenes, en un corazón como el de usted, es también hermosa en extremo. El amor de lo joven por lo joven, he aquí el principio de la vida. Pero el amor de lo anciano por lo anciano es el principio de... de las cosas imperecederas.

-Parece que usted encuentra todo hermoso -dijo la chica.

-¿Y no es todo hermoso? -preguntó el extraño.

El Coronel había terminado su periódico.

-Se han metido ustedes en una conversación muy absorbente -comentó el Coronel, aproximándose a ellos.

-Estábamos discutiendo sobre Darbies y Joans -explicó su hija-. ¡Cuan hermoso es el amor que soporta las tormentas de la vida!

-¡Ah! -sonrió el Coronel-, eso es atacar a traición. Mi amigo ha estado repitiendo para la cínica juventud, las confesiones de un amante esposo que está afectado por su edad y... -El Coronel, de modo juguetón, puso su mano sobre el hombro del forastero, acto que exigió de sus ojos una profunda mirada sobre los del otro. El Coronel se enderezó torpemente y su rostro se puso escarlata.

Alguien estaba llamando sinvergüenza al Coronel. No sólo eso: alguien lo estaba explicando tan claramente que el Coronel, por sí mismo, podía ver a la perfección por qué era un sinvergüenza.

-Que tú y tu esposa os llevéis como el perro y el gato es una desgracia para los dos -decía la voz-. Al menos podías tener la decencia de ocultarlo ante los demás, en vez de bromear a costa de tu impudicia con cada pensionista de paso. Eres un sinvergüenza, muchacho, ¡un sinvergüenza!

¿Quién osaba decirle tales palabras? No el forastero, pues sus labios permanecían cerrados. Además, no se trataba de su voz. Verdaderamente, sonaba mucho más como la voz del Coronel mismo. El Coronel paseó la mirada desde el forastero hasta su hija, desde su hija hasta el forastero.

Claramente se advertía que ninguno había oído la voz: una mera alucinación. El Coronel respiró de nuevo.

Pero ningún caballero habría permitido que fuera posible tamaña broma. Ningún caballero se habría peleado nunca con su esposa... al menos jamás en público. Enfrentado a una mujer irritable, un caballero habría ejercido el autocontrol.

Mrs. Devine se había levantado y caminaba lentamente por la sala. El miedo se posesionó del Coronel. Ella le estaba dirigiendo alguna exasperante observación (podía verlo en sus ojos) que lo llevaría a una violenta réplica. Hasta el idiota profesional, que era el forastero, entendería por qué el gracioso de la pensión los había bautizado como «Darby y Joan», captaría el hecho de que el Coronel había estado meramente guasón durante una charla con un eventual compañero de mesa, con el único propósito de ridiculizar a su esposa.

-Querida -exclamó el Coronel, precipitándose por hablar el primero-, ¿no te molesta esta habitación tan fría? Permíteme ir por tu chal.

Era inútil: el Coronel se daba cuenta. Ambos se habían acostumbrado excesivamente a prologar sus mortales insultos con una sarta de cortesías. Ella se acercó, pensando en una réplica adecuada: adecuada según el punto de vista de ella, naturalmente. En cualquier otro momento habría surgido la verdad. Una insólita y fantástica posibilidad relampagueó en el cerebro del Coronel: si a él sí, ¿por qué también a ella?

-Letitia -exclamó el Coronel, con un tono de voz que la sorprendió en medio del silencio-. Quisiera que miraras de cerca a nuestro amigo. ¿No te re-recuerda a alguien?

Mrs. Devine, instada de aquel modo, contempló al forastero larga y penetrantemente.

-Sí -murmuró volviéndose hacia su marido-, es verdad. Pero, ¿a quién?

-No puedo concretarlo -contestó el Coronel-. Pensé que tú recordarías quizá.

-Ya se me ocurrirá -murmuró Mrs. Devine-. Es alguien... hace años ya, cuando yo era joven... en Devonshire. Si no te molesta, Harry, te doy las gracias.

Como Mr. Augustus Loncord explicó a su socio Isidore, la colosal estupidez del forastero era la causa de todo el lío.

-Déme un hombre que pueda cuidarse de sí mismo, o que crea que puede -declaró Augustus Loncord-, que yo estoy preparado para proporcionarle una buena información sobre mí propio. Pues cuando una criatura desvalida rehúsa incluso mirar lo que suele llamarse la propia fisonomía, dice que la mera palabra de uno es suficiente para él y se pone a repartir su talonario de cheques para que uno mismo lo rellene... bueno, eso no es jugar limpio.

-Augustus -fue el conciso comentario de su socio-: eres un capullo.

-Como quieras, muchacho. Puedes intentarlo -sugirió Augustus.

-Haré justamente lo que pienso hacer -aseveró su socio.

-¿Bien? -preguntó Augustus a la noche siguiente, encontrando a Isidore subiendo las escaleras tras haber sostenido una larga charla particular con el forastero en el comedor.

-Oh, no me apures -dijo Isidore-; un estúpido, eso es lo que es.

-¿Qué te dijo?

-¡Que qué me dijo! Me habló de los judíos: qué gran raza eran... y cómo la gente los había prejuzgado: toda esa serie de bobadas.

»Dijo que el hombre más honorable que jamás viera había sido judío. ¡Y pensaba que yo era uno de ellos!

-Bueno, pero, ¿le sacaste algo?

-Sacarle algo, ¡claro que no! Puesto que me consideraba judío, yo no podía vender a mi supuesta raza por un par de cientos de libras. No sería de buen ver.

Muchas cosas más llegaron gradualmente a la conclusión de que no valía la pena de ser hechas en el cuarenta y ocho de la plaza Bloomsbury: tratar de devolver la pelota, saltarse el turno de las verduras y ponerse en el plato más de lo que correspondía, darse de guantazos por ocupar la poltrona, sentarse sobre el periódico de la tarde pretendiendo no haberlo visto... y toda clase de aburridas sandeces. Por lo poco que podía descubrirse no valía la pena molestarse en serio. Gruñir continuamente ante la comida; gruñir continuamente ante muchas cosas; tomar el pelo a

Pennycherry a sus espaldas; tomar el pelo, para variar, a cualquier pensionista; pelearse con otro pensionista por nada en concreto; mofarse de cualquier pensionista; difundir escándalos de cualquiera de los pensionistas; hacer bromas absurdas a costa de quienquiera de los pensionistas; hablar hinchadamente de uno mismo, aunque nadie lo creyera, amén de un etcétera de vulgaridades por el estilo. Otras casas de huéspedes podían como mucho permitírselas de vez en cuando: el cuarenta y ocho de la plaza Bloomsbury las consideraba su dignificación.

La verdad es que el cuarenta y ocho de la plaza Bloomsbury estaba ganando una muy buena opinión de sí: de lo que no tanto la plaza Bloomsbury como el forastero podía considerarse culpable. El extraño había llegado al cuarenta y ocho de la plaza Bloomsbury con la idea preconcebida (de dónde la obtuvo sólo el Cielo lo sabe) de que sus bastos y tercos ocupantes eran en realidad damas y caballeros de primera magnitud; el tiempo y las observaciones, al parecer, sólo habían servido para confirmar esta idea absurda. La consecuencia natural fue que el cuarenta y ocho de la plaza Bloomsbury se estaba rectificando al tenor de la opinión del extraño.

Respecto a Mrs. Pennycherry, el extraño persistiría en considerarla una dama de origen y educación, compelida por las circunstancias que ella no había sido capaz de controlar, a ocupar un difícil pero honorable puesto en la clase media: una especie de madre adoptiva a la que su promiscua familia debía gratitud y agradecimiento; esta opinión de sí misma, que había adquirido ahora Mrs. Pennycherry, era sostenida con obstinada convicción. Semejante circunstancia conllevaba desventajas, pero Mrs. Pennycherry parecía preparada para sufrirlas gratamente. Una dama de origen y crianza no podía cargar a otras damas y a otros caballeros con un carbón y unas velas que jamás habían encendido. Una madre adoptiva no podía hacer encajar a sus hijos carneros de Nueva Zelanda, como si fueran de Southdown. Podría hacerlo una vulgar patrona de pensión: pegársela a sus huéspedes y embolsarse los beneficios. Pero no la dama que ella se sentía.

Para el extraño, Miss Kite era una graciosa y deleitable compañera de charla, de personalidad sumamente atractiva. Miss Kite tenía sólo una falta: no poseer vanidad. No advertía su delicada y refinada belleza. Si Miss Kite pudiera verse tan sólo con los ojos del extraño, el velo de modestia que cubría sus naturales encantos caería al instante. El extraño estaba seguro de que Miss Kite pondría a prueba tamaño velo. Una noche, una hora antes de la cena, entró en la sala aún sin iluminar y ocupada sólo por el extraño, una magnífica y hermosa dama, ligeramente pálida y con el cabello oscuro bellamente peinado, que le preguntó si la conocía. Todo el cuerpo de la mujer temblaba y su voz se dijera propensa a escaparse de su control y convertirse en sollozo. Pero cuando el extraño le dijo que por su parecido debía ser ella la hermana menor de Miss Kite, aunque mucho más bonita, el posible sollozo se convirtió en carcajada: desde aquella noche desapareció el tinte dorado de los cabellos de Miss Kite así como la capa de pintura de su rostro; y lo que quizás podía haber impresionado más a cualquier habituado al cuarenta y ocho de la plaza Bloomsbury primitivo, fue que nadie en toda la casa hizo el menor comentario al respecto.

La prima de Sir William era considerada por el extraño como una adquisición que cualquier casa de huéspedes desearía. ¡Una dama de aristocrática familia! Quizá no hubiera nada oculto ni visible que evidenciara a nadie tamaña condición de la mujer. Ella, naturalmente, no mencionaría el hecho aunque uno pudiera sentirlo. Inconscientemente adoptaba ella el tono apropiado, difundiendo por la atmósfera un florilegio de maneras gentiles. No es que el extraño lo hubiera dicho con exceso de palabras; simplemente, la prima de Sir William intuía que él lo pensaba y en su interior sentíase de acuerdo con él.

Por Mr. Loncord y su socio, en tanto que representantes del más difundido tipo de hombres de negocios, sentía el extraño un profundo respeto. ¡Con qué desdichados resultados para ellos mismos había sido advertido esto! Lo curioso es que la Firma pareció contentarse con el precio que había pagado por la buena opinión del extraño -hasta se rumoreaba que le había cogido gusto a respetar la honradez de los hombres-, que a la larga era probable saliera cara. Claro que todos, más o menos, tenemos nuestra extravagancia favorita.

El Coronel y Mrs. Devine sufrieron mucho al principio por la impuesta necesidad de aprender, aunque fuera tarde en la vida, nuevos remedios. En el retiro de su apartamento, se consolaban mutuamente.

-Tontamente absurdo -gruñía el Coronel-: ¡tú y yo achuchándonos y arrullándonos a nuestra edad!

-Lo que yo opongo -dijo Mrs. Devine- es el sentimiento que de alguna manera estoy madurando al respecto.

-¡Es condenadamente ridículo que un hombre y su esposa no puedan gastarse sus pequeñas bromas, sólo por miedo a lo que cualquier mequetrefe impertinente pueda pensar! -explotó el Coronel.

-Hasta cuando no está presente -dijo Mrs. Devine-; me parece verlo mirándome con sus ultrajantes ojos. Realmente es un hombre que me sobrecoge.

-Lo he conocido en otra parte -murmuró el Coronel-. Juraría que me lo he encontrado en otra parte. Deseo para nuestro bien que se marche.

El Coronel hubiera querido decirle a Mrs. Devine un centenar de cosas al día, y cien cosas al día habría deseado Mrs. Devine comentar con el Coronel. Pero cuando la oportunidad se daba cita (cuando nadie más estaba cerca para escuchar), todo interés en decirlas desaparecía.

-Las mujeres serán siempre mujeres -era el sentimiento con el que el Coronel se autoconsolaba-. Un hombre debe soportarlas... nunca debe olvidar que es un caballero.

-Oh, bueno, supongo que todos son iguales -reía Mrs. Devine para sus adentros, una vez llegada al estado de desesperación en que se busca refugio en la alegría-. Lo que suele incomodar a uno... no es bueno y sólo trae conflictos.

Hay una cierta satisfacción en creer que uno está aguantando con heroica resignación las irritantes cretineces del otro. El Coronel y Mrs. Devine llegaron a alegrarse con su exceso de autoaprobación.

Pero la persona seriamente ofendida, por la fanática creencia del extraño, en la innata bondad de todo cuanto se cruzaba en su camino, era la lánguida y guapa Miss Devine. El extraño habría asegurado que Miss Devine era una mujercita de alma noble y elevados pensamientos, una especie de cruce entre Flora Macdonald y Juana de Arco. Miss Devine, por el contrario, sabía que ella no era sino un animal mimado y brillante, que con buena voluntad se habría vendido al postor que más delicados vestidos le ofreciera, mejores banquetes y más suntuosos ambientes. Tal postor tendría que reducirse a la persona de algún corredor de apuestas retirado, algún viejo y grasiento caballero, no obstante rico con suficiencia e indudablemente prendado de ella.

Miss Devine, habiendo disfrazado el propósito de que tal cosa tenía que hacerse, estaba ansiosa porque se hiciera lo más rápidamente posible. Y hete aquí que la ridícula opinión del forastero no sólo la irritaba, sino que también la incomodaba. Bajo la mirada de una persona -aunque sea idiota-, convencida de que uno posee todos los más altos atributos propios de su sexo, es difícil comportarse como si sólo se actuara por los más básicos motivos. Una docena de veces había resuelto Miss Devine terminar el asunto aceptando formalmente a su más antiguo y viejo admirador y una docena de veces -la visión interpuesta de los ojos crédulos y graves del extraño-, había rehusado Miss Devine dar una respuesta. El extraño partiría algún día. Ciertamente, así se lo había dicho a ella, no era sino un viajero de paso. Cuando se marchara, todo sería más fácil. Al menos así lo pensaba ella entonces.

Una tarde entró el extraño en la sala, en la que ella estaba junto a la ventana, contemplando las desnudas ramas de los árboles de la plaza Bloomsbury. Recordó que el extraño había llegado, tres meses atrás, en otra tarde neblinosa muy semejante a ésta. Nadie más había en la sala. El extraño cerró la puerta y se le aproximó con aquel curioso y rápido caminar tan propio de él. Su largo abrigo estaba abotonado hasta el último botón y llevaba en sus manos su viejo sombrero y el pesado bastón que casi era un garrote.

-He venido para despedirme -dijo el extraño-. Me marcho.

-¿Volveré a verlo de nuevo? -preguntó la joven.

-No puedo afirmarlo -replicó el extraño-. ¿Pensará usted en mí?

-Sí -respondió ella con una sonrisa-. Puedo prometerle eso.

-Yo siempre la recordaré a usted -prometió a su vez el extraño-. Deseo para usted toda la alegría, la alegría del amor, la alegría de un matrimonio afortunado.

-Amor y matrimonio no son siempre lo mismo -dijo ella.

-No siempre, es verdad -asintió el extraño-, pero en su caso serán la misma cosa.

Ella se lo quedó mirando.

-¿Cree que no lo he notado? -sonrió el extraño-. Un muchacho guapo, galante y conveniente. Él la ama a usted y usted lo ama a él. No me habría marchado sin saberla con todos los parabienes.

La mirada de la joven se desplazó hacia la agonizante luz.

-Ah, sí, lo amo -replicó ella con petulancia-. Sus ojos pueden ver con claridad cuando así lo desean. Pero en nuestro mundo nadie vive del amor. Le diré con qué hombre voy a casarme, si es que le interesa saberlo. -No quería encontrarse con los ojos de él. Su mirada se mantenía fija en los árboles medio borrados por la niebla y habló a continuación con rapidez y vehemencia-: Un hombre que puede darme todo lo que mi alma desea: dinero y todo cuanto se puede comprar con dinero. Usted me considera una mujer, pero sólo soy un cerdo. Es grasiento y apesta como un puerco de mar; tiene astucia en lugar de cerebro y el resto de su cuerpo es sólo estómago. Pese a esto es bastante bueno para mí.

Esperó que lo que acababa de decir aturdiera al extraño y se fuera definitivamente. La irritó oírle tan sólo una débil risa.

-No -dijo él-, usted no se casará con él.

-¿Quién me lo impedirá? -gritó ella con rabia.

-Su Mejor Yo.

Su voz tenía un extraño timbre de autoridad que la obligó a volverse y mirarlo a la cara. Sí, era cierto, allí estaba la fantasía que desde el principio la había perseguido. Se lo había encontrado, había hablado con él: en las silenciosas carreteras de la comarca, en las atestadas calles de la ciudad, ¿dónde había sido? Y siempre hablando con él habíase levantado su espíritu; ella había sido... lo que él siempre pensara de ella.

-Hay cosas -continuó el extraño (y por vez primera vio ella que su presencia era noble y que sus gentiles e infantiles ojos podían también impartir órdenes)- que el Mejor Yo puede solucionar, que están al alcance de la mano y pueden dejar de representar un problema. Otras veces semejante esencia es débil. Pero en su caso, niña mía, ha crecido muy robusto. Siempre será su maestro. Debe usted obedecer. Intente escapar de él y él la perseguirá. No puede escapar a él. Insúltelo y la castigará con ardiente vergüenza, con pertinaces autorreproches prolongados de día en día. -La austeridad desapareció de su hermoso rostro, la ternura volvió a llenarla suavemente. Su mano se deslizó hasta el hombro de la joven-. Usted se casará con el hombre que ama -sonrió-. Con él paseará usted por los caminos de la luz y de la sombra.

Y la joven, contemplando su rostro enérgico y dulce, supo que sería así, que la fuerza de resistencia contra el Mejor Yo había desaparecido para siempre.

-Ahora -dijo el extraño-, acompáñeme hasta la puerta. Nos despediremos sin derrochar tristeza. Me permitirá salir con calma. Y cerrará la puerta suavemente tras de mí.

La joven pensó que quizá volviera su rostro de nuevo, pero no vio de él más que la extraña redondez de su espalda bajo el abrigo perfectamente abotonado, antes de que desapareciera en medio de la creciente niebla.

Luego, cerró suavemente la puerta.

LOS SUEÑOS DE ALBERT MORELAND

Fritz Leiber

Pienso en el otoño de 1939, no como el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, sino como el período en el que Albert Moreland soñó el sueño. Los dos sucesos -la guerra y el sueño- no se encuentran, empero, divorciados en mi mente. Ciertamente, temo a veces que exista alguna conexión entre ambos, aunque se trataría de una conexión que ninguna persona en su juicio

consideraría seriamente.

Albert Moreland era, y quizá lo sea todavía, un profesional del ajedrez. El hecho tiene un peso importante en relación con el sueño o sueños. Consiguió la mayor parte de sus exiguos ingresos jugando en un pasaje del bajo Manhattan, aceptando a todos sus contrincantes: al entusiasta que lo pasa bomba intentando batir a un experto, al taciturno que incide en el ajedrez como en una droga y al arruinado que se siente tentado a comprar media hora de dignidad intelectual por veinticinco centavos.

Después de haber conocido a Moreland, merodeé a menudo por el pasaje y lo vi jugar a veces hasta tres y cuatro partidas simultáneamente, haciendo caso omiso de los chasquidos y zumbidos de los billares y las intermitentes detonaciones de la galería de tiro al blanco. Ganaba quince centavos por cada triunfo, quedándose la casa el dinero restante. Si perdía, ni él ni la casa obtenían un céntimo.

En ocasiones advertía que demostraba excesiva pericia para lo que se necesitaba en aquel lugar. Había ganado alguna que otra partida jugando con maestros internacionalmente famosos. Un par de clubs de Manhattan habían querido presentarlo como candidato en las grandes competiciones, pero su falta de ambiciones lo habían mantenido en la oscuridad. Yo tenía la impresión de que consideraba al ajedrez demasiado trivial para merecer una seria consideración, por más que no fuera ajeno a sus pasiones su permanencia en el pasaje, esperando alguna cosa realmente importante. En una ocasión aumentó sus ingresos jugando con el equipo de un club, obteniendo hasta cinco dólares.

Me encontré con él en la vieja casa de oscura piedra donde ambos teníamos una habitación en el mismo piso. En aquel lugar me habló por vez primera del sueño.

Acabábamos de jugar una partida y yo contemplaba ocioso las piezas esparcidas fuera del tablero y amontonadas en un pliegue de la manta de su cama. En el exterior, un quejumbroso viento remolinaba la seca tierra. Hubo un repentino ruido de tráfico y el zumbido de un defectuoso letrero de neón. Yo había perdido pero estaba contento de que Moreland jamás me dejara ganar, como a veces hacía con los jugadores del pasaje a fin de confiarlos. Para mis adentros me sentía realmente afortunado por haber podido jugar con Moreland, sin saber entonces que yo era probablemente el mejor amigo que tenía.

Yo había dicho algo, obviamente concerniente al ajedrez.

-¿Cree que ha sido una partida complicada? -inquirió, mirándome con intención burlona, sus oscuros ojos semejando ventanas redondas abiertas bajo pesados párpados-. Bueno, tal vez lo haya sido. Aunque juego una partida mil veces más complicada en mis sueños de cada noche. Lo curioso es que la partida continúa noche tras noche. La misma partida. Realmente nunca duermo. Sólo sueño con la partida.

Entonces me contó, medio en broma medio en serio, lo que habría de protagonizar muchas de nuestras conversaciones.

Las imágenes de su sueño, tal como las describió, eran enormemente simples, sin la usual incongruencia que suele acompañarlas. Se trataba de un tablero tan grande que a veces tenía que caminar para mover sus piezas. Había muchas más casillas que en el tablero de ajedrez y aparecían coloreadas con diferentes tonalidades. El valor de las piezas variaba según el color de la casilla donde estuviera. Por encima y bordeando el tablero no había sino negrura, pero una negrura que sugería el infinito sin estrellas, como si la escena, tal como él la expresaba, estuviera ubicada en el punto culminante del universo.

Cuando despertaba no recordaba con precisión el conjunto de las reglas del juego, aunque sí algunos puntos aislados, incluyendo el interesante factor -que alejaba este juego del ajedrez- de que las piezas de un adversario no eran iguales que las del otro. Estaba convencido no sólo de que comprendía el juego a la perfección mientras soñaba, sino también de que era capaz de jugar con la peculiar destreza de los maestros del ajedrez. Era, dijo, como si su mente nocturna poseyera más dimensiones de pensamiento que su mente diurna, siendo capaz (aquélla) de realizar intuitivamente complejas series de movimientos que de ordinario habrían exigido un razonamiento muchísimo más lento.

-El sentimiento de incrementar el poder mental es ordinariamente un engaño onírico, ¿no es

cierto? -añadió lanzándome una aguda mirada-. Así, pues, supongo que puedo decir que se trata de un sueño ordinario.

No supe cómo tomar esta última observación, de modo que aventuré una pregunta:

-¿Cómo eran las piezas?

Resultó que eran similares a las del ajedrez que hubiera estilizado sus motivos originales, reduciéndolos bruscamente a sus formas presuntamente primitivas, fueren formas arquitectónicas, animales u ornamentales. Aunque la similitud acababa aquí. Las formas inspiradoras, en la medida que podía intuirlas, eran grotescas en extremo. Había torres terraplenadas sutilmente extraviadas de la perpendicular, polígonos extrañamente asimétricos, que le hacían pensar en templos y tumbas, formas zoovegetales que desafiaban cualquier clasificación y cuyos moldeados miembros y órganos externos sugerían una variada gama de funciones ignotas. Las piezas más poderosas parecían estar modeladas según el tenor de las formas vivas, pues portaban estilizadas armas y otros implementos y vestían lo que parecían ser coronas y tiaras -un poco como el rey, la dama y el alfil del ajedrez-, en tanto el esculpido señalaba voluminosos mantos y caperuzas. Pero no poseían ningún otro sentido antropomórfico. Moreland buscó en vano analogías terrestres mencionando los ídolos hindúes, los reptiles prehistóricos, la escultura futurista, calamares con tentáculos en forma de daga, inmensas hormigas, mantas y otros insectos con órganos fantásticamente adaptados.

-Creo que tendría que buscar planeta por planeta en el universo entero, antes de poder encontrar los modelos originales -dijo con el ceño fruncido-. Recuerde que nada hay vago ni confuso en lo que a las piezas se refiere. En mis sueños son tan tangibles como esta torre. -Alcanzó la pieza, la encerró en su mano durante un momento y luego la tendió sobre su palma-: sólo en lo que sugieren, subyace la vaguedad.

Era extraño, pero sus palabras parecieron abrir algún ojo onírico en mi propia mente, tanto que casi podía ver los objetos por él descritos. Le pregunté si sentía miedo durante su sueño.

Replicó que las piezas, por unidades y en conjunto, le producían repugnancia: las basadas en formas de vida altamente desarrolladas mucho más que las meramente arquitectónicas. Sentía aversión a tocarlas y moverlas. Había una pieza en particular que le producía una intensa y morbosa fascinación. La identificaba como «el arquero», pues el arma que portaba daba la sensación de poder herir a distancia; pero, como el resto, era más bien infrahumana. La describía como representando una clase intermedia y pervertida de forma vital, que hubiera ido más allá del poder intelectual humano, sin perder -antes bien incrementando- la crueldad en bruto y la malignidad. Era una de las piezas de su adversario que se encontraba reproducida en su bando. El miedo y la abominación que le inspiraba, eran a veces tan grandes que interferían en su comprensión estratégica del juego y, era tanto el terror que sentía, que más de una vez habría puesto en tela de juicio todo su juego, con tal de capturar aquella pieza, sacándola del tablero.

-Dios sabe que mi mente jamás podrá tramar una horrorosa entidad semejante -acabó, sonriendo rápida y tímidamente-. Quinientos años atrás y habría jurado que era el diablo en persona.

-A propósito del diablo -dije, sintiendo inmediatamente que mi petulancia era ridícula-, ¿contra quién juega usted en su sueño?

-Lo ignoro -contestó, frunciendo el ceño nuevamente-. Las piezas contrarias se mueven por sí mismas. Hago un movimiento y luego, tras esperar durante lo que parece un evo, igual de nervioso que ante un movimiento ajedrecístico, una de las piezas contrarias comienza a sacudirse un poco y seguidamente a cabecear atrás y adelante. Gradualmente, el movimiento aumenta en extensión hasta que la pieza abandona los cabeceos y pasa a dar tumbos a través del tablero, igual que un vaso de agua en un barco agitado por las olas, hasta alcanzar por último la casilla apropiada. Después, progresivamente, tal como comenzó, cesa el movimiento. No sé qué decirle, pero siempre me obliga a pensar en alguna inmensa, invisible y anciana criatura: astuta, egoísta, cruel. ¿Recuerda al viejo temblón del pasaje? ¿El que siempre desliza las piezas sobre el tablero sin levantarlas, aferradas constantemente entre sus dedos? Un poco así.

Asentí. Su descripción lo hacía muy vivido. Por vez primera comencé a pensar cuan desagradable tenía que ser un sueño semejante.

-¿Y prosigue noche tras noche? -pregunté.

-¡Noche tras noche! -afirmó con súbita firmeza-. Y siempre la misma partida. Lleva ahora más de un mes y mis fuerzas comienzan a entablar abierta batalla con las de mi enemigo. Está minando mi energía mental. Quisiera que cesase. Tanto, que odio la hora de irme a dormir. -Hizo una pausa y prosiguió luego de un momento, sonriendo a la defensiva-. Parece raro y difícil de admitir que un sueño sea capaz de agotarlo tanto a uno. Pero si usted ha sufrido pesadillas alguna vez, entenderá de qué manera puede una nublar sus ideas todo el día. Aun así, no sé si soy claro al tratar de exponerle la clase de sentimiento que me atenaza durante el sueño, mientras mi cerebro trata de aprehender el conjunto de la partida, planeando series de movimientos, una tras otra, calculando mil complejas posibilidades. Hay repugnancia, sí, y miedo. Ya se lo he dicho antes. Pero el sentimiento que domina es el de responsabilidad. No debo ni puedo perder la partida. Lo que depende de ello es algo más que mi propio bienestar. Hay implícita alguna suerte de apuesta, aunque no estoy seguro de cuál pueda ser.

»Cuando somos niños, ¿no nos sentimos tremendamente inquietos por la razón que fuere, con la total ausencia de proporción que caracteriza a la infancia? ¿No sentimos que todo, literalmente todo, depende de nuestra forma de conducir cualquier trivial acción, cualquier obligación secundaria, en la justa medida? Pues bien, cuando estoy soñando, tengo la sensación de que está en juego una apuesta tan inmensa como el destino de la humanidad. Un movimiento equivocado puede arrastrar al universo a una noche interminable. A menudo, en el sueño, estoy plenamente convencido de ello.

Su voz se extinguió y se quedó contemplando las piezas del ajedrez. Hice algunas observaciones y empecé a contarle algo sobre una pesadilla que había tenido hacía poco, pero sonó a poco importante. Le di algunos consejos relacionados con sus costumbres, a propósito del tiempo que dedicaba al descanso, y aunque tampoco sonaron a muy importantes, los aceptó de buena gana. Ya me iba de vuelta a mi habitación cuando dijo:

-¿No le parece divertido pensar que me pondré a reanudar la partida tan pronto caiga mi cabeza sobre esta almohada? -Sonrió con inocencia y añadió sibilinamente-: Quizá termine antes de lo que espero. Últimamente tengo la sensación de que mi adversario está tramando un ataque por sorpresa, aunque pretende hacerme creer que está a la defensiva. -Sonrió de nuevo y cerró la puerta.

Mientras aguardaba el sueño, con la vista perdida en esa undívaga tiniebla, que se encuentra más en los ojos que fuera de ellos, comencé a preguntarme si Moreland no necesitaría más que ningún otro ajedrecista un buen tratamiento psiquiátrico. Ciertamente, una persona sin familia, amigos ni ocupación fija, es propensa a caer en aberraciones mentales. No obstante, daba la impresión de estar bastante sano. Quizá el sueño fuera una compensación ante el fracaso, por no poder usar plenamente la potencia de su prodigiosa mente ni siquiera como jugador de ajedrez. De hecho se trataba de una visión grandiosa y satisfactoria, más allá de lo terrestre y con sus implicaciones de una habilidad mental inaudita.

Ante mí flotaron aquellos versos de los *Rubayat* que hablan del jugador de ajedrez cósmico que «en todas direcciones mueve, da jaque y come piezas y una tras otra las va depositando en la Fosa Común».

Recapacité entonces sobre la atmósfera emocional de sus sueños, los sentimientos de terror y responsabilidad infinita, las tremendas dudas y las cataclísmicas consecuencias -sentimiento que yo identificaba a tenor de mis propios sueños- y los comparé con el insano y lúgubre estado del mundo (pues estábamos en octubre y la sensación de una catástrofe absoluta no se había enfriado aún) y pensé también en el millón de Morelands sin rumbo fijo, repentinamente golpeados al tomar conciencia del desesperado estado de cosas, de las inapreciables oportunidades perdidas para siempre en el pasado, y también de su propia indefinida, aunque segura complicidad, en el desastre. Comencé a ver el sueño de Moreland como el símbolo de una última amarra, forcejeo excesivamente postergado contra las fuerzas implacables del destino y la suerte. Y mis pensamientos nocturnos se pusieron a girar en torno a la fantasía de que unos seres cósmicos ni dioses ni hombres, habían creado la vida humana mucho tiempo atrás por experimento, broma o ejercicio artístico, habiendo decidido, ahora, basar el futuro de su creación en el resultado de una partida de habilidad, jugada contra una de sus criaturas.

Repentinamente advertí que me encontraba completamente despierto y que la oscuridad no me

proporcionaba el menor descanso. Encendí la luz y decidí impulsivamente ir a ver si Moreland se encontraba todavía levantado.

El vestíbulo estaba tan sombrío y fúnebre como la mayoría de casas de huéspedes a las tantas de la noche, e hice lo posible por minimizar los inevitables y secos pasos. Sin oír nada, me mantuve unos segundos inmóvil frente a su puerta. No llamé, apelando a nuestro sentido de la familiaridad, sino que empujé suavemente la hoja de madera, separándola mínimamente de su marco, a fin de no perturbar su descanso si se encontraba acostado.

En aquel momento escuché su voz, y fue tan certera mi impresión de que la voz provenía de muy lejos que inmediatamente retrocedí hasta el rellano de la escalera y llamé:

-Moreland, ¿está usted ahí abajo?

Sólo entonces advertí qué era lo que había dicho. Quizá fuera la peculiaridad de las palabras lo que las obligaron a registrarse en mi mente como una mera serie de sonidos.

-Mi aracnoide come su escudero blindado. Mi posición amenaza -habían sido las palabras.

Instantáneamente se me ocurrió que las palabras eran, en su forma general, similares a las mil y una expresiones convencionales que se dan en el ajedrez, por ejemplo: «mi torre captura su alfil. Jaque». Pero en el ajedrez no hay piezas tales como «aracnoide» o «escudero blindado», y no sólo en el ajedrez: tampoco en ningún juego conocido por mí.

Retrocedí automáticamente hasta la habitación, aunque dudaba todavía que estuviera allí. La voz había sonado desde muy lejos... desde el exterior del edificio, a lo sumo desde alguna remota zona de él.

Sin embargo, allí estaba tumbado en su catre, la cara hacia arriba, revelada por la luz de un distante anuncio eléctrico que se encendía y apagaba a intervalos regulares. El sonido del tráfico, que desde el vestíbulo había sido casi inaudible, convirtió la semioscuridad en algo intranquilo e irritantemente vivo. El defectuoso rótulo de neón todavía zumbaba como lo hiciera a la caída de la noche.

Me deslicé hasta él y lo contemplé. Su rostro, más pálido de lo normal a causa de alguna cualidad de la luz intermitente, tenía la expresión de una penosa e intensa concentración: la frente fruncida en trazos verticales, los músculos alrededor de los ojos contraídos, los labios formando una apretada línea. Me pregunté si debía despertarlo. Me encontraba completamente saturado de la presencia de la murmurante ciudad impersonal que nos rodeaba -bloques y más bloques de existencia reservada, rutinaria y distanciada- y el contraste hizo que su durmiente rostro pareciera lo más sensitivo y vividamente individual e improtegido, como algún suave, aunque decidido organismo tenso, que ha perdido su caparazón protector.

Mientras aguardaba sin decidirme, sus labios se entreabrieron un poco sin perder nada de su tirantez. Aquellos labios hablaron y por segunda vez la impresión de distancia fue tan apremiante que, a pesar mío, miré por encima de mi hombro más allá de la polvorienta y levemente iluminada ventana. En aquel momento comencé a temblar.

-Mi espiraloide se retuerce hasta la decimotercera casilla del dominio del soberano verde -fueron sus palabras, aunque yo sólo prestaba oídos a las cualidades de su voz. Alguna especie inconcebible de distanciamiento le había despojado de toda riqueza, vocalidad y sobretonalidad, de manera que lo que yo oía no parecía sino hueco, metálico, y clara e hirientemente quejumbroso, como las voces que a veces se escuchan al aire libre, desde lo alto de un elevado tejado o allí donde se ha establecido una mala conexión telefónica. Me sentí víctima de una espantosa decepción, y no obstante sabía que el ventriloquismo concierne a la ausencia de movimiento en los labios y a una hábil sugestión, más que a cualquier real y convincente cambio en la cualidad de la voz misma. Contra mi voluntad izáronse en mi mente visiones de un espacio infinito y tinieblas sin fin. Me sentía como si estuviera a punto de adentrarme vertiginosamente en un más allá de este mundo, tanto, que Manhattan parecía yacer a mis pies como una negra y asimétrica punta de lanza delimitada por lóbregas aguas, y luego un incremento de mi velocidad hasta que la tierra, el sol, las estrellas y las galaxias se perdieron y me encontré más allá del universo. A tal punto me afectó la cualidad de la voz de Moreland.

No soy capaz de decir cuánto tiempo permanecí allí esperando que hablara de nuevo, con los

ruidos de Manhattan fluyendo a mi alrededor aunque sin afectarme, y el anuncio eléctrico encendiéndose y apagándose imperturbablemente, semejante al latido de un reloj. Sólo podía pensar en la partida que se estaba jugando y preguntarme si el adversario de Moreland había hecho su movimiento de respuesta, y si las cosas iban a favor o en contra de Moreland. Su rostro nada podía decirme; la intensidad de su concentración no había cambiado. Durante aquellos momentos, posiblemente minutos, permanecí allí inmóvil, creyendo implícitamente en la realidad de la partida. Como si yo mismo fuera el que de algún modo me encontrara soñando, no podía cuestionar la racionalidad de mi fe, ni romper el hechizo que me tenía sujeto.

Cuando por último sus labios se separaron un poco y de nuevo experimenté aquella impresión de imposible, espectral ventriloquismo -las palabras fueron esta vez: «Mi criatura cornúpeta salta sobre la torre retorcida, amenazando al arquero»-, mi miedo rompió las ataduras que como fuera me controlaban y salí de estampida hacia la puerta.

Entonces sucedió lo que, de forma indirecta, fue la parte más extraña de todo el episodio. En el tiempo que me llevó recorrer la longitud del pasillo que me conducía hasta mi habitación, la mayor parte de mi miedo y la mayor parte del sentimiento de absoluta extrañeza y posesión de ultratumba que me dominaran mientras contemplaba el rostro de Moreland, se extinguieron tan prestamente que casi olvidé cuan inmensas habían llegado a ser tales sensaciones. Ignoro por qué ocurrió tal cosa. Tal vez porque el insalubre reino del sueño de Moreland fuera tan grotescamente desemejante de cuanto existe en el mundo real. Fuera cual fuese la causa, en el momento de abrir la puerta de mi cuarto ya estaba yo pensando que tales pesadillas no podían corresponder a un hombre sano y que quizá debiera Moreland consultar con un psiquiatra, Aunque si era sólo un sueño... etc. Me sentí completamente agotado y estúpido. A los pocos minutos ya estaba dormido.

Pero algunos fantasmas de las emociones originales se habían indudablemente demorado; pues a la mañana siguiente desperté con el temor de que algo le había ocurrido a Moreland. Tras vestirme precipitadamente, golpeé a su puerta: la habitación, empero, se encontraba vacía y la cama todavía deshecha. Pregunté a la patrona y me respondió que había partido a las ocho y cuarto, como era habitual en él. Aquel dato no bastó para satisfacer mi vaga ansiedad. Pero desde que mi vagabundeo me condujo hasta el pasaje, tenía una excusa para dejarme caer por allí. Moreland estaba colocando las piezas sobre el tablero frente a un tipo de rasgos eslavos, al tiempo que jugaba dos partidas rápidas con otros dos individuos. Ya asegurado, me marché sin molestarlo.

Aquella tarde tuvimos una larga charla sobre los sueños en general y, para mi sorpresa, lo encontré muy preparado sobre la materia y científicamente cauto en sus pareceres. Más bien para mi disgusto, fui yo quien introdujo toda suerte de dudosos lugares comunes, como la clarividencia, la telepatía mental, la posibilidad de extrañas conexiones y otras distorsiones del tiempo y el espacio durante el estado onírico. Alguna extraña resistencia a admitir que me había introducido en su habitación la pasada noche me llevó a no decirle cuanto había visto y oído, aunque él me contó libremente que había adquirido otra perspectiva sobre el sueño. Pareció tomar una actitud más filosófica ahora que había confrontado sus experiencias con alguien. Juntos especulamos las posibles fuentes diurnas de su sueño. Hasta después de las doce no nos dimos las buenas noches.

Me alejé con el ánimo levemente caído, vagamente insatisfecho. Creo que el miedo que había experimentado la noche anterior y luego casi olvidado, debió haber estado royéndome interiormente.

A la tarde siguiente encontré una forma de volver sobre el asunto. Pensando que Moreland tenía que estar cansado de tanta charla sobre sueños, lo fui atrayendo hasta una partida de ajedrez. Pero en mitad de la partida apartó una pieza que estaba a punto de mover y dijo:

-¿Sabe?, ese maldito sueño me está resultando ya verdaderamente fastidioso.

Resultaba que su soñado adversario había lanzado finalmente su ataque tan largamente planeado y que el sueño en sí se había transformado en una especie de pesadilla.

-Es muy parecido a lo que le ocurre a uno en una partida de ajedrez -explicó-. Uno prosigue confiando en que la posición propia es correcta y que lleva la partida de la manera más lógica y consecuente. Cada movimiento del adversario resulta ser aquel que uno ha previsto. Llega un momento en que te sientes casi omnisciente. De súbito, el otro ejecuta un movimiento de ataque

totalmente inesperado. Por un momento piensas que se trata de un disparate absurdo que el otro comete. Pero entonces te detienes, observas el juego más concienzudamente y adviertes que hay algo que se te ha pasado por alto y que el ataque del contrario es realmente peligroso. Entonces te pones a sudar.

»Naturalmente, siempre he experimentado miedo, ansiedad y hasta un sentido de alta responsabilidad durante el sueño. Pero mis piezas eran como un muro que me protegía. Ahora sólo puedo ver resquebrajaduras en ese muro. Y cualquiera entre un centenar de puntos débiles puede ser previsiblemente roto. Y yo me pregunto si podré responder adecuadamente y con aptitud de conjunto, cuando cualquiera de sus piezas comience a masacrar y a darme jaque y lleve a cabo toda la serie de movimientos posibles que puede desarrollar. La noche pasada creí ver un movimiento de estas consecuencias y el terror que se apoderó de mí fue tan intenso que todo pareció girar y creí perderme y hundirme en un abismo de millones de millas de vacío. Todavía en el momento de despertar me puse a reconsiderar qué podía haber equivocado y advertí que mi posición, aunque en peligro, se mantenía aún segura. Fue algo tan vivido que casi traje conmigo, a mi conciencia de vigilia, aquel razonamiento; sin embargo, algunos de los eslabones de la cadena mental del sueño se desgajaron, como si mi conciencia diurna no fuera lo bastante grande para albergar la onírica.

También me contó que su fijación con «el arquero» se estaba convirtiendo en una creciente preocupación. Le llenaba de una clase especial de terror, diferente en cualidad, pero quizá de tono superior al que en él engendraba el sueño considerado como un todo: un terror morboso y demente, caracterizado por la intensidad de la repugnancia, la exasperación histérica y una gama múltiple y variada de temerarios impulsos suicidas.

-No puedo desembarazarme de la sensación -dijo- de que ese ser bestial tiene que ser, de alguna manera poco clara y subterránea, la clave de mi derrota.

Me pareció que estaba muy cansado, aunque su rostro poseía las cualidades precisas para no manifestar ninguna clase de fatiga, y me hice cargo de su bienestar físico y nervioso. Le sugerí que consultara con un médico (no me gustó decir psiquiatra) y le señalé que los somníferos tal vez le fueran de alguna ayuda.

-Sin embargo -dijo-, en un sueño más profundo serán más vividas y reales las imágenes. -Sonrió sardónicamente-. No, creo que prefiero jugar la partida bajo las presentes condiciones.

Me alegré de que considerara todavía el sueño como un fenómeno psicológico interesante y eventual (si podía verlo como alguna otra cosa es algo que no me detuve a analizar). Incluso admitiendo ante mí la excepcional intensidad de sus emociones, seguía manteniendo una suerte de aire festivo. Cierta vez comparó su sueño con los delirios paranoicos de persecución y me preguntó si lo considerarían lo bastante bueno como para admitirlo en un asilo.

-Así podría olvidarme del pasaje y dedicar todo mi tiempo a mi sueño ajedrecístico -dijo, riendo cortantemente nada más ver que yo estaba a punto de preguntar si la observación!a había hecho verdaderamente en serio.

No obstante, alguna parte de mí mismo no estaba convencida de la actitud de Moreland y cuando, más tarde, me encontré rodeado de oscuridad, mi imaginación acometió el perverso impulso de dibujar el universo como un inmenso coliseo en el que cada criatura se encuentra condenada a mantener una mortal partida de habilidad contra demoníacas mentalidades que, a pesar de poder adoptar la posición del gato que juega con el ratón, están siempre seguras de su maestría final... o al menos casi seguras, pero de manera que perder constituya para ellas un verdadero milagro. Me sorprendí comparándolas con ciertos jugadores de ajedrez que, por casualidad enfrentados a un oponente de habilidad imbatible, se dedican a desarrollar desagradables amaneramientos personales a fin de ponerlo nervioso, exasperarlo y destrozar la lucidez de su planteamiento.

Tal humor coloreó la propia nebulosa de mis sueños, persistiendo durante el siguiente día. Mientras caminaba por las calles me sentí invadido por una ansiedad omnipresente, experimentando tirantez y nerviosa miseria en cada rostro que se cruzaba conmigo. Por una vez me pareció que era capaz de mirar por debajo de la máscara con que cada persona se cubre y que se muestra tan característicamente pronunciada en una congestionada ciudad... y ver también lo que yace en lugar

tan soterrado: la sensitividad egista, la irritación a punto de estallar, los anhelos frustrados, los fracasos... y, por encima de todo, la ansiedad, demasiado mal definida y sin un objeto preciso para ser llamada miedo, aunque por doquiera infectando cada pensamiento, cada acto, convirtiendo las cosas triviales en monstruosidades horribles. Me pareció entonces que los factores sociales, económicos y psicológicos, incluso la Guerra y la Muerte, se transformaban en insuficientes para dar cuenta de tal ansiedad y que en definitiva no era en realidad sino la consecuencia de lo que fluía de alguna circunstancia ignorada y horrible sita en la esencial constitución del universo.

Aquella tarde estuve en el pasaje. Sentí que algo había cambiado en las cosas, pues la abstracción de Moreland no era el calculador fastidio que tan familiar me era y su angustia era evidente. Uno de sus tres oponentes, después de removerse con inquietud, llamó su atención sobre un movimiento y Moreland sacudió la cabeza como si hubiera estado dormitando. Rápidamente realizó un movimiento de réplica y no tardó en perder la dama y la partida entera, merced a un descuido igualmente elemental. El encargado del pasaje, un hombre grande y forzudo, se acercó y se colocó detrás de Moreland, su mofletudo rostro impasible, observando y estudiando la posición de las piezas. La pérdida de Moreland era excesiva.

-¿Quién ha ganado? -preguntó el encargado.

Moreland señaló a su adversario. El encargado gruñó evasivamente y se alejó.

Nadie más se sentó a jugar. Se acercaba la hora de cerrar. No estaba seguro de si Moreland había advertido mi presencia, pero después de un rato se levantó y me hizo una señal de asentimiento, y luego recogió su sombrero y su abrigo. Caminamos juntos el largo trecho que nos separaba de nuestra casa. Apenas soltó palabra y mi sensación de mórbida penetración en el mundo que me rodeaba persistió, obligándome a guardar silencio. Su manera de andar era la de siempre, largas zancadas sin doblar las rodillas, las manos en los bolsillos, el sombrero calado, el ceño fruncido contra el pedazo de suelo doce pies más allá.

Cuando llegamos a la casa, tomó asiento sin quitarse el abrigo y dijo:

-Evidentemente ha sido el sueño lo que me ha hecho perder algunas partidas. Cuando desperté esta mañana era terriblemente vivido y recordaba casi con exactitud la posición concreta y el conjunto de las reglas. Me puse a hacer un diagrama...

Señaló un pedazo de papel de envolver que había sobre la mesa. Precipitadas líneas cruzadas, incompletas, representaban lo que parecía ser la esquina de un infinitamente más grande modelo. Podían verse cerca de quinientas casillas. Sobre algunas de ellas había marcas y nombres que indicaban piezas y una variedad de flechas mostraban su capacidad de movimiento.

-Me costó mucho trabajo -dijo angustiadamente-. Luego comencé a olvidar. Aunque todavía se encuentra el modelo muy cercano a mi recuerdo. Como un enigma matemático que no se alcanza a comprender del todo. Algunos segmentos del tablero se mantienen vividos en mi mente todo el día, tanto que creo que con un mayor esfuerzo sería capaz de recomponer el resto. Sin embargo, no puedo.

»Voy a perder, ya lo sabe usted -prosiguió con un cambio en su voz-. Se trata de esa pieza que llamo «el arquero». La pasada noche no pude concentrarme en el tablero; era como si neutralizara mis ojos. Lo más terrible es que se trata de la pieza fundamental del ataque de mi adversario. Sufro por capturarla. Pero no puedo, también es un cebo, la carnada de la trampa estratégica que mi adversario me tiende. Si la capturase arriesgaría la partida entera. De modo que tengo, que verla acercarse más y más (posee una desagradable clase de movimiento a saltos, con dos direcciones), sabiendo que mi única oportunidad consiste en permanecer incólume hasta que mi adversario sobrepase los límites y yo pueda contraatacar. Pero no seré capaz de aguardar. Pronto, esta noche quizá, mis nervios estallarán y me veré obligado a capturarla.

Yo permanecía estudiando el diagrama con gran interés y sólo escuché a medias lo que dijo luego: una descripción del aspecto global del «arquero». Le oí decir algo acerca de «una cabeza pentavolante»... la cabeza casi oculta por una caperuza... apéndices, cada uno con cuatro junturas, sobresaliendo por debajo del manto... un arma de ocho puntas con ruedas y palancas alrededor, y pequeños receptáculos en forma de bolsa, como destinados al veneno... la postura sugiriendo que prepara el arma para aunar la puntería... todo intrincadamente tallado en alguna lustrosa piedra roja

moteada de tonos violeta... una expresión de malevolencia bestial y mucho más allá de toda naturaleza...

Justo en aquel momento se fijó mi atención repentinamente sobre el diagrama y experimenté un terrible escalofrío de excitación pues acababa de reconocer dos nombres familiares, nunca mencionados por Moreland durante la vigilia. El «aracnoide» y el «soberano verde».

Sin detenerme a recapacitar, le conté que había estado escuchando sus palabras mientras dormía tres noches atrás y le dije que las peculiares frases que enunciara encajaban perfectamente con las notas del diagrama. Mi informe brotó con melodramático apresuramiento. Mi descubrimiento de las notas, no excepcionalmente asombroso en sí mismo, me produjo probablemente tal impresión porque hasta ahora había olvidado extrañamente (quizá reprimido) el intenso pavor que experimentara cuando contemplara a Moreland durmiendo.

Antes de terminar, sin embargo, advertí la creciente ansiedad de su expresión y me di cuenta con violencia de que lo que le estaba diciendo no era precisamente lo más adecuado para su estado presente. De manera que comencé a disminuir el conjunto de los inquietantes elementos que se contuvieron en su voz de entonces -sobre todo la hiperpoderosa sensación de distancia-, así como el miedo que engrandara en mí.

Aún así resultaba obvio que había experimentado un golpe de consideración. Por unos instantes pareció sumergido en los umbrales de un ataque nervioso, levantándose y caminando de un lado a otro con virulencia, realizando grotescos movimientos, exultando absurdas palabras, aproximándose más y más al diabólico convencimiento de la realidad de su sueño -cuya intensificación parecía habérsele revelado a través de mis palabras-, estallando por último en una exangüe petición de ayuda.

Tal petición tuvo un efecto inmediato en mí, haciéndome olvidar los salvajes pensamientos que me agobiaban y situando todos los objetos de este mundo a un nivel humano. Todos mis instintos corrieron en ayuda de Moreland y de nuevo vi el conjunto de la historia como un caso exclusivamente propio de la psiquiatría. Nuestros papeles habían cambiado. Yo había dejado de ser su auditorio enterado a medias para convertirme en el amigo a quien se pide consejo. Aquello, más que ninguna otra cosa, me dotó del sentimiento de la confidencia, conduciéndome por los caminos de una especulación digna de un niño o un tarado. Me sentí satisfecho de mí mismo por haber contenido el alud de su imaginación e hice todo cuanto pude por ocultarlo.

Después de algún rato, mis repetidas medidas de seguridad comenzaron a surtir efecto. Se fue calmando y nuestra charla devino razonable una vez más, aunque a partir de entonces recurriría a mí acerca de algún punto particular que le preocupaba. Descubrí por vez primera la importancia que había tomado para él el sueño. En el curso de sus solitarias meditaciones, me dijo, a veces había llegado al convencimiento de que su mente abandonaba su cuerpo, mientras éste soñaba y viajaba a través de inconmensurables distancias hasta algún reino más allá del cosmos, donde se jugaba la partida. Se encontraba poseído por la impresión, afirmó, de acercarse demasiado peligrosamente a los íntimos secretos del universo y de descubrir que, al cabo, no fueran sino perversos, maléficos y sardónicos. A menudo le sobrecogía el temor de que, el camino que mediaba entre su mente y el imperio de la partida, fuera «ampliado» a tal punto que fuera asimismo «absorbido corporalmente del mundo», por decirlo así. Creía firmemente que perder la partida constituía una amenaza para el mundo entero y lo creía ahora de una manera más contundente de cuanto con anterioridad me confiara. Había trazado una espantosa relación entre el desarrollo de la partida y el de la Guerra y estaba comenzando a creer que las últimas consecuencias de la Guerra -aunque no necesariamente la victoria de una u otra parte- dependían del resultado de la partida.

A veces había llegado a sentirse tan abrumado, me confesó, que su único alivio había consistido en pensar que, sin importar lo que ocurriera, jamás podría convencer a ningún otro de la realidad de su sueño. Siempre existiría la alternativa de verlo como una manifestación de enfermedad o sobrecargada imaginación. Aparte de cuan vivido pudiera ser, jamás sería capaz de aportar pruebas concretas y objetivas.

-Usted me vio dormir, ¿no es cierto? -dijo-. Justamente sobre este lecho. Usted me oyó hablar en sueños. Acerca de la partida. Pues bien, eso prueba en absoluto que no se trata sino de un sueño,

¿no le parece? En puridad, usted no podría creer ninguna otra cosa, ¿me equivoco?

Ignoro por qué aquellas últimas preguntas ambiguas tuvieron tal efecto de reafirmación sobre mí, que tan sólo tres noches atrás me encontraba temblando ante el indescriptible tono de la voz que surgía entre sus sueños. Pero así fue. Parecieron como el sello final de un acuerdo entre nosotros, extendido al efecto de que sus sueños eran sólo sueños y nada significaban. Comencé a sentirme más bien alegre y autosatisfecho, al igual que un médico que devuelve la salud a su paciente tras una peligrosa crisis. Me dirigí a Moreland de una forma que ahora advierto no era sino pomposamente simpática, sin parar mientes en cuan desalentados eran sus obedientes asentimientos. Dijo poco más tras aquellas últimas preguntas.

Hasta lo persuadí para que fuéramos a una casa de comidas de la vecindad para tomar un refrigerio nocturno, como si -¡Dios me perdone!- yo estuviera celebrando mi triunfo sobre su sueño. Cuando nos sentamos al no muy sucio mostrador, encendimos sendos cigarrillos y saboreábamos café caliente, advertí que estaba volviendo a sonreír, lo que añadí a mi satisfacción. Qué ciego estaba yo ante el postrer abatimiento y la sumisa desesperanza que imperaba bajo aquellas sonrisas. Al dejarlo a la puerta de su habitación, me cogió bruscamente la mano y dijo:

-Quisiera expresarle mi agradecimiento por la forma en que ha procurado desembarazarme de este embrollo. -Yo hice un gesto desaprobador-. No, espere -continuó-, significa mucho para mí. De cualquier modo, gracias.

Me alejé con un sentimiento de contención cercano a la virtud. Estaba despojado de toda aprensión. Tan sólo me sentía propenso a la entretenida divagación, bien que de manera pacatamente filosófica, en torno a las extrañas y variadas formas que el miedo y la ansiedad pueden asumir en nuestra civilización, tan digna de piedad.

Nada más vestirme a la mañana siguiente, me encontré ante su puerta y la empujé sin esperar siquiera a que Moreland me invitara a entrar. Por una vez, al menos, la luz del sol penetraba a través de la polvorienta ventana.

Entonces lo vi, y todas las demás cosas de este mundo dejaron de existir.

Yacía sobre las arrugadas ropas de la cama, medio oculto por un pliegue de manta. Era algo de quizá diez pulgadas de altura, tan sólido como podría serlo una estatuilla e innegablemente real. Pero a la primera ojeada supe que su forma no guardaba ninguna relación con criatura terrestre alguna. Esta circunstancia habría sido evidente incluso hasta para quien no fuera precisamente un experto en arte. También supe que la sustancia roja, moteada de violeta, en la que había sido esculpida o moldeada no encontraba clasificación entre las gemas y minerales de la tierra. Todos los detalles coincidían. La cabeza pentavolante, medio oculta por la caperuza. Los apéndices, cada cual con cuatro junturas, sobresalían por debajo del manto. El arma de ocho puntas con ruedas y palancas alrededor y los pequeños receptáculos en forma de bolsa, como destinados al veneno. La postura sugiriendo que preparaba el arma para afinar la puntería. La expresión de malevolencia bestial y más allá de toda naturaleza.

Por encima de toda duda, se trataba del objeto con el que Moreland había soñado. El objeto que lo había fascinado y horrorizado, como ahora lo hacía conmigo; que había minado su equilibrio nervioso progresivamente, tal como ahora comenzaba a minar el mío. El objeto que había sido cabecilla y cebo del ataque de su adversario, y cuya captura -y parecía evidente que había sido capturado- significaba la probable derrota. El objeto, por último, que de algún modo había sido absorbido a lo largo de algún camino abierto hasta las inconmensurables distancias y desde algún reino de locura en que se planificaba el universo.

Por encima de cualquier duda era «el arquero».

Sin saber muy bien qué me impulsó o qué propósito tenía al hacerlo, escapé de la habitación. Sólo entonces me di cuenta de que tenía que encontrar a Moreland. Nadie lo había visto salir de la casa. Lo estuve buscando todo el día. En el pasaje. En clubs de ajedrez. En bibliotecas.

Era ya la noche cuando regresé y me obligué a mí mismo a penetrar en la habitación. La figurilla había desaparecido. Cuando pregunté por ella entre los demás ocupantes de la casa, ninguno supo darme razón alguna de su paradero, aunque yo sabía que «el arquero», siendo obviamente una pieza de valor y despojada de la sugerencia terrorífica para aquellos que ignoraban su historia, podía muy

bien haber caído en las manos de algún rico y excéntrico coleccionista. No es el primer objeto que desaparece de manera similar en el curso de los pasados años.

O tal vez Moreland regresara secretamente y se la llevara consigo.

De lo que estoy seguro es de que no fue forjada en este mundo.

Y aunque hay razones para temer lo contrario, tengo la sensación de que Albert Moreland, allí donde se encuentre -en alguna pensión barata, albergue o sanatorio-, a no ser que la partida haya sido perdida y comenzado el terror de lo desconocido, continua jugando a su juego imposible de creer, mediando una apuesta que ningún humano podría concebir.

EL BÁRBARO
Poul Anderson

Desde que el sistema Howard-de-Camp para el desciframiento de inscripciones preglaciales apareció por vez primera, han sido considerables los progresos alcanzados en las materias de la historia, la etnología, y hasta de la vida cotidiana de las grandes culturas que florecieron hasta que el helado Pleistoceno hizo desaparecer al hombre, obligándolo a comenzar de nuevo. Sabemos, por ejemplo, que se practicaba la magia; que hubo zonas altamente civilizadas allí donde ahora es Asia Central, Cercano Oriente, África del Norte, Europa meridional y algunos océanos; y que el resto del mundo se encontraba ocupado por bárbaros, de los cuales los de la Europa Septentrional eran los más altos, los más fuertes y los más belicosos. Al menos así nos lo informan los entendidos, que, siendo de abolengo norteuropeo, no tienen más remedio que entender.

Lo que sigue es la traducción de una carta recientemente descubierta en las ruinas de Cirene, Cirene fue una ciudad de provincias del Imperio Sarmo, inmenso aunque decadente reino en el área del Mediterráneo oriental, cuya capital, Sarmia, fue a la vez la ciudad más hermosa y lúbrica de su tiempo. Los vecinos que limitaban por el norte con los sarmos eran primitivos caballos nómadas y/o Centauros; pero hacia el este se alzaba el reino de Chathakh y hacia el sur la herpetarquía de los Serpentianos, gobernada por una casta sacerdotal devota de las serpientes... o posiblemente casta de serpientes ella misma.

La carta fue obviamente escrita en Sarmia y enviada a Cirene. Data aproximadamente del 175.000 antes de nuestra Era.

Maxilion Quaestos, sub sub subprefecto de las Obras Hidráulicas Imperiales de Sarmia, a su sobrino Thyaston, canciller del Departamento de Taumaturgia, provincia de Cirene:

¡Salud!

Espero que ésta te encuentre en buena salud y que los dioses se dignen continuar favoreciéndote. Por mi parte, me encuentro bien, aunque un poco fastidiado por la gota que pretendo (*sigue aquí la descripción de un remedio casero, enormemente fastidioso y que suprimimos*). Lo que no ha servido, sin embargo, sino para agotar mi bolsa y mi ánimo.

Si duda has permanecido aislado en el curso de tu estancia en Atlantis, ya que me pides informes sobre el asunto de los bárbaros. Ahora que la actualidad de los sucesos ha decrecido considerable y nuevamente, puedo, así lo espero, proporcionarte un informe adecuado y desapasionado del conjunto de tan malhadado episodio. Gracias al favor de las Diosas Trillizas, la feliz Sarmia ha sobrevivido al evento; y aunque todavía permanecemos sobrecogidos, las cosas marchan hacia su mejoría. Sí a menudo aparezco como apartado de la filosófica calma que en otro tiempo intenté mantener a perpetuidad, culpa de ello al Bárbaro. Ya no soy el hombre que solía ser. Ninguno de nosotros lo es.

Para comenzar, pues, te diré que desde tres años ha la guerra con Chathakh, habíase convertido únicamente en juego de escaramuzas. En todo momento, cualquier comando de una y otra parte penetraba territorio enemigo adentro, aunque sin efectos decisivos. Ciertamente, puesto que tales

operaciones arrancaban un más o menos igualado botín a ambas partes y el tráfico de esclavos conocía su auge, el estado de cosas general no era desfavorable.

Nuestra capital preocupación era la ambigua actitud de los Serpentianos. Como ya obra en tu conocimiento, los Herpetarcas no nos miran con buenos ojos y uno de los principales objetivos de nuestros diplomáticos fue siempre mantenerlos alejados de la guerra, al menos en lo relativo al bando de Chathakh. Evidentemente no teníamos la menor esperanza de que fueran nuestros aliados. Pero en la medida que manteníamos una posición ventajosa de fuerza, era probable que desearan permanecer en postura neutral.

Así estaban las cosas cuando el Bárbaro vino a Sarmia.

Durante mucho tiempo habíamos oído rumores sobre él. Una exacta descripción yacía a disposición nuestra. Se trataba de un errante soldado mercenario procedente de algún reino de espadachines y marineros anclados en los bosques del norte. Solo, habíase dirigido hacia el sur en busca de aventuras, o tal vez de un clima más benigno. De siete pies de estatura y anchura proporcional, era una masa de músculos con melena de leonados cabellos y hoscos ojos azules. Era diestro con cualquier arma, pero prefería la espada de cuatro pies y doble filo, con la que de un solo tajo podía hendir cualquier yelmo, cráneo, cuello o lo que fuera. Se decía también que era amante y bebedor en desmesuradas proporciones.

Habiendo eludido sin ayuda a los Centauros, se internó en nuestras provincias septentrionales y en un día se personó ante las mismas puertas de Sarmia. Era un espectáculo curioso: las almenadas murallas levantadas bordeando el camino pavimentado en piedra, la guardia con casco, escudo y peto y el sobresaliente y semidesnudo gigante que agitaba su espada ante ellos. Cuando las picas cayeron para interceptar su camino, clamó con una voz que valía por ciento:

-Soy Cronkheit, el Bárbaro, y quiero tener una audiencia con vuestra reina.

Su acento era tan ridículamente inculto que la guardia rompió a reír. Esto lo enfureció; con torvas miradas, desenvainó la tizona y avanzó a paso decidido. Los guardias retrocedieron ante su ímpetu y el Bárbaro continuó fanfarronería en ristre.

Según el capitán de la guardia me contó más tarde, «vino y le aguardamos. Mantenido al otro extremo de nuestras lanzas, alcanzamos a percibir su hedor. ¡Por los dioses! ¿*Cuándo* habría tomado su último baño?» Así, con la gente alejándose de las calles y plazas mercantiles a medida que él se aproximaba, Cronkheit emprendió camino por la Avenida de las Esfinges, dejó atrás los baños y el Templo de Loccar, hasta arribar al Palacio Imperial. Las puertas estaban abiertas, como es costumbre, y él se quedó admirando los jardines y los muros de alabastro y gruñó. Cuando los Guardianes Dorados se le acercaron y le preguntaron qué le traía, gruñó de nuevo. Entonces alzaron sus arcos y habrían hecho alguna escabechina con él de no aparecer en aquel momento un esclavo a toda prisa que los conminó a desistir.

Como habrás imaginado, por la voluntad de algún dios maligno la Emperatriz estaba en uno de sus balcones y lo había visto.

Como es bien sabido, nuestra bienamada Emperatriz, Su Seductora Majestad la Ilustre Larra la Voluptuosa, es grande como una montaña y es común creencia que se trata de una encarnación de su deidad tutelar, Sexafrodita, la Diosa Visón. Estaba ella en el balcón con el viento azotando sus finas y transparentes vestiduras y su suelto cabello negro y un repentino deseo iluminó su orgulloso rostro cortesano. Esto fue comprensible, pues Cronkheit vestía sólo un taparrabos de piel de oso.

Así, el esclavo fue atendido, se inclinó profundamente ante el forastero y dijo:

-Mi muy noble señor, la divina Emperatriz mantendrá una entrevista privada contigo.

Cronkheit se relamió los labios y penetró en el palacio. El chambelán se retorció las manos cuando contempló aquellos mugrientos pies patear las alfombras imperiales, pero nadie corrió en su ayuda pues ya el Bárbaro ascendía las escaleras que conducían a las habitaciones de la Emperatriz.

Lo que allí ocurrió es sabido de todos, pues para tales entrevistas Madama Larra tiene a bien apostar esclavos mudos en observatorios convenientes, que avisarán a la guardia si el peligro se presenta; y, aunque mudos, el personal cortesano se ha preocupado de enseñarles a escribir. Nuestra Emperatriz estaba resfriada y además comiendo a la sazón una ensalada de ajos, con lo que su nariz aristocráticamente curva no se ofendió. Tras las mínimas formalidades de rigor, ella comenzó a

jadear. Lentamente, fue dejando resbalar su purpúreo vestido por sus cremosos hombros hasta que cayó rozando sus muslos de seda.

-Ven -susurró-. Ven, oh magnífico macho. Cronkheit bufó, pateó el suelo, se lanzó contra ella y la estrechó entre sus brazos.

-¡Suéltame! -chilló la Emperatriz mientras le crujía una costilla-. ¡Socorro!

Los mudos corrieron hasta los Guardias Dorados, que penetraron todos a una. Rodearon al Bárbaro y lo separaron de la pobre dama. Aunque considerablemente dolorida y mucho más atribulada, no dio orden de ejecutar al Bárbaro; es conocida por su infinita paciencia con algunos individuos.

Así, pues, tras tomar un trago de vino que la repusiese, invitó a Cronkheit a que fuera su huésped. Una vez el Bárbaro fue conducido a sus habitaciones, llamó la Emperatriz a la Duquesa de Thyle, una dócil y hábil putuela.

-Tengo una tarea para ti, querida mía -murmuró la Emperatriz-. Espero que la llevarás a cabo como pueda esperarse de una dama leal.

-Sí, Seductora Majestad -dijo la Duquesa, que podía muy bien conjeturar lo que la tarea iba a ser y para cuyo servicio había estado aguardando bastante tiempo. Una entera semana, de hecho. Su cometido era romar un tanto la fogosidad del Bárbaro.

Se untó de grasa para poder escapar de entre sus brazos en caso de sentir crujir su cuerpo y corrió a la habitación de Cronkheit. Su perfume almizclado ahuyentaría la pestilencia del macho. De modo que se despojó de sus vestiduras y murmuró con los ojos entornados:

-¡Poséeme, mi señor!

-¡Yahoo! -rebuznó el guerrero-. Soy Cronkheit el Fuerte, Cronkheit el Temerario, Cronkheit, que reventó un mamut sin ayuda y que se hizo jefe de los Centauros. ¡Ésta es mi noche! ¡Ven!

La Duquesa lo hizo y él la sostuvo entre sus poderosos brazos. Un momento más tarde se escuchó otro chillido. Los sirvientes de palacio se asombraron ante el espectáculo de una Duquesa desnuda, furiosa y llena de grasa que corría por el pasillo de jade.

-¡Tiene pulgas! -chillaba, rascándose mientras corría.

De modo que, después de todo, Cronkheit el Bárbaro no tenía un gran éxito como amante. Incluso las putas de la Calle del Jolgorio solían ocultarse cuando lo veían venir. Alegaban que en anteriores ocasiones se habían sometido a groserías sin cuento, pero que aquello era ya demasiado.

Sin embargo, su fama era tan grande que Madama Larra lo puso al mando de una brigada, infantería y caballería, y lo envió a que se reuniera al General Grythion en la frontera con Chathakh. Hizo la marcha en tiempo prodigioso y entró dando berridos en la ciudad de tiendas de campaña que había llegado a ser nuestra base mayor.

Tengo que aclarar que nuestro buen General Grythion es una especie de dandy que se riza la barba y está dominado por sus esposas. Pero también que ha sido siempre un soldado competente, ganando honores en la Academia y dirigiendo las tropas en la batalla muchas veces antes de alcanzar los puestos planeadamente estratégicos. El estado incivilizado de Cronkheit podía percibirse a más y mejor en este encuentro. Pues cuando el general declinó cortésmente ir a la vanguardia del ejército destacando que él era un mejor estratega de retaguardia, pudo verse que semejante excusa no impediría que Cronkheit propinara una coz a su superior y lo llamara cobarde y maldito de los dioses. Grythion estuvo plenamente justificado al poner al otro entre grilletes, a despecho de las fortuitas circunstancias implicadas. Aun así, el espectáculo desmoralizó de tal manera nuestras tropas que perdieron tres importantes encuentros en los siguientes tres meses.

¡Por mi fe! El rumor llegó a oídos de la Emperatriz y ésta no ordenó que le cortasen la cabeza al insubordinado. Antes bien, envió un correo por el que se lo liberaba y reivindicaba. Quizá todavía lo deseaba lo bastante como para considerarlo un aceptable compañero de cama.

Grythion se tragó su orgullo y se excusó ante el Bárbaro, que aceptó sin ningún agradecimiento. Su recuperado rango hizo que fuera necesario invitarlo a una cena y una conferencia en la tienda del estado mayor.

Fue un completo fracaso. Cronkheit hizo el asno y en una ocasión soltó despreciativos comentarios sobre las elegantes togas de sus camaradas oficiales. Eructaba al comer y no era capaz

de distinguir un vino de otro. Su conversación consistía en interminables monólogos sobre su propia destreza, en los que la modestia era exorcizada. El general Grythion aprovechó una mínima pausa para llamar la atención precipitada de los presentes acerca de los mapas y proyectos.

-Ahora, mis muy nobles señores -comenzó-, tenemos que marcar la campaña de verano. Como sabéis, entre nosotros y las posiciones enemigas más cercanas e importantes se extiende el Desierto Oriental. Esto entraña dificultosas cuestiones de logística y en torno al emplazamiento de catapultas. -Aquí se volvió educadamente hacia el Bárbaro-. ¿Tienes alguna sugerencia que ofrecer, mi señor?

-No -dijo Cronkheit.

-Pienso -aventuró el Coronel Faraón- que si avanzamos hasta el Oasis Chunling y nos atrincheramos allí, estableciendo un camino para los suministros...

-Eso me recuerda -dijo Cronkheit- que una vez, hace tiempo, en los pantanos Norriki, tropecé con unos cuantos hombres del pantano, que usan flechas venenosas...

-Me agradaría sobremanera saber qué tiene que ver eso con nuestro problema -dijo el general Grythion.

-Nada -admitió Cronkheit alegremente-. Pero no me interrumpas. Como iba diciendo... -Y así estuvo durante otra interminable hora.

Después de una conferencia que no había aportado nada ni llegado a ninguna parte, el general se mesó la barba y dijo con agudeza que sobrepasaba el oído receptor:

-Lord Cronkheit, se dijera que tus habilidades en el campo estratégico se superan en el táctico.

El Bárbaro echó mano a la espada.

-He querido decir -añadió Grythion apresuradamente- que tengo una misión en la que sólo el capitán más temerario y más fuerte puede tener éxito.

Cronkheit sonrió halagado y escuchó atentamente el cambio de los acontecimientos. Tenía que ser enviado con sus hombres a capturar Chantsay. Chantsay era una fortificación sita en un desfiladero del Desierto Oriental, y uno de los mayores obstáculos en nuestro avance. No obstante, a pesar de la prudente lisonja de Grythion, una brigada completa habría sido capaz de tomarla sin muchas dificultades, ya que todo el mundo sabía que estaba en baja forma.

Cronkheit emprendió la marcha a la cabeza de sus hombres, agitando su espada en el aire y entonando algunos cantos militares no poco horteras. Así fue como nos libramos de él durante seis semanas.

Al acabar este lapso, los andrajosos, famélicos y febriles restos de sus tropas estaban de regreso a la base e informaron del absoluto fracaso. Cronkheit, que gozaba a la sazón de una excelente salud, presentó excusas con bastante mala leche. Pues jamás había imaginado que unos hombres que hacían veinte horas diarias de marcha no estuvieran listos para la batalla al final del viaje, máxime teniendo en cuenta que se habían acabado los suministros.

Como era la voluntad de la Emperatriz, el General Grythion no podía hacerse cargo del asunto y castigar al Bárbaro. Ni siquiera podía degradarlo. En su lugar, utilizó su archiconocida astucia e invitó al gigante a una cena privada.

-Es obvio, mi muy valiente señor -dijo-, que la culpa es mía. Debí haberme dado cuenta de que un hombre de tu envergadura es demasiado para nosotros, los decadentes mediterráneos. Eres un lobo solitario que pelea mejor sin ayuda.

-OK. -asintió Cronkheit, desgarrando un pedazo de ave entre sus dedos y limpiándoselos en el mantel de damasco.

Grythion se sobresaltó, pero se repuso y le habló con fluidez sobre una operación guerrillera de un hombre solo. Cuando partió a la mañana siguiente, los oficiales se felicitaron efusivamente por haberse librado para siempre de aquel patán.

En el enfrentamiento con la crítica subsiguiente y cualquier demanda de investigación, todavía sigo manteniendo que Grythion hizo lo único que racionalmente podía hacer bajo las circunstancias imperantes. ¿Quién podía haber sabido que Cronkheit el Bárbaro era tan animal que la razón más simple tenía que tropezar contra su peluda piel?

La historia completa no se sabrá nunca. Sin embargo, en el curso del año siguiente, mientras la

guerra fronteriza continuaba como de costumbre, se supo de Cronkheit tierras al norte. Por aquellos contornos capitaneaba una banda de caballos nómadas tan ignorantes y brutos como él. También se rodeó de un ejército de mamuts y cargó con ellos contra Chathakh, poniendo en fuga al enemigo. Por los mismos medios llegó hasta la capital y el Rey le presentó las condiciones de rendición.

Pero no se podía ir ante Cronkheit con tales cosas. ¡A él, nada menos! La idea que tenía de la guerra y el guerrero era la de matar o esclavizar hasta el último hombre, mujer y niño del país enemigo. También se suponía que sus irregulares eran pagados en pillaje.

Asimismo, siendo demasiado cochino hasta para las chicas nómadas, se sintió poseído de una cierta urgencia.

De modo que arrasó la capital de Chathakh y la quemó hasta los cimientos. Esta hazaña le costó la mayor parte de sus propios hombres. También destruyó varios libros inapreciables y obras de arte, así como toda posibilidad de tributo a Sarmia.

Así las cosas, aún tuvo la humorada de organizar un desfile triunfal y volver grupas hacia nuestra ciudad.

Esto fue demasiado hasta para la Emperatriz. Cuando estuvo plantado ante ella -pues era demasiado bruto para la simple cortesía de hincar la rodilla en tierra-, la Emperatriz se sobrepasó describiéndole en su cara lo chalado, imbécil y alcornoque que era.

-Ya, ya -dijo Cronkheit--. Pero he ganado la guerra. Mira, mira: yo he ganado la guerra. La he ganado yo, yo lo he hecho.

-Sí, sí -exclamó Larra-. Has masacrado una noble y antigua cultura y la has reducido a ruinas irrecuperables. ¿Sabías que la mitad de nuestro comercio en tiempos de paz lo manteníamos con Chathakh? Habrá una depresión económica tal que la historia tardará milenios en conocer otra semejante.

El general Grythion, que había regresado, sumó a aquéllos sus propios reproches.

-Pero, ¿qué idea te habías hecho tú de una guerra? ¿Quién te había engañado a ti en este mundo cruel? La guerra es una prolongación de la diplomacia. Es el medio último que se emplea para obtener lo que se desea. La intención no es matar gente... dime tú cuántos cadáveres pueden rendirte pleitesía y tributo.

Cronkheit refunfuñó sin abrir la boca.

-Podríamos haber negociado una paz en la que Chathakh habría sido nuestra aliada contra los Serpentianos -prosiguió el general-. Habríamos estado a salvo contra cualquiera que se nos viniera encima. Pero tú, tú has dejado tras de ti un yermo estéril, que tendremos que proteger con nuestras propias tropas para que los nómadas no lo ocupen. Tus atrocidades nos han dejado solos y sin amigos. ¡Has ganado esta guerra para perder la próxima!

-Y para colmo de la depresión que se avecina -dijo la Emperatriz-, tendremos que costear el mantenimiento de las guarniciones en los lugares desvastados. Bajarán los ingresos de contribución y aumentarán los precios... El tesoro sufrirá bancarrota... ¿A dónde iremos a parar?

Cronkheit pateó el suelo.

-Sois todos unos decadentes, eso es lo que sois -sonrió-. Si vuestro imperio se va al carajo, mejor que mejor. Abandonaréis las ciudades y os haréis cazadores como yo, habitando los bosques. Y comeréis carne cruda.

Madama Larra dio una patadita con su delicado calzado de oro.

-¿Crees que no tenemos cosas mejores que hacer que ir saltando por los bosques como cabras y matar el tiempo cazando, sentarnos sobre la alfalfa que te alimenta y pasarnos las noches sobre las bucólicas letrinas de los bichos del bosque? -estalló-. ¿Qué mierda te piensas tú que es la civilización, dime?

Cronkheit empuñó su espada y la hizo brillar ante sus ojos.

-¡Ya me estoy cabreando! -ladró-. Hasta ahora he permanecido de vuestro lado. Pero ya es tiempo de que seáis barridos de la faz de la tierra y yo soy el tipo encargado de hacerlo.

En aquel momento, justo en aquel momento, el General Grythion mostró aquellas inefables cualidades suyas que lo habían elevado hasta el más alto puesto. Arteramente, sugirió:

-¡Oh, no, cielos! -susurró-. No irás a... a... pelear al servicio de los Serpentianos, ¿verdad?

-Pues sí, eso es lo que voy a hacer -dijo Cronkheit-. Por mucho tiempo. -Lo último que vimos de él fue una espalda ancha, encolerizada y llena de picaduras de pulga. Se dirigía hacia el sur y un majestuoso rayo del sol poniente brilló terrible sobre la aguda hoja de su belicosa espada.

A partir de ese día, como era de esperar, nuestros negocios prosperaron y los Serpentianos se muestran ahora frenéticos ofrecedores de paz. Pero tenemos intención de continuar la guerra hasta que se acomoden a nuestras condiciones. Queremos estar plenamente seguros de que no vamos a ser entrampados por sus traicioneras súplicas y nos devuelvan al Bárbaro.

TODOS EXPLORADORES

Isaac Asimov

Herman Chouns era un tipo con corazonadas. A veces acertaba y a veces se llevaba un chasco: mitad y mitad. Sin embargo, considerando que existe todo un universo lleno de posibilidades, mitad y mitad no es un mal porcentaje.

Chouns no estaba siempre tan complacido de su habilidad como podía esperarse. Era excesivamente agotadora para él. La gente solía darle vueltas a un problema sin sacar nada en claro, y luego se dirigía a él y le decía:

-¿Qué te parece, Chouns? Anda, escupe el viejo truco de la intuición.

Y si decía algo que luego era falso, la responsabilidad por el fracaso recaía enteramente sobre él.

Su trabajo como Explorador de Campo no mejoraba las cosas.

-¿Crees que vale la pena mirar de cerca ese planeta? -le decían-. ¿Qué opinas, Chouns?

De modo que fue un alivio que le tocara un equipo de dos hombres para escoger (significando que el siguiente viaje sería para algún equipo de baja prioridad y que la urgencia desaparecería) y, para colmo, Allen Smith como compañero.

Smith era más o menos un tipo vulgar. La primera vez que vio a Chouns, le dijo:

-Lo que a ti te pasa es que los archivos mnemotécnicos de tu cerebro están sujetos a llamadas más que especiales. Encaras un problema y recuerdas un montón de minucias que la mayoría de nosotros no podemos recordar ni por tanto utilizar para tomar decisiones. Llamarlo corazonada es hacerlo misterioso, y no lo es.

Se pasó la mano por el pelo abrillantinado mientras dijo lo anterior. Tenía el pelo tan moldeado que parecía un casquete.

Chouns, de pelo indómito, nariz desairada y boca descentrada, dijo suavemente (tal era su forma habitual):

-Pienso que quizá sea telepatía.

-¿Qué?

-Por lo menos un rasgo.

-¡Naranjas! -dijo Smith con fuerte sentido de burla (tal era su forma habitual)-. Los científicos han rastreado psiones por más de mil años sin encontrar nada. No existe tal cosa: no existe la premonición, ni la telecinesia, ni la clarividencia ni tampoco la telepatía.

-Admito eso pero considera tú esto. Si obtengo un bosquejo de lo que un grupo de personas piensa (incluso aunque yo pueda no darme cuenta de lo que está pasando), puedo articular la información y dar una respuesta. Yo sabría más cosas que cualquier individuo aislado del grupo, tanto que podría hacer un balance mejor que los demás... a veces.

-¿Tienes en definitiva alguna evidencia?

Chouns volvió sus oscuros ojos hacia el otro:

-Sólo una corazonada.

Prosiguieron de la misma forma. Chouns aprobaba el refrescante pragmatismo del otro y Smith aceptaba paternalmente las especulaciones del otro. A menudo disentían pero sin tirarse de las greñas.

Incluso cuando alcanzaron su objetivo, que era un grupo globular que nunca anteriormente había sentido el empuje de un reactor nuclear diseñado por mano humana, la creciente tensión no agravaba los términos cruzados.

-Me pregunto lo que harán con todos estos datos en la Tierra -dijo Smith-. A veces me parece un derroche.

-La Tierra comienza a expandirse -respondió Chouns-. No puede decirse lo lejos que llegará la humanidad en la Galaxia. Todos los datos que ahora recogemos sobre toda clase de mundos serán útiles un día.

-Hablas igual que un manual para Equipo Explorador. ¿Crees que puede haber algo interesante ahí? -señaló la videopantalla, sobre la que el no muy distante grupo estaba centrado como desparramado polvo de talco.

-Quizá. Tengo una corazonada... -Chouns se detuvo, tragó saliva, parpadeó dos o tres veces y luego sonrió débilmente.

-Obtengamos una foto fija de los grupos de estrellas más cercanos y tracemos una ruta al azar por entre el más espeso. Quien va por diez encuentra uno: a ver si encontramos un cociente McKomin bajo 0.2.

-Perderás -murmuró Chouns. Sintió el rápido escalofrío de excitación que siempre le sobrevenía cuando nuevos mundos estaban a punto de abrirse ante él. Sentimiento altamente contagioso, hacía presas entre cientos de jóvenes cada año. Jóvenes, como él había sido en su tiempo, que se reunían en los Equipos, ávidos de ver los mundos que sus descendientes se apropiarían algún día, exploradores todos...

Obtuvieron la foto fija, realizaron el primer salto hiperespacial al interior de la nebulosa y comenzaron a dividir las estrellas en sistemas planetarios. Los ordenadores hicieron su trabajo; los archivos de información se llenaron y todo se llevó a cabo con la más satisfactoria rutina... hasta llegar al sistema 23, poco después de la ejecución del salto: los motores hiperatómicos de la nave dejaron de funcionar.

-Cojonudo -murmuró Chouns-. Los analizadores no dicen qué es lo que falla.

Estaba en lo cierto. Las agujas iban de aquí para allá, sin detenerse siquiera por un razonable y corto espacio de tiempo, de manera que no era posible señalar ninguna diagnosis. En consecuencia, no podía llevarse a cabo reparación alguna.

-Jamás vi cosa igual -dijo Smith-. Tendremos que pararlo todo y diagnosticar manualmente.

-No será tampoco muy penoso -dijo Chouns, que ya estaba al telescopio-. Nada falla en lo relativo a la dirección espacial ordinaria y hay un par de planetas decentes en este sistema.

-¿Qué? ¿Cuáles y por qué decentes?

-El primero y el segundo de los cuatro. Ambos tienen agua y oxígeno. El primero es un poco más cálido y grande que la Tierra; el segundo un poco más frío y pequeño. Bastante bien, ¿no?

-¿Vida?

-Ambos. Vegetación.

Smith gruñó. Nada había allí que supusiera sorpresa; la vegetación era más frecuente que el agua y el oxígeno. Y a diferencia de la vida animal, la vegetal podía ser vista telescópicamente: o, para ser más exactos, espectroscópicamente. En toda planta no podían encontrarse sino cuatro pigmentos fotoquímicos y todos podían detectarse en virtud de la luz que reflejaban.

-La vegetación es en ambos planetas -dijo Chouns- de función clorofílica, nada menos. Más o menos como la Tierra; hogar, dulce hogar.

-¿Cuál está más cerca? -dijo Smith.

-El número dos, estamos en camino. Tengo la impresión de que va a ser un planeta estupendo.

-Juzgaré eso con los instrumentos, si no te importa -dijo Smith.

Pareció tratarse de una de las corazonadas ciertas de Chouns. Era un planeta sumiso, con una intrincada red oceánica que aseguraba un clima de pequeñas variaciones en temperatura. Las cadenas montañosas eran bajas y sin hosquedades y la distribución de la flora indicaba una alta y bien repartida fertilidad.

Chouns estaba ahora a los controles para efectuar el aterrizaje.

La impaciencia de Smith crecía.

-¿Qué haces, eligiendo lugares y desechando otros? Cualquier sitio es bueno.

-Busco un lugar sin vegetación -dijo Chouns-. No acostumbro a calcinar ni un acre de vida vegetal.

-¿Qué pasa si lo haces?

-¿Qué pasa si no lo hago? -dijo Chouns, y en ese momento encontró su lugar despejado.

Sólo después del aterrizaje advirtieron lejanamente que habían estado dando tumbos.

Chouns se sintió aturdido. La vida animal era mucho más rara que la vegetal y los destellos de inteligencia todavía más raros; no obstante, allí, apenas a media milla del punto de aterrizaje, había una agrupación de bajas chozas que eran obvio producto de una inteligencia primitiva.

-Con cuidado -dijo Smith.

-No creo que haya nada que pueda hacernos daño -dijo Chouns. Descendió y se posó sobre la superficie del planeta con firme confianza; Smith lo siguió.

Chouns contenía su excitación con dificultad.

-Es terrorífico. Nadie encontró nunca nada más allá de cuevas y ramas de árboles entretejidas.

-Espero que sean inofensivas.

-Hay demasiada paz para que puedan ser otra cosa. Huele el aire.

Por los alrededores, el terreno -todos los puntos del horizonte, excepto donde una baja cordillera rompía la línea continua -estaba coloreado de un sosegante rosa pálido que contrastaba contra el verde clorofílico.

En las zonas más cercanas, el rosa pálido se convertía, desgranándose, en flores individuales, frágiles y fragantes. Sólo en los parajes inmediatamente vecinos a las chozas amarilleaban con lo que parecía grano cereal.

De las chozas fueron emergiendo criaturas que fueron acercándose a la nave con una especie de dubitativa confianza. Poseían cuatro piernas y un menudo cuerpo que hasta los hombros cubría tres píes de estatura. Las cabezas aparecían firmemente asentada sobre aquellos hombros y sus saltones ojos (Chouns contó seis), encerrados en cuencas circulares, eran capaces de realizar los más desconcertantes movimientos independientes (*Lo que disimulaba la inmovilidad de la cabeza, pensó Chouns*.)

Cada una de las entidades animales poseía un rabo horquillado en la extremidad, conformando dos robustas fibras que manteníanse en alto. Las fibras sostenían un rápido trémolo que les daba una apariencia confusa y borrosa.

-Vamos -dijo Chouns-. No van a hacernos daño; estoy seguro.

Los animales rodearon a los hombres a prudente distancia. Las colas efectuaron un modulado sonido.

-Sin duda se comunican de esa manera -dijo Chouns-. Y me parece obvio que sean vegetarianos. -Señaló hacia una de las chozas, donde un pequeño elemento de la especie permanecía sentado sobre sus ancas y arrancaba el grano amarillo con su cola, introduciéndose las espigas en la boca con movimiento que recordaba de algún modo la succión.

-Los seres humanos comen lechuga -dijo Smith- y eso no prueba nada.

Siguieron apareciendo más criaturas: permanecían observando a los hombres un momento y luego desaparecían entre el rosa y el verde.

-Vegetarianos -dijo Chouns firmemente-. Mira la forma que tienen de cultivar las cosechas de envergadura.

Las cosechas de envergadura, como Chouns las había llamado, consistían en una corona circular de verdes espigas pegadas al suelo. En el centro de la corona crecía un velludo tallo que, a intervalos de dos pulgadas, expulsaba flexibles brotes venosos que casi sufrían pulsaciones, tan vitalmente vivos parecían. En la cúspide del tallo podía verse el pálido rosa de las flores que, excepto por el color, era lo más parecido a las plantas terrestres.

Las plantas estaban dispuestas en macizos y filas de geométrica precisión. El terreno que las rodeaba estaba bien cavado y espolvoreado con una sustancia extraña que no podía ser sino fertilizante. Estrechos pasillos, lo bastante anchos para permitir el paso de una criatura, cruzaban la

plantación, en tanto los pasillos veíanse bordeados por diminutos canales, evidentemente destinados al agua.

Los animales se habían repartido por los campos, trabajando diligentemente con las cabezas inclinadas. Tan sólo unos cuantos permanecían en las proximidades de los dos hombres.

-Son buenos granjeros -admitió Chouns.

-No del todo malos -aceptó Smith. Se dirigió animadamente hacia las flores de pálido rosa que más cerca crecían y se inclinó a coger una, sin embargo, todavía a seis pulgadas de su objetivo, se detuvo al escuchar las vibraciones chillonas y penetrantes de una cola y al sentir el roce de otra de ellas en su brazo. El roce fue delicado pero firme, interponiéndose entre Smith y las plantas.

Smith retrocedió.

-¡Que también en el Espacio...!

Se detuvo cuando escuchó decir a Chouns:

-No hay por qué excitarse. Tómatelo con más calma.

Media docena de criaturas había ahora rodeando a los hombres, ofreciendo tallos de grano humilde y gentilmente, algunos utilizando las colas, otros empujándolos con sus hocicos.

-Se muestran bastante amistosos -dijo Chouns. Coger flores debe ir contra sus costumbres; quizá las plantas son tratadas al tenor de rígidas reglas. Tal vez se trate de una cultura que sitúa en lugar privilegiado los ritos agrícolas de la fertilidad, y Dios sabe lo que eso implica. Las reglas que rigen el cultivo de las plantas pueden ser estrictas, de lo contrario no creo existieran esas hileras tan bien medidas... ¡Por el Espacio! ¿No parece que se incorporan y vuelven a casa al haberme oído?

Las ruidosas colas se habían extendido de nuevo y las criaturas que los rodeaban retrocedían. Otro miembro de la especie estaba surgiendo de una choza más grande, ubicada en el centro de la congregación.

-Supongo que es el jefe -murmuró Chouns.

El nuevo elemento avanzó con lentitud, la cola erecta, cada bifurcación sosteniendo un pequeño objeto negro. Al llegar a una distancia de cinco pies, la cola se inclinó hacia delante.

-Nos lo está dando -dijo Smith, presa del asombro-, y, por el amor de Dios, Chouns, mira de qué se trata.

Chouns lo estaba haciendo, enfebrecido.

-Son visores hiperespaciales Gamow. Instrumentos que valen diez mil dólares.

Tras haber permanecido una hora dentro, Smith volvió a salir de la nave. Habló desde la rampa con profunda excitación.

-Funcionan. Son perfectos. Somos ricos.

-He estado husmeando por entre sus chozas -replicó Chouns-. No he encontrado nada más.

-No hay que despreciarlos porque sólo sean dos. ¡Santo Dios!, son tan negociables como un puñado de calderilla.

Pero Chouns todavía miraba a su alrededor, los brazos en jarras, exasperado. Tres de las rabudas criaturas le habían acompañado de choza en choza: con paciencia, nunca entrometiéndose, pero manteniéndose siempre entre él y las flores rosa pálido tan geométricamente cultivadas. Ahora lo contemplaban multiplicadamente.

-Además, es un último modelo -dijo Smith-. Mira aquí -señaló las pequeñas letras que informaban: *Modelo X-20, Productos Gamow, Varsovia, Sector Europeo*.

Chouns le echó una ojeada y dijo con impaciencia:

-Lo que me interesa es conseguir más. Se que hay más visores Gamow en alguna parte y los quiero ver.

Hinchó los carrillos y respiró profundamente.

El sol se estaba poniendo; la temperatura descendió por debajo del punto climático de confort. Smith estornudó dos veces, luego lo hizo Chouns.

-Vamos a coger una pulmonía -dijo Smith.

-Estoy consiguiendo que me comprendan -dijo Chouns con aspecto de animal tozudo. Se comió con resistencia una lata de embutido de cerdo, se bebió una lata de café y volvió a la tarea.

Sostuvo en alto un visor.

-Más -dijo-, más -haciendo movimientos circulares con los brazos. Señaló un visor, luego el otro, después los imaginarios que podían ubicarse ante él-. Más.

Más tarde, cuando el último vislumbre de sol desaparecía por el horizonte, un extendido canturreo emergió de todos los puntos de la plantación mientras todas las criaturas visibles bajaban rápidamente la cabeza, elevaban los ahorquillados rabos y los hacían vibrar en la creciente oscuridad del anochecer.

-¡Por el espacio! -murmuró Smith con inquietud-. Eh, ¡mira las flores! -Volvió a estornudar.

Las flores de rosa pálido estaban arrugándose visiblemente.

Chouns habló forzando la voz para hacerse oír por encima de la cantinela.

-Debe ser una reacción ante el crepúsculo. Ya sabes que las flores se cierran al anochecer. El ruido monótono tal vez sea una observación religiosa del hecho.

Un blando latigazo de una cola contra su muñeca atrajo la atención de Chouns. El rabo que había sentido pertenecía a la criatura que tenía más cerca; al mirarla, la cola estaba elevada hacia el cielo, en dirección de un brillante objeto situado a baja altura sobre el horizonte occidental. La cola descendió para señalar el visor, luego volvió a elevarse hacia el astro.

-Claro... -exclamó Chouns con excitación-, el otro planeta, el otro planeta habitable. Estos objetos pueden haber venido de allí. -Luego, llevado por un recuerdo, gritó repentinamente-: ¡Eh, Smith! Los motores hiperatómicos están todavía por arreglar.

Smith pareció sobresaltarse, como si también hubiera olvidado algo; luego murmuró:

-Quería decírtelo... Están perfectamente.

-¿Los arreglaste?

-Ni siquiera los toqué. Pero cuando estaba probando los visores, hice uso de los motores y funcionaban. En aquel momento no presté ninguna atención al hecho; había olvidado que estaban estropeados. Como sea, el caso es que funcionan.

-Vámonos entonces -dijo Chouns de golpe. La idea de dormir no se le había ocurrido tampoco.

Ninguno de los dos durmió durante las seis horas de viaje. Permanecieron ante los mandos con pasión casi devoradora. De nuevo escogieron un claro para aterrizar.

Hacía calor con la calidez de una tarde subtropical; y un ancho y fangoso río discurría plácidamente junto a ellos. La cercana ribera era de barro endurecido, acribillado por amplias cavidades.

Los dos hombres dieron algunos pasos sobre la superficie del planeta y Smith gritó roncamente:

-Chouns, ¡mira eso!

Chouns se desasió del apretón de la mano del otro.

-¡Condenadas sean! ¡Las mismas plantas!

No había error posible con las flores de pálido rosa, el tallo con venosos brotes y la corona circular de espigas.

Nuevamente la geométrica distribución del espacio, el cuidadoso cultivo, la esmerada fertilización, los canales de riego.

-¿No habremos cometido un error -apuntó Smith- y dado la vuelta...?

-Oh, mira el sol; su diámetro es dos veces mayor que antes. Y mira allí.

Sinuosos objetos tostados, tan desprovistos de miembros como serpientes, emergieron de los más cercanos agujeros de la ribera del río. Tenían un pie de diámetro y diez de longitud. Ambos extremos aparecían igualmente sin adiciones, igualmente despuntados. En mitad de sus partes superiores había ciertas protuberancias. Las protuberancias, como si obedecieran una señal, comenzaron a crecer ante sus ojos hasta convertirse en gordos óvalos, se dividieron conformando líneas labiales y bocas que se abrían y cerraban con un sonido semejante al que produciría un bosque de secos bastones batido por el viento.

Después, justo como en el planeta anterior, una vez satisfechas sus curiosidades y calmados sus temores, la mayoría de las criaturas se dirigieron hacia la plantación tan cuidadosamente cultivada.

Smith estornudó. La fuerza del aire expulsado, al tropezar contra la manga de su chaqueta, levantó una polvareda.

La contempló con asombro, se dio una palmadita y dijo:

-Condenación, estoy polvoriento. -El polvo se expandió como una niebla de rosa pálido-. Y tú también -añadió, palmeando a Chouns.

Ambos estornudaron a un tiempo y sin resistencia.

-Lo hemos cogido en el otro planeta, supongo -dijo Chouns.

-A ver si es que tenemos alergia.

-Imposible. -Chouns sostuvo uno de los visores y habló hacia las formas serpentinas-: ¿Tenéis otro como éste?

Durante un rato no hubo otra respuesta que el rumor del agua, mientras algunas de las formas serpentinas se deslizaban hasta el río y emergían con plateados racimos de vida acuática que introducían bajo sus cuerpos, en alguna oculta boca.

No obstante, más tarde, una de las formas serpentinas, más grande que las demás, comenzó a arrastrarse, elevó uno de sus despuntados extremos algunas pulgadas interrogadoramente y pareció moverlo ciegamente hacia un lado y otro. El bulbo del centro apareció suavemente al principio, después creció alarmantemente y se dividió en dos con audible estampido. Allí, entre las dos vulvas, podía verse un par de visores, exactamente iguales al primer par.

-Dios de los cielos, ¿no es maravilloso? -dijo Chouns como en éxtasis.

Caminó hacia ellos. Las protuberancias que los sostenían se estrecharon y prolongaron, formando lo que casi fueron tentáculos. Se estaban extendiendo hacia él.

Chouns estaba lanzando carcajadas. Más visores Gamow en perfectas condiciones; igual, exactamente igual que los otros dos. Chouns comenzó a encariñarse con ellos.

-¿No me oyes? -le estaba diciendo Smith-. Chouns, maldita sea, escúchame.

-¿Sí? -dijo Chouns. No se había percatado que Smith le estaba hablando desde hacía un minuto.

-Mira las flores, Chouns.

Se estaban cerrando, como las del otro planeta, y entre las hileras las formas serpentinas habíanse erguido y se balanceaban sobre uno de sus extremos, oscilando con curioso y pausado ritmo. Entre el imperante rosa pálido tan sólo los despuntados extremos podían verse.

-No irás a decir ahora -dijo Smith- que se cierran a causa del anochecer. Es pleno día.

Chouns se encogió de hombros.

-Diferente planeta, diferente flora. ¡Vamos! Sólo hemos conseguido aquí dos visores. Tiene que haber más.

-Chouns, volvamos a casa. -Smith afirmó sus piernas con la robustez de dos columnas y el apretón que infligía al cuello de la ropa de Chouns aumentó.

Chouns volvió la cara hacia él con indignación.

-¿Qué estás haciendo?

-Estoy dispuesto a atizarte si no vienes conmigo por las buenas a la nave.

Por un momento Chouns estuvo dudando; luego desapareció cierta rebeldía de su rostro, dando paso a cierta negligencia.

-De acuerdo -dijo.

Se encontraban ya medio fuera de la constelación.

-¿Cómo estás? -dijo Smith.

Chouns se enderezó en su tarima y se rascó la cabeza.

-Normal, imagino; cuerdo otra vez. ¿Cuánto he estado durmiendo?

-Doce horas.

-¿Y tú?

-Apenas un sueñecito. -Smith se volvió ostentosamente a los mandos e hizo algunos ajustes de poca monta. Luego, dijo comidiendo las palabras-: ¿Sabes qué ocurría en esos planetas?

-¿Acaso lo sabes tú? -dijo Chouns lentamente.

-Creo que sí.

-¿De veras? ¿Puedo oírlo?

-Había la misma flora en ambos planetas -dijo Smith-. ¿Estás de acuerdo?

-Por supuesto.

-De algún modo se trasplantaba de un planeta a otro. Crece en ambos planetas perfectamente bien; pero, ocasionalmente (para mantener el vigor, imagino), debe utilizarse la alogamia para que ambas fuerzas se confundan. Eso mismo que tan a menudo ocurre en la Tierra.

-¿Alogamia para vigorizar? Ya sé.

-Pues los agentes que llevaron a cabo los injertos fuimos *nosotros*. Aterrizamos en un planeta y nos llenamos de polen. ¿Recuerdas las flores que se cerraban? Ocurrió justo después, no me cabe la menor duda, de liberar el polen; y eso es lo que, por otro lado, nos hacía estornudar. Luego aterrizamos en el otro planeta y sacudimos el polen de nuestras ropas. Una nueva raza híbrida nacerá. Nosotros hemos sido justamente un par de abejas con dos piernas, Chouns, cumpliendo nuestra misión para con las flores.

-En cierto modo -sonrió Chouns-, un papel glorioso.

-Mierda, no se trata de eso. ¿No viste el peligro? ¿No viste por qué teníamos que salir a escape para casa?

-Dime por qué.

-Porque los organismos no se adaptan por ellos mismos a nada. Aquellas plantas parecían estar adaptadas a la fertilización interplanetaria. Hasta recibimos nuestra recompensa, no con néctar sino con visores Gamow.

-¿Y?

-Pues que no puede haber fertilización interplanetaria a menos que algo o alguien lleve a cabo esa tarea. *Nosotros* la hicimos esta vez, pero recuerda que hemos sido los primeros humanos en penetrar en esa constelación. De modo que, antes de nosotros, hubo otros no-humanos que también lo hicieron; quizá los mismos no-humanos que transplantaron las flores por vez primera. Lo que significa que en algún lugar de la constelación hay una raza de seres inteligentes; lo bastante inteligentes como para viajar por el espacio. Y la Tierra tiene que saber eso.

Chouns sacudió la cabeza con calma.

-¿Encuentras algún defecto en algún lugar del razonamiento? -frunció el ceño Smith.

Chouns apoyó la cabeza en las palmas de sus manos y adquirió expresión doliente.

-Digamos que has metido la pata en casi todo.

-¿Dónde? ¿En qué? ¿Cómo? -exigió Smith con enfado.

-Tu teoría de la fertilización por injerto es buena, tan buena como su potencialidad, pero has olvidado considerar unos cuantos puntos. Cuando nos acercamos a ese sistema estelar, nuestros motores hiperatómicos se estropearon de forma que los controles automáticos no podían diagnosticar ni corregir. Después de aterrizar, no hicimos el menor esfuerzo por arreglarlos. Nos olvidamos de ellos plenamente; y cuando tú les echaste mano más tarde, viste que estaban en perfecto estado, y tan poco impresionado te sentiste que ni siquiera me lo mencionaste sino hasta varias horas después.

»Algo más: ¿Cómo es que para aterrizar escogimos tan convenientemente los claros más cercanos a las agrupaciones de vida animal en ambos planetas? ¿Sólo por casualidad, por suerte? ¿Y nuestra increíble confianza en la buena voluntad de las criaturas? Ni siquiera nos molestamos en buscar huellas de veneno en las atmósferas antes de exponernos a ellas.

»Y lo que más me molesta de todo es que me volví completamente loco por los visores Gamow. ¿Por qué? Son valioso, sí, pero no tan valiosos... y yo no soy de los que se dan de guantazos por un dólar de más.

Smith había observado un intranquilo silencio durante todo el rato. Luego dijo:

-No veo que lo que has dicho quiera decir nada.

-Bájate del burro, Smith; eres más listo que todo eso. ¿No te es obvio que desde que fallaron los motores estuvimos bajo control mental?

La boca de Smith se abrió y se quedó a medio camino entre la decisión y la duda.

-¿Otra vez con los psiones?

-Sí, los hechos son los hechos. Ya te dije que mis corazonadas pueden ser una forma de telepatía rudimentaria.

-¿También eso es un hecho? No pensabas así hace un par de días.

-Pues lo pienso ahora. Mira, soy un mejor receptor que tú, y fui afectado más fuertemente. Ahora que ya ha pasado todo, comprendo más a fondo lo que ocurrió porque percibí más. ¿Entiendes?

-No -dijo Smith roncamente.

-Entonces escucha atentamente. Tú mismo dijiste que los visores Gamow fueron el néctar que nos tentó para la polinización. Así lo dijiste tú.

-De acuerdo.

-Bien, entonces, ¿de dónde salieron? Son productos de la Tierra; hasta leímos el nombre de manufactura y número de modelo, letra por letra. Ahora bien, si ningún otro ser humano ha penetrado en la constelación, ¿de dónde han venido los visores? Ninguno de nosotros se preocupó entonces de eso; ni parece que te preocupe ahora.

-Bueno...

-¿Qué hiciste con los visores una vez subimos a la nave, Smith? -preguntó Chouns-. Me los quitaste; eso lo recuerdo.

-Los puse en la caja fuerte -dijo Smith a la defensiva.

-¿Has vuelto a tocarlos desde entonces?

-No.

-¿Lo he hecho yo?

-Por lo que sé y he visto, no.

-Tienes mi palabra de que no lo he hecho. Ahora, ¿por qué no abres la caja fuerte?

Smith caminó sin apresurarse hacia la caja fuerte. Tanteó el dial con los dedos y se abrió. Sin mirar, metió la mano. Su cara se alteró y con un agudo grito se apresuró en observar lo que su mano había encontrado.

Entre sus dedos sostenía cuatro piedras de diferente color, todas ellas rectangulares.

-Utilizaron nuestras emociones para manejarnos -dijo Chouns con suavidad, como si estuviera insinuando las palabras al terco cráneo del otro-. Nos hicieron creer que los motores hiperatómicos estaban estropeados, de manera que tuvimos que aterrizar en uno de sus planetas; no importaba cuál, supongo. Nos hicieron creer que teníamos en el bolsillo instrumentos de precisión una vez aterrizamos en uno, de manera que nos sintiéramos impulsados a correr hacia el otro.

-¿Quiénes son ellos? -graznó Smith-. ¿Los del rabo o las serpientes? ¿O quizá ambos?

-Ni unos ni otros -dijo Chouns-. Sino las plantas.

-¿Las plantas? ¿Las *flores*?

-Exactamente. Vimos dos clases diferentes de animales al cuidado de la misma especie de plantas. Siendo animales nosotros mismos, tendimos a creer que los animales llevaban la batuta. Pero, ¿por qué tuvimos que creer eso? Eran las plantas las que lo controlaban todo.

-Nosotros también cultivamos plantas, Chouns.

-Pero nos las comemos -dijo Chouns.

-Quizá aquellas criaturas se coman también sus plantas.

-Digamos -dijo Chouns- que sé que no lo hacen. Nos maniobraron muy bien. Recuerda cuan meticuloso fui yo en encontrar un claro sobre el que aterrizar.

-Yo no sentí tal impulso.

-Tú no estabas en los mandos; no se preocuparon de ti. Recuerda también que en ningún momento nos percatamos del polen, a pesar de estar llenos de él... no al menos hasta haber arribado al segundo planeta. Entonces nos quitamos el polen de encima, bajo órdenes.

-¿Por qué es imposible? No solemos asociar la inteligencia con las plantas porque las plantas no tienen sistema nervioso; pero aquéllas podían tenerlo. ¿Recuerdas los brotes flexibles del tallo? Cierto que las plantas no gozan del libre movimiento; pero no lo necesitan si han desarrollado poderes psiónicos y pueden hacer uso de los movimientos de los animales. Así consiguen cuidados, fertilización, riego, polinización, etcétera, etc. Los animales las cuidan con obcecada devoción y son felices así porque las plantas hacen que se sientan felices.

-Lo siento por ti -dijo Smith monótonamente-. Si intentas contar esa historia en la Tierra, no sé qué te van a hacer.

-No me hago ilusiones -murmuró Chouns-. Sin embargo... lo que al menos puedo hacer es alertar a la Tierra. Ya viste lo que hacen con los animales.

-Según tú, son sus esclavos.

-Peor que eso. Ni las criaturas con cola ni las formas serpentinas, ni siquiera conjuntamente, pueden haber alcanzado la suficiente civilización para emprender los viajes espaciales; por otra parte, las plantas no podían ir de un planeta a otro. Pero una vez las plantas desarrollaron poderes psiónicos (una raza mutante, quizá), eso se acabó. Los animales del período atómico son peligrosos. Así que fueron obligados a olvidar; fueron reducidos a lo que son ahora... Maldita sea, Smith, esas plantas son lo más peligroso del Universo. La Tierra tiene que ser informada sobre ellas para que ningún otro terrícola pueda penetrar en esa constelación.

Smith se echó a reír.

-¿Sabes? Estás como un cencerro. Si esas plantas nos tuvieron bajo su control, ¿por qué nos dejaron marchar tranquilamente para que avisáramos, a los demás?

-No lo sé -dijo Chouns tras una pausa.

El buen humor de Smith regresó.

-Por un momento me desconcertaste, no me importa decírtelo.

Chouns sacudió violentamente la cabeza, ¿Por qué les habían dejado marchar? Y, por otra parte, ¿por qué sentía él la terrible urgencia de avisar a la Tierra de algo con lo que los terrícolas no entrarían en contacto hasta pasados mil años tal vez?

Pensó desesperadamente y algo relampagueó en su interior. Intentó atraparlo pero se alejó. Por un momento pensó atónito que había sido como si el pensamiento se le hubiera *extraído*; pero esa sensación misma desapareció también.

Así, tras incontables años, las condiciones adecuadas se repetían. Las protoesporas de las dos cepas planetarias de la planta madre se encontraron y confundieron, espolvoreadas juntas sobre ropas y cabellos y embarcación de los nuevos animales. Las esporas híbridas se formaron casi instantáneamente; esporas híbridas que por sí solas tenían toda la capacidad y potencialidad necesarias para adaptarse a un nuevo planeta.

Las esporas aguardaban ahora pacientemente a bordo de la nave que, con el último impulso de la planta madre contra la mente de las criaturas que lo tripulaban, iba a conducirlas hasta un nuevo mundo donde las criaturas de libres movimientos atenderían sus necesidades.

Las esporas aguardaban con la paciencia de la planta (esa desesperante paciencia que ningún animal conocerá jamás) su llegada al nuevo mundo: y todas ellas, a su manera, exploradoras.

NADIE MOLESTA A GUS

Algis Budrys

Dos años antes, Gus Kusevic conducía lentamente por la estrecha carretera que circunvalaba Boonesboro.

Era una espléndida comarca para ir despacio, especialmente a finales de primavera. No había nadie más en la carretera. Los bosques florecían con profundo y rico verdor, aún no calcinados por el verano, y las tardes se mantenían todavía frescas. Y, justo antes de alcanzar la línea municipal de Boonesboro, vio la cerrada y protegida casa de campo cuya parcela de un acre estaba en venta.

Frenó, manipuló los laterales de su asiento y se puso a contemplarla.

Le hacía falta una capa de pintura. La fachada, en un tiempo blanca, era gris ahora, y los adornos habían desaparecido. Aquí y allá se habían desprendido algunas tejas del techo, dejando oscuros huecos sobre las soleadas crujías de cedro e, inevitablemente, algunos paneles de las ventanas estaban rotos. Pero el armazón no se había desquiciado ni combado el techo. La chimenea permanecía aún derecha.

Miró los diseminados amontonamientos de heno, que era todo lo que quedaba de lo que en otro tiempo fuera plantío de arbustos y césped. Sus amplias mejillas contrajeron sus bien marcadas arrugas en una serena sonrisa. En sus manos se produjo la nostalgia física de un azadón.

Salió del vehículo, atravesó la carretera y llegó a la puerta de la casa y anotó el nombre del agente de la propiedad que podía verse en la tarjeta adosada al marco de la puerta.

Ahora, casi dos años después, a principios del mes de abril, Gus se encuentra abonando el césped.

Al comenzar el día, había colocado un tamiz junto al montón de tierra que había tras la casa, pasado la tierra a través del tamiz, mezclándola con desmenuzada turba y transportaba la mezcla en carretadas hasta el césped, donde quedó en pequeños montones. Rastrilló luego la tierra por encima de la joven hierba, dejando sólo una delgada capa que apenas cubría las raíces, desperdigando después las foliformes semillas. Quería terminar para cuando comenzara la segunda parte del partido que jugaban los Giants y los Kodiaks. Tenía un particular interés en verlo porque Halsey había fichado con los Kodiaks y él tenía un interés avuncular en Halsey.

Siguió con la tarea sin ímpetu en demasía, ni excesivo derroche de energía. Una o dos veces se detuvo para tomarse una cerveza a la sombra de la rosaleda que había instalado en torno a la entrada de la casa. Sin embargo, el sol apretaba fuerte; al comienzo de la tarde se quitó la camisa.

Poco antes de terminar una abollada cafetera se detuvo frente a la casa. Paró con un bramido de los motores y un hombre larguirucho vestido de raída sarga y con el escaso pelo aceitoso y pegado al cráneo, saltó de él y se quedó mirando a Gus.

Gus había lanzado una mirada mientras la carraca se aposentaba. Había leído el rótulo apenas legible que con medio desaparecida pintura decía «Oficina del Secretario del Condado Falmouth» sobre la puerta; ante esto, se había encogido de hombros y seguido con lo que estaba haciendo.

Gus era un tipo grande. Sus hombros eran anchos y macizos; su pecho amplio, clareado por grisáceo vello.

El estómago se le había vuelto un tanto pesado con los años, pero los músculos manteníanse todavía bajo la capa de carne. Sus brazos eran más gruesos que muchos muslos, mientras que los antebrazos eran enormes.

Su rostro estaba surcado por una red de pliegues y arrugas. Sus chatas mejillas aparecían marcadas por dos profundos frunces que corrían desde las aletas de su inclinada nariz, se cruzaban con los pliegues de las comisuras de la boca y alcanzaban hasta la roma terminación de su mandíbula inferior. Sus pálidos ojos azules relampagueaban sobre los altos pómulos cubiertos de finas rayas. Su corto cabello era tan blanco como el algodón.

Sólo la repetida y fastidiosa exposición al sol daría a su cuerpo un color tostado, aunque su rostro era moreno de por sí. El rosado de su cuerpo calcinado estaba interrumpido en varios lugares por blancas cicatrices. La delgada línea de una cuchillada surgía desde la cintura y desaparecía en la parte derecha de su estómago. Él otro punto importante en cicatrices corría por los impares nudillos de sus gruesas manos.

El funcionario miró el buzón del correo para asegurarse del nombre y lo comprobó con el de un sobre que sostenía en una mano. Se detuvo y miró de nuevo a Gus, misteriosamente nervioso.

Bruscamente, Gus advirtió que probablemente no presentaba un aspecto digno de confianza. Con todas las tareas agrícolas que estaba realizando, había levantado buena cantidad de polvo. Mezclado con el sudor, aparecía todo vertido sobre su rostro, su pecho, sus brazos y su espalda. Gus sabía que no tenía muy buen aspecto, ni siquiera con su más limpio y bonito traje.

De modo que no podía maldecir al funcionario por mostrarse tímido.

Intentó sonreír bonachonamente.

El funcionario se pasó la lengua por los labios, se aclaró la garganta con una corta tos y movió la cabeza hacia el buzón.

-¿Está bien puesto? ¿Es usted Mr. Kusevic?

-Está bien puesto -asintió Gus-. ¿Qué puedo hacer por usted?

El funcionario alzó el sobre.

-Le traigo aquí una nota del Consejo del Condado -murmuró, aunque era obvio que estaba más ocupado en su esfuerzo de encajar a Gus entre la rosaleda, los cuidadosamente delineados macizos de flores, las cercas, el camino de losas, la pequeña charca de carpas doradas bajo el sauce, la casa pintada de blanco con todas las ventanas con paneles y persianas, y las cortinas que podían verse al otro lado de los cristales.

Gus aguardó a que el hombre se conciliara con su curiosidad, pues algo profundamente dentro de él le recomendaba paciencia. Había pasado por momentos de curiosidad semejante ante tantas personas que se había acostumbrado bastante, aunque la costumbre no es lo mismo que el olvido.

-Bueno, entre -dijo tras un prudente intervalo-. Hace mucho calor ahí fuera y tengo algunas cervezas en el frigorífico.

El funcionario dudó de nuevo.

-Bueno, todo cuanto tenía que hacer era entregarle esta nota... -dijo, todavía mirando alrededor-. Lo ha transformado en algo realmente agradable, ¿eh?

-Ésta es mi casa -sonrió Gus-. Al hombre le gusta vivir en un lugar agradable. ¿Tiene prisa?

El funcionario pareció estar preocupado por algo de lo que Gus había dicho. Luego, repentinamente, alzó la mirada, obviamente advertido de que había sido interrogado con una pregunta directa.

-¿Cómo?

-Que no tiene usted prisa, ¿verdad? Venga dentro; tómese una cerveza. A nadie le gusta ser un ascua en una tarde de primavera.

El funcionario sonrió con dificultad.

-No... claro que no, digo yo. -Se animó-: ¡De acuerdo! Espero que no sea una molestia.

Gus lo siguió cuando el otro entró en la casa, sonriendo con placer. Nadie había visto el interior desde que él la arreglara; el funcionario era su primer visitante desde su traslado. Ni siquiera había mozos de reparto; Boonesboro era tan pequeño que uno mismo tenía que ir por su propia compra. Tampoco había servicio de carteros, claro, pero no se trataba de que Gus no recibiera nunca cartas.

Introdujo al funcionario en la sala de estar.

-Tome asiento. En seguida vuelvo. --Marchó apresuradamente a la cocina, cogió algunas cervezas del congelador, preparó una bandeja con vasos, un plato con patatas fritas, la propia cerveza, y la trasladó a la sala de estar.

El funcionario estaba en pie, husmeando por la biblioteca que cubría dos de las paredes de la sala.

Mirando su expresión, Gus se dio cuenta, con genuina pesadumbre, que el tipo no era de los que ponían en duda si un destripaterrones como Kusevic se había leído alguno de los libros. Un hombre así podía todavía frecuentar la charla, una vez las equivocadas concepciones originarias se hubieran rectificado. No, el funcionario era demasiado sofisticado para considerar que un hombre cultivado pudiera enloquecer con los libros. Particularmente un hombre como Gus; todavía, si se tratara de uno de esos fulanos echados a perder con la política universitaria, lo que ya era otra cosa. Pero un hombre cultivado no podía actuar de esa manera.

Gus vio que había sido un error esperar cualquier cosa del funcionario. Tendría que haber sido más sutil al preguntarse si era un hombre ávido de compañía o no. *Siempre* estaba ávido de compañía, pero ya hacía tiempo que se había dado cuenta, de una vez por todas, que nunca hacía nada por obtenerla.

Colocó la bandeja sobre la mesa, destapó una cerveza con premura y se la tendió al hombre.

-Gracias -murmuró el funcionario. Tomó un trago, bostezó cansadamente y se cubrió la boca con el dorso de la mano. Nuevamente se puso a mirar la habitación-. ¿Le ha costado mucho poner en orden todo esto?

Gus se encogió de hombros.

-Lo hice casi todo yo. Construí las estanterías y los muebles; y llené con lo que ve. Algunos de los discos, libros y pinturas tuve que comprarlos.

El funcionario gruñó. Parecía considerablemente incómodo, probablemente a causa de la nota

que había traído, fuera lo que fuese. Gus se preguntó lo que podría ser, pero ahora que había cometido el error de invitar al tipo a una cerveza, tenía que esperar educadamente a que se la tomara antes de lanzar ninguna pregunta.

Se acercó al aparato de TV.

-¿Es aficionado al béisbol? -preguntó al funcionario.

-¡Claro!

-Están jugando ahora el encuentro Giants-Kodiaks. -La conectó y colocó un cojín en el suelo, sentándose sobre él y evitando cualquiera de las sillas. El funcionario caminó unos pasos y se quedó en pie mirando la pantalla y tomando algunos lentos tragos de su cerveza.

El segundo tiempo había comenzado y la cara familiar de Halsey apareció en la pantalla nada más coger la TV la emisión. El flexible y joven zurdo estaba efectuando un lanzamiento con su usual movimiento invertebrado, aparentemente sin esfuerzo, aunque la pelota pasó zumbando por entre los bateadores con tal silbido que los micrófonos del aparato lo captaron claramente.

-Es un buen lanzador, ¿eh? -dijo Gus, indicando a Halsey con la cabeza.

-Supongo que sí -dijo el funcionario, encogiéndose de hombros-. Sin embargo, Walker es el mejor hombre.

Gus advirtió que el otro se había percatado de un imperdonable olvido de sí mismo. Por supuesto, el funcionario no prestaba mucha atención a Halsey.

Pero comenzaba a irritarse un poco con el fulano, con sus típicas preconcepciones de lo que era justo y no lo era, o de quién tenía derecho a plantar rosas y quién no.

-Sobre la marcha -dijo Gus al funcionario-, ¿podría usted decirme cuál fue el récord de Halsey el último año?

-Pues no -se encogió de hombros el funcionario-. No fue bajo... eso lo recuerdo bien. 13-7, algo así.

Gus asintió para sí mismo.

-Ajajá. ¿Y el de Walker?

-¡Walker! Vaya, hombre, Walker ganó aproximadamente veinticinco tantos. Y tres por fallo. ¡El de Walker! ¡Ja!

Gus asintió.

-Walker es un buen lanzador, de acuerdo... pero no lanzó ninguna que fuera fallada. Y sólo ganó dieciocho tantos.

El funcionario arrugó la frente. Abrió la boca para replicar pero se detuvo. Pareció como el que apuesta sobre seguro que de pronto advierte que su memoria le ha jugado una mala pasada.

-Oiga... creo que tiene usted razón. ¡Vaya! No sé qué me hizo pensar que se trataba de Walker. ¿Sabe algo? Me he pasado hablando de ese récord todo el invierno y nunca nadie me corrigió. -El funcionario sacudió la cabeza-. Sin embargo, alguien obtuvo ese tanteo. ¿Quién diablos sería? -Se sumió en profunda concentración.

Gus, en silencio, contempló cómo Walker burlaba a su tercer bateador sin descanso, y su rostro se contrajo en una leve sonrisa. Halsey era todavía joven; mantenía su velocidad de siempre. Entraba en juego con la energía y confianza del hombre que se siente puntal y que, allí, en su lugar de ataque, era tan bueno como ningún otro lo hubiera sido jamás en su profesión.

Gus se preguntó cuánto tardaría Halsey en ver la trampa que él mismo se había fabricado.

Porque no era una contienda. No para Halsey. Para Christy Mathewson sí lo había sido. Para Lefty Grove y Dizzy Dean, y también para Bob Feller y Slats Gould. Pero para Halsey era sólo una complicada forma de solitario que siempre salía bien.

Muy pronto se daría cuenta Halsey de que no se pueden poner pegas al solitario. Si se sabe dónde están todas las cartas; si se sabe que a menos que haya truco no hay más remedio que ganar... entonces, ¿qué iba a ser de todo esto? Dentro de poco, Halsey advertiría que en todo el planeta no habría juego en que no ganara, tanto si se trataba de una competición física, organizada formalmente y reconocida como deporte, como si se trataba de maquinaria billaresca jugada por trillones y que se llamaba Sociedad.

¿Qué pasará entonces, Halsey? ¿Qué pasará entonces? Si encuentras respuesta, por piedad, en el nombre de esa especie de hermandad en la que todos participamos, házmela saber.

-Bueno -gruñó el funcionario-, no importa. Siempre puedo consultarlo en los archivos de mi casa.

«Sí, puedes hacerlo -comentó Gus en silencio-. Pero no verás lo que realmente dice, y si por fortuna lo consigues, lo olvidarás y nunca sabrás que has olvidado.»

El funcionario acabó su cerveza, puso el recipiente en la bandeja y quedó libre para recordar lo que lo había llevado allí. Echó una nueva mirada a la habitación, como si su memoria contuviera vacíos.

-Muchos libros -comentó.

Gus asintió, contemplando cómo Halsey se acercaba otra vez al lugar del lanzador.

-Este... ¿los ha leído todos?

Gus sacudió la cabeza.

-¿Cómo está ese que escribió el tal Miller? He oído decir que es bastante bueno.

Cierto. El funcionario tenía un cierto interés limitado a ciertos aspectos de cierta clase de literatura.

-Supongo que sí -respondió Gus-. Hace tiempo leí las primeras tres páginas. -Y, habiéndolo hecho, había sabido cómo iba a ser el resto, quién haría qué cosa y cuándo, de modo que perdió todo interés. La biblioteca había sido un error, aunque sólo uno de entre una docena de experimentos. Si había deseado una familiaridad académica con la literatura humana, podía haber optado por hojear los libros en las librerías en vez de comprárselos para hacer lo mismo en casa.

No esperaba extraer ninguna proyección emocional, no importa lo que hiciera.

Acéptalo, sin embargo; las filas de libros, aun inservibles, era mucho mejor que enfrentarse con las paredes vacías. Las trampas de la cultura constituían de todos modos una forma de protección, aunque cuando se tratara de una cultura aprendida y no *sentida* y significara menos para él que la cultura de los incas. Por mucho que lo intentara, jamás podría ser un inca. Ni siquiera un maya o un azteca, ni de ningún otro linaje, como no fuera a través de la más tenue de las prolongaciones.

Pues no poseía ninguna tradición propia. Ahí estaba la cuestión; el vacío que no obstante le dolía; la ausencia de raíces, la completa inexistencia de un lugar donde permanecer y afirmar: «esto me pertenece».

Halsey dejó atrás el primer bateador de turno con tres lanzamientos. Lanzó luego una bombeada precisamente cuando el siguiente se las prometía más felices, y ni siquiera se molestó en mirar la pelota cuando salía del área. Batió a los dos siguientes con un total de ocho lanzamientos.

Gus cabeceó lentamente. Era el primer síntoma: no molestarse con sutilezas que obstaculizaran a los contrarios.

El funcionario alzó el sobre.

-Aquí está -dijo bruscamente, tras haber llegado a la resolución de hacerlo a pesar de su evidente nerviosismo ante la probable reacción de Gus.

Gus abrió el sobre y leyó la nota. Luego, tal como el funcionario hiciera, paseó la mirada por la habitación. Una intranquilizante expresión debió sin duda de deslizarse en su rostro porque el funcionario se puso hasta más vacilante:

-Yo... yo quisiera que se hiciera usted cargo de que me duele esto. Creo que a todos nos duele.

-Claro, claro -asintió Gus con cansancio. Se levantó y lanzó una mirada a través de la ventana de enfrente. Sonrió con la boca torcida mientras contemplaba el abono superficialmente esparcido sobre el césped esmeradamente ondulado, que lentamente iba tomando forma en la parcela que el pasado año limpiara de piedrecillas, cubriera de surcos, sembrara y regase, y que luego moldeara y cubriera de macizos de flores... ah, no era entonces lo que ahora. El solar entero, con la casita y todo, estaba condenado: eso es lo que ahora pasaba.

-Se va... se va a ampliar la carretera hasta convertirla en una autopista de doce carriles -explicó el funcionario.

Gus asintió ausente.

El funcionario se le aproximó y aclaró su voz:

-Mire... yo estaba dispuesto a decírselo a usted de palabra. De ningún modo por escrito. -Se aproximó todavía más, mirando al frente mientras hablaba. Posó su mano confidencialmente sobre el desnudo antebrazo de Gus.

-Cualquier precio que usted ponga -murmuró- estará bien, siempre, claro, que no se muestre usted codicioso. No es el ayuntamiento el que va a pagar esta factura. Ni siquiera el estado, si sabe lo que quiero decir.

Gus entendía lo que el otro quería decir. Las autopistas de doce carriles no eran construidas por nadie que no fuera el gobierno de la nación.

Entendía más que esto. El gobierno de una nación no haría una cosa así a menos que lo moviera una poderosa razón.

-¿Una autopista entre Hollister y Farnham? -preguntó.

El funcionario palideció.

-No podría asegurárselo -murmuró.

Gus sonrió con delicadeza. Dejó que el funcionario se preguntara para sus adentros cómo lo había conjeturado. No podía ser un secreto por mucho tiempo, como fuese... no después que las obras comenzaran y el propósito se hiciera evidente por sí mismo.

Un ramalazo de completa perversidad atravesó a Gus. Reconoció la fuente en la rabia que sentía al perder la propiedad, aunque no había razón por la que no debiera permitir que emergiera a la superficie.

-¿Cuál es su nombre? -preguntó bruscamente al funcionario.

-Eh... Harry Danvers.

-Bien, Harry, ¿y si yo le dijera que puedo detener la autopista en proyecto si así fuera mi deseo? ¿Y si le dijese que ningún tractor podría aproximarse a este lugar sin escacharrarse, que ninguna excavadora perforaría esta tierra, que los cartuchos de dinamita no explotarían de intentar dinamitarla? ¿Si le dijera que, de poder colocar la autopista, se volvería blanda como un helado de crema, si así lo deseara yo, y que su asfalto correría mojones abajo al igual que un río?

-¿Qué está diciendo?

-Déme su pluma.

Danvers la alcanzó mecánicamente y se la tendió. Gus la puso entre sus palmas y la frotó como una pelota. La lanzó y la recogió, haciéndola botar contra la blanda y delgada alfombra. Se escapó de entre sus dedos y a ellos volvió su cilíndrica forma. Desenroscó la pluma, aplastó la funda entre dos dedos, conformó una lámina con ella y, usando una uña a modo de pluma, escribió el nombre de Danvers sobre la superficie del metal. Luego, devolviendo a la tapa su forma anterior, volvió a enroscarla en la pluma y se la devolvió al funcionario.

-Un recuerdo -dijo.

El funcionario la miró.

-¿Y? -preguntó Gus-. ¿No siente usted curiosidad por saber cómo lo hice y quién soy yo?

El funcionario sacudió la cabeza.

-Un buen truco. Supongo que los buenos amiguetes que tiene usted entre los prestidigitadores se pasaron su tiempo enseñándoselo, ¿eh? ¿Puedo sugerirle que estoy muy acostumbrado a ver tales juegos de manos?

Gus asintió.

-Es, al parecer, un respetable punto de vista -dijo. Particularmente cuando todos nosotros apartamos un terreno que amortigua la curiosidad, pensó. ¿Qué punto de vista podría tenerse?

Miró el césped por encima del hombro del funcionario y un lado de su boca se torció con tristeza.

«Sólo Dios puede hacer un árbol», pensó, mirando los arbustos y macizos de flores. ¿Deberíamos nosotros, entonces, buscar nuestra recusación en un paisaje ahíto de vergeles? ¿Deberíamos llegar a ser los jardineros de los ricos en sus costosas mansiones arribando a sus plantas en nuestros enmohecidos carricoches, engrasando nuestros cortacéspedes, arrodillándonos sobre el césped de los humanos podadoras en ristre, y acercándonos a la puerta de la cocina para

pedir un vaso de agua en un cálido día de verano?

La autopista. Sí, él podía detener la autopista. O hacer que diera un rodeo en torno a él. No había forma de detener la sordina de la curiosidad, al igual que había una manera de desear que su corazón se detuviese aunque luego se acelerase. Él podía forzar su mente hasta el máximo de sus fuerzas, de manera que nadie viera jamás la casa de campo, el césped, la rosaleda o el viejo bateador que bebe su cerveza. O, más bien, aun viéndolos, que nadie les prestara la menor atención.

Pero a la menor ocasión que marchara a la ciudad, o en caso que falleciera, el terreno sería rápidamente puesto fuera de combate: entonces, ¿qué? Entonces la curiosidad, entonces la investigación, y luego quizás un fragmento de teoría aquí y allá que sería encajada a algún otro de cualquier otra parte. Y luego, ¿qué? ¿Un pogrom?

Sacudió la cabeza. Los humanos no podían ganar, sino que tenían que perder monstruosamente. He ahí por qué él no podía dejar a los humanos una pista. No encontraba ningún placer en los sacrificios y dudaba que sus compañeros lo encontraran.

Sus compañeros. El único de quien podía estar seguro era Halsey. Había otros, sin duda, pero no la forma de dar con ellos. No provocaban ninguna reacción entre los humanos; no dejaban ningún indicio que los delatara. Sólo cuando se mostraban a sí mismos, como en el caso de Halsey, podían ser vistos. Desgraciadamente no existía ninguna línea telepática particular entre ellos.

Se preguntó si Halsey estaba esperando que alguien lo advirtiera y probara a tomar contacto con *él*. Se preguntó si Halsey sospechaba siquiera que hubiera otros semejantes a él mismo. Se preguntó si alguien lo advirtió a él, cuando el nombre de Gus Kusevic estuvo plasmado en los periódicos ocasionalmente.

«Es la aurora de mi estirpe, pensó. La primera generación, y yo me pregunto dónde están las hembras.»

Se volvió al funcionario.

-Quiero por el lugar lo mismo que pagué por él -dijo-. Nada más.

Los ojos del funcionario se agrandaron expectantes, luego se relajaron y el tipo se encogió de hombros.

-Haga lo que quiera. Pero si se tratara de mí, le sacaría las entretelas al gobierno.

«Sí -pensó Gus-, sin duda lo harías. Pero yo no quiero hacerlo simplemente porque nadie roba caramelos a los niños.»

Así, el superhombre empaquetó su equipaje y se apartó de la ruta de los humanos. Gus lanzó una carcajada silenciosa. El plantío pantanoso y desalentador. El por tres veces maldito, eternamente benévolo, estúpidamente probado, el autónomo marjal.

Desafortunadamente, la evolución no había parado mientes en considerar la existencia de algo como la sociedad humana. Producía un ser con ciertas modificaciones en el modelo, humano, por lo que alcanzaba las prácticas del factor Psi. A fin de proteger esta nueva y débil especie, cuyos miembros se encontraban tan terriblemente dispersos, la especie era dotada de la facultad del camuflaje.

Resultado: cuando el joven Augustin Kusevic entró en el colegio, se descubrió que no tenía partida de nacimiento. Ningún hospital había registrado su nacimiento. Como circunstancia bastante brutal, sus padres humanos a veces olvidaban su existencia durante días enteros por aquel entonces.

Resultado: cuando el joven Gussie Kusevic intentó entrar en la universidad, se descubrió que jamás había asistido a ninguna primera enseñanza. No importaba que él pudiera citar nombres de profesores, libros de texto o números de aulas. No importaba que pudiera presentar papeletas de solicitud. Fueron mal llenadas y olvidadas las angustiosas entrevistas. Nadie dudaba de su existencia: la gente recordaba el hecho de su ser y el hecho de que había llevado cosas a cabo y que ahora las seguía llevando. Pero sólo como si la gente lo hubiera leído en un libro infinitamente fastidioso.

No tenía amigos, ni novia, ni pasado, ni presente, ni amor. No tenía sitio donde permanecer. Había por el contrarío algo semejante a los fantasmas, y en ellos habría podido encontrar sus camaradas.

Durante su adolescencia se descubrió una absoluta carencia de semejanzas con la raza humana. La estudió, porque se trataba de la característica más destacada de su entorno. No había vivido con ella. Tampoco ella le dijo nunca nada de valor personal; sus motivaciones, su ética, sus hábitos, su estado de ánimo no encontraban las respectivas reacciones en él. Y las suyas, claro, no provocaban la menor impresión en ella.

La vida del campesino de la antigua Babilonia interesa hoy día apenas a unos cuantos antropólogos historicistas, ninguno de los cuales desea ser un campesino babilonio.

Habiendo resuelto la ecuación social humana con su desapasionado punto de vista, y no preocupándose más que el naturalista que encuentra que los ciervos gustan sobremanera de las hojas de los verdes álamos, se dejó llevar por una suerte de alivio físico. Descubrió la emoción de provocar peleas y ganarlas; de *hacer* que alguien le prestara atención porque él le rompía la nariz.

Podía haber llegado a ser un camorrista permanente en los muelles de Manhattan, de no haberse interpuesto un estibador cuchillo en ristre. La demanda cultural fue satisfecha y él mató al estibador.

Aquello había significado el final del combate personal no regulado. Descubrió, no con horror sino con disgusto, que podía escapar libremente con un asesinato a cuestas. Ninguna investigación fue hecha; ninguna persecución emprendida.

De modo que había significado el final de aquello pues lo empujó hasta la única evasión posible, ante la trampa para la que había venido al mundo. No encontrando fundamento para la competición intelectual, la única respuesta llegó a ser la organización de deportes. Simultáneamente regulando sus esfuerzos y anotándolos bajo los grupitos de periodistas, le fue suministrada la primera continuidad oficial a su vida. La gente solía olvidar sus dádivas, pero cuando echara mano a los recuerdos su nombre estaría allí indeleble. Una solicitud podía ser erróneamente rellenada. Los registros escolares podían desaparecer. Pero se necesitaba algo más que un marjal para apartar la montaña de noticias y estadísticas que daban cuenta del estado, por ejemplo, del tobillo siquiera de un mediocre atleta.

Le pareció a Gus -y pensó que se trataba de un gran negocio- que esta cadena de progresiones era inevitable para cualquier macho de su especie. Cuando, tres años atrás, había descubierto a Halsey, su hipótesis quedó mejor sustentada. Pero, ¿qué tenía de bueno Halsey para cualquier otro varón? ¿La posibilidad de mantener sesiones de consuelo recíproco? Ni siquiera tuvo la intención de contactar con él.

El funcionario se aclaró la garganta. Gus inclinó la cabeza y se lo quedó mirando abiertamente. Lo había olvidado ya.

-Bueno, creo que debo irme. Recuerde, sólo tiene usted dos meses.

Gus hizo un movimiento indescriptible. El tipo había depositado ya su mensaje. ¿Por qué no advertía que había servido a sus propósitos y se iba?

Gus sonrió. ¿Qué propósitos podía tener el *homo nondescriptus* y a dónde se marchaba? Halsey salía ya del campo. ¿Habría allí otros? Si así era, marcharían hacia otros derroteros, a cualquier parte, y ni siquiera la punta de sus cabellos podía ser vislumbrada. Él y su especie podían reconocerse entre sí merced sólo a un elaborado proceso de eliminación; había que procurar que la gente no advirtiera a ninguno.

Abrió la puerta ante el funcionario, vio la carretera y aquello le trajo el recuerdo de la autopista.

La autopista partiría de Hollister, nudo ferroviario al servicio de la Base de las Fuerzas Aéreas en Farnham, lugar donde sus cálculos sociomatemáticos habían predicho tiempo atrás que tendría lugar la primera construcción y lanzamiento de una nave espacial. Los camiones llenarían la autopista, alimentando aquel estómago abierto con hombres y material.

Se humedeció los labios. Allá, en el Espacio, donde quiera que fuese; dondequiera que fuese, más allá del sistema solar, había otra raza. Las huellas de sus visitas eran claras. Los humanos la encontrarían y de nuevo podría él predecir los resultados; los humanos ganarían.

Gus Kusevic no podía ir más allá para investigar las amenazas que dudosamente yacían entre las estrellas. Incluso con un cúmulo de noticias al respecto, había tenido cuidado de no penetrar en la conciencia pública. Halsey, que había sobrepasado desorbitadamente todas las marcas conocidas en

béisbol, era conocido como un «fantástico lanzador del condado».

¿Qué credenciales podía él presentar si se dirigiera a las Fuerzas Aéreas? ¿Quién recordaría al día siguiente que las había tenido? ¿Qué se haría de los informes de sus inoculaciones, sus chequeos físicos, sus cursos de entrenamiento? ¿Quién se acordaría de reservarle algún pequeño elogio, de deslizarle algún leve suministro, de añadir su consumo al total cuando llegara la ocasión de tener en cuenta el oxígeno?

¿Algún desliz clandestino? Nada más fácil. Sin embargo, otra vez ¿quién tendría que morir cuando él viviera dentro del entramado de la economía de a bordo? ¿Qué cordero sacrificaría y para qué todopoderoso propósito, en última instancia?

-Bueno, ya me marcho -dijo el funcionario.

-Hasta la vista -dijo Gus.

El funcionario caminó sobre las losas y se alejó.

«Creo, pensó Gus para sí, que habría sido mucho mejor que la Evolución hubiera sido un poco menos protectora y un poco más considerada. Un pogrom de vez en cuando no nos habría hecho mucho daño. Un barrio aparte, al menos protege a la corte de resolver los problemas.

«Nuestra semilla ha sido esparcida por la tierra.»

Repentinamente, Gus echó a correr, impulsado por algo que no le importó saber. Echó una ojeada más allá de la verja y el funcionario, todavía allí, le devolvió una mirada llena de aprensión.

-Danvers, usted es un fanático de los deportes -dijo Gus con precipitación, dando a su voz un tono de urgencia: aquella que embargaba su misma mirada.

-Exacto -replicó el funcionario, caminando nerviosamente.

-¿Quién es el campeón de pesos pesados del mundo?

-Mike Frazier. ¿Por qué?

-¿A quién batió él hasta lograr el título? ¿Quién solía ser antes el campeón?

El funcionario se mordió los labios.

-Bueno... hace años. Mire, no recuerdo, no lo sé. Podría consultarlo, creo.

Gus respiró profundamente. Dio media vuelta y echó una ojeada hacia la casa, el césped, la rosaleda, la charla bajo el sauce.

-No importa -dijo, y entró en la casa mientras el funcionario seguía su camino.

El aparato de TV seguía funcionando ruidosamente. Intentó saber el resultado del partido.

Halsey había lanzado una bombeada y el lanzador de los Giants lo había hecho casi tan bien. El marcador estaba 1-1. La cámara apuntó el rostro de Halsey.

Halsey contempló al bateador con total desinterés y lanzó la pelota tan familiar.

FIN